

Deseo®

ALGO MÁS QUE DESEO

Cathie Linz

Algo más que deseo
Cathie Linz
Algo más que deseo (1998)
Título Original: Husband needed (1997)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 752
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Jack Elliott y Kayla White

Argumento:

Jack Elliott fue el primer sorprendido cuando se dio cuenta de que acababa de pedirle a Kayla que se casara con él. ¿Qué había pasado? ¿Hasta qué punto había vuelto loco Kayla White al soltero más empedernido de Chicago?

Quizá fuese su aspecto distante y su genio vivo lo que le resultaba tan tentador. Jack sabía que podía despertar la pasión que bullía bajo la superficie. Y quería que fuera a él a quien Kayla recurriese en momentos de apuros. Pero… ¿el matrimonio? Entonces Jack pensó en despertarse con ella todos los días y no se sintió tan intranquilo…

Capítulo Uno

¡Alguien estaba intentando entrar en su casa!

Jack Elliott oyó a alguien hurgar en la cerradura de la puerta de entrada al apartamento. Ya le habían robado una vez desde que se había trasladado al norte de Chicago y no iba a permitir que volviera a ocurrirle.

El edificio tenía conserje, cosa que no había evitado el último robo; probablemente, porque Ernie Doorman tenía el coeficiente de inteligencia de un mosquito.

La cerradura volvió a sonar y, después, el pomo de la puerta giró lentamente.

No había tiempo para llamar a la policía, no había tiempo para pensar, sino para actuar.

Desgraciadamente, la pierna rota no le permitía moverse con rapidez. A pesar de encontrarse con frecuencia en situaciones desesperadas, era la primera vez que Jack se había roto un hueso, algo que no le hacía feliz. Llevaba toda la mañana lanzando maldiciones a las muletas, pero ahora parecía que podrían servirle de ayuda.

De pie y agarrándose con una mano a la estantería que había al lado de la puerta, Jack levantó una de las muletas de madera disponiéndose a darle en la cabeza con ella a quien fuera que entrase por la puerta. Un hombre tenía derecho a proteger su propiedad.

La puerta se abrió despacio…

Lanzando un grito de guerra, Jack bajó la muleta… dándose cuenta demasiado tarde de que el ladrón era una mujer con una niña. Los gritos de ambas fueron más agudos que su previo grito de guerra.

Después de lanzar una maldición, Jack consiguió evitar golpear a ninguna de las dos al desviar el golpe hacia la derecha, pero sí consiguió con ello hacer un boquete en la pared al lado de la puerta. Fue entonces cuando se dio cuenta de que los tabiques de aquel apartamento debían ser tan finos como el papel.

—¿Está usted loco? —Le gritó la intrusa al tiempo que tomaba en sus brazos a la pequeña con gesto protector—. ¡Podría habernos matado!

—¿Y usted trae a una niña a robarme y tiene el valor de llamarme loco? —gritó Jack a su vez, al tiempo que se sujetaba a la estantería ya que una de las dos muletas estaba fuera de su alcance.

—¿Ve lo que ha hecho? Ha asustado a mi hija —dijo la mujer con mirada acusadora.

—¿Que la he asustado? ¿Que la he asustado? —Repitió él con incredulidad—.

¿Quién demonios es usted y por qué ha forzado la entrada en mi

casa? Y será mejor que me responda inmediatamente o, de lo contrario, voy a asustarlas a las dos de verdad.

—No he forzado la entrada, tengo la llave —le contestó la mujer después de haber calmado a su hija.

Ahora que la niña había dejado de intentar romperle los tímpanos con sus gritos, Jack pudo pensar por fin. La mujer no parecía una ladrona… enormes ojos azules y una cortina de cabellos castaños que le caían hasta los hombros en sedosas cascadas. Pero las apariencias engañaban.

—¿Y de dónde ha sacado la llave?

—De su tío, Ralph Enteman.

Jack frunció el ceño. Ahora que lo pensaba, su tío le había llamado el día anterior y mencionó algo de una sorpresa.

—Supongo que usted es Jack Elliott, ¿no?

—Sí. ¿Y usted?

—Kayla White.

—¿Y se supone que debería conocerla?

—Su tío me ha contratado.

—Estupendo —Jack lanzó un gruñido al recordar la última persona que su tío había contratado en beneficio suyo, una «bailarina exótica» por su cumpleaños—.

Dígale que gracias, pero que no me interesa. Puede volver al sitio de donde haya venido.

—Perdone, ¿qué ha dicho?

—Que ahí está la puerta. La quiero al otro lado de la puerta.

—Me parece que no ha entendido… —comenzó a decir la mujer.

—Escucha, cielo, no es nada personal… aunque me cuesta creer que una chica como tú traiga a su hija a un trabajo como éste. Pero en fin, eso es asunto tuyo.

—¿Le molesta que traiga a mi hija conmigo? ¿Y qué quiere decir con eso de

«una chica como yo»? Soy una mujer, señor Elliott, no una chica.

—Eso ya lo he notado. Escucha, hoy no estoy de humor, ¿vale?

Kayla frunció el ceño.

—¿De humor para qué?

—Para… —pero Jack recordó la presencia de la niña—. Para diversión y juegos.

—¿Podría decirme a qué cree que he venido?

—¿Por qué no me lo dices tú?

—Como ya le he dicho, su tío a contratado los servicios de mi empresa…

—¿Que tienes una empresa que presta esta clase de servicios?

En realidad, la tenía junto con su socia y mejor amiga, Diane; pero Kayla no vio la necesidad de darle ese tipo de detalles.

—Eso es.

—En ese caso, debes tener mucha experiencia…

—La necesaria.

—¿Y haces muchos trabajos como éste?

—Todos los días.

Después de mirarla de arriba abajo, Jack se preguntó si no se habría precipitado en rechazarla. Cierto que no tenía el busto que le gustaba en las mujeres, pero no estaba nada mal. La falda plisada le llegaba justo hasta la rodilla y las medias negras acentuaban la bien formada longitud de las piernas. Iba vestida casi como una estudiante, quizá fuese un atuendo popular en su línea de trabajo. Estudiantes y enfermeras… sí, la última bailarina exótica iba vestida de enfermera. Lo único que no cuadraba era la niña.

—En fin —continuó Kayla—, su tío me ha dicho que necesita ayuda mientras tenga la pierna escayolada. Me aseguró que ya había hablado con usted.

—Pues ha mentido —dijo Jack.

—¿No le dijo que yo iba a venir?

—Mi tío me dijo que me tenía preparada una sorpresa, pero eso es todo.

Algo tarde, Jack se dio cuenta de que ella había mencionada la palabra ayuda, lo que le hizo preguntarse a qué clase de ayuda se refería. Las posibilidades eran eróticas e infinitas. Pero la mujer tenía una niña en brazos.

—No puedo creer que te haya dado la llave para entrar.

—No estaba seguro de que usted estuviera en casa.

—¿Y dónde si no voy a estar con una pierna rota?

—El conserje me ha dicho que usted había salido.

—Sí, bueno, así es Ernie. En fin, dime exactamente qué es lo que haces. Quiero decir… ¿no te preocupa llevar a tu hija a trabajos como éste?

—No, claro que no. ¿Por qué iba a preocuparme?

—Oye, espera, no soy yo quién tire la primera piedra, pero… en fin, inhibe…

bueno, ya sabes lo que quiero decir.

—No, no lo sé —respondió ella—. ¿Tiene usted algo contra los niños?

—No, lo que pasa es que no me parece que éste sea el sitio, ni el momento, para que una niña vea a su madre… hacer… lo que tenga que hacer. Dime, ¿hasta qué punto te pones exótica?

—¿Exótica?

—¿No es ésa la palabra políticamente correcta para designar lo que haces?

¿Baile exótico en vez de streeptease?

Los ojos de Kayla se agrandaron desmesuradamente y se quedó boquiabierta unos momentos antes de contestar.

—¡No soy una bailarina exótica!

—¿Y cómo llamas tú lo que haces?

—Hacer recados. Tengo una empresa que se llama Errands Unlimited.

¡Hacemos todo tipo de cosas, señor Elliott, pero bailar y desnudarse están fuera de nuestra competencia!

—Eh, ha sido un error fácil de explicar —Jack levantó una mano antes de recordar que la necesitaba para agarrarse a la estantería, se libró de milagro de caerse de bruces al suelo.

Pero a Kayla no pareció conmoverle su problema, estaba demasiado ocupada escupiéndole fuego.

—¿Un error fácil de explicar? ¿En serio? Me encantaría saber cómo explica usted eso.

—La última sorpresa que mi tío me envió fue una bailarina exótica por mi cumpleaños, por eso he pensado que…

—Pues se ha equivocado.

La mirada altanera que Kayla le lanzó le hizo sentirse como un gusano. Era enero y hacía un frío gélido, pero la expresión de los ojos azules de Kayla bajaron la temperatura de la habitación varios grados. Tenía facciones elegantes, hielo en los ojos, voz apasionada y unas maravillosas piernas. Era fuego por dentro y hielo por fuera, y él no parecía haberla impresionado; eso sólo hacía que destacase del resto de las mujeres que conocía.

Cierto que no se encontraba en uno de sus mejores momentos, con aquel chándal manchado de salsa de tomate que se había echado encima al tratar de llevar el plato de espagueti de la cocina al cuarto de estar. ¿Debía decirle que limpio tenía mejor aspecto?

Mientras la observaba, Kayla recogió la muleta con que él había tratado de golpearla y se la dio.

—Bueno, dígame, ¿por qué ha traído a su hija a trabajar?

La niña, de repente, volvió a echarse a llorar y escondió el rostro en el cuello de su madre, haciéndole sentirse aún peor.

—Lo único que he hecho es una sencilla pregunta… —comenzó a decir él.

—¡Eres malo! —gritó la niña desde la seguridad de los brazos de su madre.

—Ssss, cielo, no pasa nada —murmuró Kayla—. Este es el señor Elliott, no es tan malo como parece.

—Vaya, muchas gracias.

—Señor Elliott, si me da la lista, me pondré a trabajar —dijo Kayla.

Jack se la quedó mirando.

—¿La lista?

—Sí, la lista con los recados que quiere que le haga.

—Escuche, ya tengo una madre, no necesito…

—Según tengo entendido, su madre no podía aguantarle más. Ese es el motivo por el que su tío me ha contratado.

Jack la miró furioso.

—Muy bien, de acuerdo, no me gusta que la gente esté revoloteando a mí alrededor.

—No lo olvidaré. Su tío me ha dicho que usted prefería que le ayudase alguien desconocido en vez de una persona que… «Revolotee» a su alrededor.

En realidad, lo que el tío de Jack dijo fue: «¡Mi sobrino es imposible! Si consigue manejarlo, podría desenvolverse en cualquier otra situación, y le aseguro que le procuraré más trabajo del que pueda imaginar».

Como miembro de la asociación de comerciantes de Chicago, el señor Enteman podía procurarle montañas de trabajo de otros comerciantes demasiado ocupados para dedicarse a solucionar pequeños detalles de sus vidas cotidianas. Esa podía ser la oportunidad que Diane y ella estaban esperando, su primer cliente importante.

Entre tanto, Jack estaba reconsiderando su posición. Suponía que cosas peores a que le ayudara una mujer tan bonita como Kayla. Había notado que no llevaba anillo de casada, lo que significaba… ¿Qué? ¿Que estaba divorciada? ¿Que estaba disponible?

—Hemos empezado con mal pie —dijo él ajustándose la muleta debajo del brazo—. ¿Le parece que empecemos de nuevo? ¿Cómo se llama su hija?

—Ashley.

—Hola, Ashley, siento haber gritado —dijo Jack con su voz más encantadora.

Pero su encanto no parecía funcionar con las niñas, ya que Ashley se negó a mirarlo siquiera.

Pero él sí miró a la madre. Una piel cremosa y suave, una barbilla obstinada y unos labios… unos labios muy bonitos. Tenía las mejillas sonrosadas, ¿de enfado o de atracción? Cuando los ojos de Jack

alcanzaron los de Kayla, obtuvo la respuesta.

Ella le miraba como si fuese un escarabajo y ella una reina. Jack no sabía si sentirse insultado o intrigado.

Las mujeres siempre le habían encontrado atractivo. Jack no presumía de ello, simplemente estaba acostumbrado. Tenía ojos grises v sabía tratar a las mujeres, era un hecho. Con los años, había conocido a muchas mujeres que le encontraban irresistible.

Pero no ésta. Ésta lo miraba con indiferencia e impaciencia. Jack no vio el mínimo de atracción en los ojos azules de Kayla, ni tampoco compasión por su pierna rota. Quizá hubiera llegado el momento de decirle que era bombero, eso solía llamar la atención de las mujeres.

—¿Le ha dicho mi tío que lo de la pierna ha sido un accidente de trabajo? —le preguntó Jack.

—No.

¿Acaso esa mujer no sentía nada de curiosidad? Se preguntó Jack irritado.

—Soy bombero.

—Ah, qué bien.

¿Qué bien? ¡Qué bien!

—Escuche, ¿por qué no se sienta con su hija mientras yo escribo la lista? Como ve, me cuesta un poco moverme por la casa.

Nunca había utilizado la compasión como instrumento… pero si funcionaba.

No funcionó.

—No le ha costado mucho atacarnos con esa muleta —respondió Kayla.

Así que no le iba a poner fáciles las cosas, ¿eh? Bien, muy bien. No se le había presentado un reto así desde hacía años.

La mujer era alta, sólo unos diez o doce centímetros menos que él, y Jack medía un metro ochenta y tres centímetros. Y no llevaba tacones, sino unos zapatos prácticos y sencillos.

—Con esa ropa, no parece mayor para tener una hija —murmuró él.

Kayla le miró empequeñeciendo los ojos. Sabía perfectamente que estaba intentando ganarse su simpatía, pero le iba a costar mucho después del susto que le había dado. No importaba que tuviera los ojos más intrigantes que había visto en su vida, una mezcla de azul y gris, en perfecto contraste con unas oscuras pestañas y cejas. El pelo era igualmente oscuro y algo desordenado, lo que se ajustaba a su personalidad.

Tenía el físico de un hombre acostumbrado a la actividad física. Tenía los hombros excepcionalmente anchos y los músculos de las

piernas bien desarrollados.

Todo él estaba muy bien desarrollado.

Pero si creía que iba a derretirse, estaba equivocado. Ya había pasado por la experiencia de un profesional. Su ex marido, Bruce, era tan guapo como el que más.

Se enamoró de él a primera vista y casi no pudo creer su suerte cuando él, por fin, la invitó a salir. Fue durante su primer año en la universidad; al final del curso, ella dejó los estudios y se casaron. Durante los cinco años siguientes trabajó sin cesar para que su esposo pudiera licenciarse en medicina; y cuando lo consiguió, la abandonó.

Eso había ocurrido hacía tres años y aún le dolía. Kayla utilizó parte del dinero del divorcio para montar su empresa con Diane.

Y ahora se le presentaba la oportunidad de impresionar al tío de Jack, que la recompensaría con el primer cliente importante. Sí, ese trabajo era lo que necesitaba, aunque no iba a permitir que Jack lo supiera.

—La lista —le recordó Kayla a Jack.

—Sí, ahora mismo.

Mientras Kayla veía los esfuerzos que tenía que hacer para llegar hasta el sofá, tuvo que contenerse para no seguir su impulso natural y acudir en su ayuda. No era propio de ella no ayudar a aquel que lo necesitara.

—Mamá, me estás espachurrando —se quejó Ashley.

—Oh, perdona, cielo —Kayla besó la frente de su hija—. Enseguida nos vamos.

Una retahíla de maldiciones llenó el silencio cuando Jack se dio en el pie con una pata de la mesa.

—¡Señor Elliott, le agradecería que no utilizase ese lenguaje en presencia de mi hija!

La furia de Kayla le hizo desear besarla. Tenía la clase de boca para eso, suave y llena. Voluptuosa.

—Si no puede hacer la lista ahora, volveré más tarde…

—No, mejor ahora.

Jack se sentó en el sofá. Preguntándose qué había ahí, se sacó de debajo un montón de periódicos, varias camisetas y un cartón en el que había habido una pizza.

—Primero, necesito comida. No hay nada en la cocina, excepto una bolsa de lentejas. No sé cómo han llegado hasta aquí, no soporto las lentejas.

—En ese caso, hágame una lista con la comida que quiere e iré a comprarla.

También tiene que darme dinero.

—Eso es lo segundo de mi lista, no me queda dinero en metálico —Jack se pasó la mano por el cabello, revolviéndoselo aún más, lo que le dio aspecto de bucanero—.

Tengo que ir al banco o al cajero. Es decir, usted tendrá que ir al banco o al cajero.

—¿Por qué no me extiende un cheque?

—Eso es lo tercero de la lista, no me quedan cheques. Iba a ir al banco a pedir un talonario, pero no he conseguido…

Kayla suspiró.

—Está bien, le adelantaré el dinero, pero no se olvide que es algo excepcional.

Su tío está pagando mis servicios, pero no cubre la comida ni el tinte…

—Señora, no llevo una prenda al tinte desde mil novecientos noventa —le interrumpió Jack con creciente irritación por el tono sufrido de Kayla.

Le hacía sentirse como un idiota. Ella le hacía sentirse un idiota. El problema era que también le intrigaba, le tentaba y le excitaba sexualmente.

—Si va a hacer una lista, creo que necesita algo con lo que escribir —dijo Kayla mientras se le acercaba con un bolígrafo en la mano.

Cuando sus dedos se rozaron, salieron chispas. Jack vio algo nuevo en los ojos de ella… perplejidad. Fue muy breve, pero suficiente por el momento. Kayla no estaba inmune a sus encantos.

Jack sonrió. De repente, el futuro parecía mucho más prometedor.

Capítulo Dos

—Bueno, ¿qué le ha parecido mi sobrino? —le preguntó Ralph Enteman a Kayla mientras ésta se alejaba en el coche de casa de Jack.

Ralph le había llamado al teléfono celular.

—Es todo lo que usted ha dicho… y más —respondió ella.

Ralph notó la irritación de Kayla en su voz.

—No va a dejar el trabajo, ¿verdad?

—No, claro que no. Ahora estoy de camino al supermercado para hacerle la compra a su sobrino.

—Le advertí que Jack puede ser muy cabezota cuando quiere.

—Sí, me lo advirtió. Pero, según parece, no le advirtió a él que yo iba a ir a su casa. Jack se creyó que era otra persona e intentó darme en la cabeza con una muleta.

—¡Oh, no! Sé que tiene genio, pero nunca pensé que pudiera ser tan violento.

Kayla se sintió obligada a clarificar las cosas.

—Bueno, he de admitir que se creía que estaba entrando a robar.

—Oh. Bueno, en ese caso, su reacción es lógica. Hace unos meses entraron en su casa y le robaron, aunque este vecindario en el que vive ahora es mucho mejor que el anterior. La cuestión es que Jack no es de las personas que se sientan y esperan a que los ataquen.

—Créame, yo no le estaba atacando y no suponía ninguna amenaza.

Kayla se vio tentada a añadir que llevaba a su hija con ella, pero no sabía qué le parecería eso a Ralph. Al fin y al cabo, a Jack tampoco le había gustado ver a Ashley.

Pero Kayla se regía por un horario estricto y nada, ni siquiera un guapo bombero, iba a cambiarlo. Ese día era miércoles y los miércoles Kayla tenía a Ashley hasta la una del mediodía, hora en la que dejaba a su hija en la guardería. Una de las cosas que a Kayla le gustaba de su trabajo era que, de vez en cuando, Ashley podía acompañarla. La mayoría de los días laborables Kayla dejaba a su hija en la guardería, pero había ciertos días, como los miércoles, en los que pasaban tiempo juntas.

Cuando se paró delante de un semáforo en rojo, Kayla sonrió a su hija, que estaba hablando con su juguete preferido, un viejo oso de peluche que se llamaba Hugs. El oso era mayor que la pequeña Ashley de tres años, porque Kayla lo compró el día que se enteró de que estaba embarazada.

—En fin, siento que Jack le haya causado problemas —estaba diciendo Ralph.

—No se preocupe, ya hemos aclarado los malentendidos.

—Estupendo, me alegra oír eso.

Después de colgar, Kayla se dijo a sí misma que no había mentido a Ralph.

Respecto a ella, todo estaba aclarado. Y la atracción que había sentido al darle el bolígrafo tan sólo había sido un producto de su imaginación. Se negó a considerar otra posible explicación.

—¿Hay alguien en casa? —en esta ocasión, Kayla se aseguró de anunciar su regreso al apartamento de Jack.

Kayla abrió la puerta y volvió a anunciarse.

—Jack, soy Kayla.

Llevaba dos bolsas de plástico en una mano. La lista con la comida que él le había dado le había costado ochenta dólares, y la mayoría eran alimentos precocinados.

—He traído la comida. ¿No hay nadie en casa? No soy una ladrona ni una bailarina exótica… ¡Eh, hola!

Entró en el cuarto de estar y no fue atacada con una muleta. En realidad, no le veía por ninguna parte. Durante un momento, se asustó, ¿se habría caído y se habría golpeado? Una imagen le pasó por la cabeza: Jack tendido en el suelo de su dormitorio, herido e incapaz de ponerse en pie. Fue entonces cuando oyó el agua de la ducha.

La imagen cambió; ahora, lo imaginó en el cuarto de baño con el pecho desnudo… quizá todo él desnudo.

—Oh, estupendo, justo lo que necesitas—murmuró para sí misma —. Fantasear con tu cliente cuando el pobre hombre tiene una pierna rota y podría estar pasándolo mal.

¿Qué era lo que debía hacer? ¿Llamar a la puerta del cuarto de baño para preguntarle si estaba bien? ¿Decirle que había llegado? Por supuesto, no quería sorprenderle saliendo del cuarto de baño a la habitación desnudo, y Jack parecía la clase de hombre que podía hacer justo eso. Sin embargo, tampoco quería asustarlo; podía caerse en la ducha y romperse la otra pierna.

Pegó el oído a la puerta y le oyó cantar. Bien, no había problemas. De hecho, no cantaba nada mal. La verdad era que todo él no estaba nada mal.

—Bueno, ya está bien —se reprendió a sí misma—. ¡Haz el favor de dejar de pensar en esa ducha!

Al final, Kayla decidió escribirle una nota para decirle que había vuelto y estaba en la casa.

Acababa de pegar la nota en la puerta cuando sonó el teléfono. Después de esperar a que sonara siete veces, ya que creía que había un contestador automático; al final, respondió. Nunca había sido capaz de ignorar una llamada telefónica, cabía la posibilidad de que fuera algo

importante.

—¿Sí? —preguntó ella con un paquete de seis botes de soda en la mano que estaba tratando de meter en el frigorífico.

—¿Quién es usted? —Preguntó una voz de mujer—. ¿Dónde está Jack?

Kayla se arrepintió de haber descolgado el teléfono.

—Está en la ducha.

—¿En la ducha? —Repitió la mujer en tono incrédulo—. ¿Qué clase de respuesta es ésa?

—La mejor que tengo —le espetó Kayla—. ¿Podría decirme quién lo llama?

—Misty. ¡Y dígale que me llame tan pronto como salga de la ducha!

—Muy bien. ¿Tiene su teléfono?

—Cielo, me conoce por dentro y por fuera —contestó la mujer antes de colgar.

Tan pronto como Kayla colgó el teléfono, éste volvió a sonar. Automáticamente, lo descolgó antes de darse cuenta de lo que había hecho.

—¿Sí?

—¡Oh, Dios mío, no es Jack! —esta mujer tenía una voz ronca y con acento sureño.

—Exacto, no soy Jack —respondió Kayla.

—¿Y quién es? —Preguntó la mujer—. No creo que sea esa abogada que iba persiguiéndole la semana pasada. Y tampoco es la camarera inglesa.

Kayla empezó a preguntarse si no sería así como Jack se había roto la pierna, tratando de huir de una manada de mujeres persiguiéndolo.

—El señor Elliott no se puede poner en estos momentos —dijo Kayla—. ¿Quiere dejarle algún recado?

—Dígale que Mandy está preocupada por él y que estoy dispuesta a dejarlo todo para ir a cuidarle. Lo único que tiene que hacer es decírmelo y estaré allí al momento.

—Se lo diré.

Cuando Jack salió de la ducha, con sólo una sonrisa y un par de pantalones cortos, Kayla había recogido casi media docena de mensajes, todos ellos de mujeres con nombres que rimaban.

—Le han llamado Misty y Mandy, Tammy y Sammy, y Barbie y Bobbie —

anunció Kayla esforzándose por no reír.

—¿Qué le hace tanta gracia? —preguntó él en tono defensivo.

—Nada.

Perdió el humor en el momento en que empezó a asimilar la apariencia de Jack.

Antes le había visto guapo, pero ahora… era la virilidad personificada. Parecía salido de otra época, una época en la que los hombres sobrevivían a base de fuerza física.

Aunque su cuerpo era sólido, no tenía un gramo de grasa. Un vello negro le cubría el pecho y le bajaba en disminución hasta el ombligo, pero no era tan espeso como para ocultar los músculos. El poder emanaba de él, era un caballero andante sin armadura.

Al darse cuenta de que había estado conteniendo la respiración desde que Jack entró en la cocina, Kayla soltó el aire y volvió a inhalar. Olió el aroma del jabón.

Clavó los ojos en una gota de agua que le bajaba por el vientre hasta la cinturilla de los pantalones cortos.

En ese silencio ensordecedor, Kayla se oyó los latidos de su corazón. Pero fue capaz de notar que la respiración de Jack se había acelerado y levantó los ojos para encontrarse con los de él. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo pálido que estaba Jack.

Rápidamente, recuperó la compostura y le preguntó:

—¿Pue… puede darse una ducha ya? Es decir, teniendo en cuenta lo reciente del accidente. A propósito, ¿cuándo fue el accidente?

—Ayer.

—¡Ayer! ¿Y estaba cantando en la ducha hoy? ¿Está usted loco?

—Es posible —murmuró él haciendo una mueca cuando sintió un pinchazo de dolor en la pierna.

—¡Un niño de tres años tendría más sentido común! Vamos, siéntese antes de que se caiga —le ordenó Kayla al tiempo que retiraba una silla.

—No soy un inválido —le espetó Jack.

—No. ¡Es un idiota! —no pudo evitar que esas palabras se escaparan de sus labios.

Inmediatamente, se puso la mano en la boca con expresión de culpabilidad, y Jack no pudo evitar sonreír.

—No, no se preocupe. Vamos, adelante, puede hablar con toda sinceridad.

—Creo que debería sentarse.

—Si me paso el tiempo sentado, no me acostumbraré nunca a estas estúpidas muletas.

—¿Y qué prisa tiene? ¿No le ha dicho el médico que se tome las cosas con calma durante los primeros días?

—He hecho cursillos de primeros auxilios, sé lo que me hago. Y usted, ¿qué sabe de medicina? —preguntó Jack irritado.

No sabía que hacer para que la pierna le dejara de doler, y no quería tomar los calmantes que le había dado el médico porque le dejaban somnoliento.

—Yo también me rompí la pierna una vez, cuando tenía diez años —respondió Kayla.

—¿Yeso la convierte en una experta?

—¿Refunfuña siempre tanto o es por la pierna rota? —preguntó ella exasperada.

Al recordar que a Jack no le gustaba que «remolonearan» a su alrededor, volvió su atención a sacar la compra de las bolsas.

—Muy graciosa.

—No, lo que es gracioso es que no tenga nada de comida en la cocina, excepto un paquete de lentejas.

—Ni siquiera sé cómo han llegado hasta aquí —murmuró Jack.

Después de decidir que ya había dejado bien claro que no le gustaba que le dieran órdenes, dio tres pasos con cuidado y se sentó en la silla esforzándose porque no se notara que se había dejado caer.

—Odio las lentejas —declaró Jack antes de extender la mano para sacar una camiseta de la cesta con la ropa limpia que estaba encima de la mesa de la cocina.

—Quizá las haya traído una de sus novias —dijo Kayla, intentando no notar el movimiento de los músculos de Jack cuando levantó los brazos para ponerse la camiseta.

—Ninguna de mis novias sabe cocinar —contestó él.

—¿En serio? ¿Quiere decir que no le han atraído precisamente por sus talentos culinarios?

A Jack no pareció gustarle la broma.

Encantada de provocarle, Kayla continuó.

—He oído que los números son seguros, pero jamás había visto un ejemplo tan claro.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—Vamos… Misty, Mandy, Tammy, Bambi…

—No conozco a ninguna Bambi —interpuso Jack, disfrutando ver cómo el humor iluminaba esos ojos azules.

Sólo había visto unos ojos tan azules en su vida, los de un gato del que se había hecho amigo cuando era niño. Unos ojos llenos de vida.

—Ninguna Bambi, ¿eh? Bueno, estoy segura de que no tardará mucho en remediarlo. ¿Cómo puede diferenciarlas con nombres tan parecidos?

—No es ningún problema. Randi tiene el pelo rojo y largo, y el par de… ojos más grandes que uno puede imaginar.

—Bueno, olvide lo que he dicho —el humor de Kayla desapareció

súbitamente y por sus ojos cruzó una chispa de algo que Jack no pudo descifrar.

—De ninguna manera, lo menos que puedo hacer es… satisfacer su curiosidad.

—Eso es lo único que va a satisfacer, engreído —murmuró ella entre dientes.

—¿Qué ha dicho?

—Nada, estaba hablando conmigo misma.

—Sí, la gente que se siente sola suele hablar consigo misma.

—Yo no estoy sola.

—¿No?

—No. Tengo una hija y una vida muy ocupada.

—¿A pesar de no ser una bailarina exótica?

—Todavía no puedo creer que me confundiera por una mujer de ésas.

—¿Por qué no?

—Porque… bueno, porque… no tengo esa clase de cuerpo… en fin dejémoslo.

Jack sonrió maliciosamente.

—Pues yo diría que sí tiene esa clase de cuerpo. La clase de cuerpo que me gusta.

—A juzgar por la cantidad de mujeres que le han llamado, me parece que le gusta toda clase de cuerpos.

—Eh, siempre puede gustarme alguno más.

—No me gustan las multitudes —respondió ella en ese tono primoroso que a Jack le hizo desear besarla.

—A mí tampoco me gustan las multitudes —murmuró él.

—Pues uno no lo diría, a juzgar por las llamadas.

—Lo mejor es de uno en uno, ¿no le parece?

—Creo que esta conversación se está saliendo de tono —declaró ella con voz profesional.

—Vaya, y yo que pensaba que se estaba poniendo interesante… espere un momento, ¿qué es eso? —preguntó Jack cuando ella sacó una caja de seis unidades de una de las bolsas.

—Cerveza.

—No es la cerveza que me gusta. No es lo que le he puesto en la lista.

—No tenían esa cerveza importada que usted quería y el dependiente me ha dicho que ésta sabe igual.

—Pues ha mentido, no sabe igual. Una es *aley* ésta es una imitación.

—Bien… —Kayla le quitó el paquete de cerveza—, mañana le

compraré la cerveza de importación.

—Y estos no son los cacahuetes que me gustan —gruñó Jack al sacarlos de una de las bolsas—. Estos están cubiertos de miel tostada y a mí me gustan salados.

—No tenía idea de que usted era un gourmet.

Jack arqueó las cejas mirándola a los ojos.

—Sé lo que me gusta, ¿le resulta eso un problema?

—No soy yo quien tiene un problema —contestó ella.

—¿Qué insinúa?

—Que el que tiene una pierna rota es usted.

—Una excelente observación.

Había observado otras muchas cosas de él, como la forma en que le caía el cabello por la frente y la intensidad de su mirada, la anchura de sus hombros, hombros de nadador profesional. Y la boca… cuando sonreía, era como si hubiera salido el sol.

Se dio cuenta, demasiado tarde, de que él la había sorprendido mirándole fijamente. Kayla se apresuró a preguntar:

—Bueno, ¿cómo se ha roto la pierna?

—Ya se lo he dicho, ha sido un accidente de trabajo. Me sorprende que quiera saberlo, esta mañana no parecía interesarle.

—Porque esta mañana me ha asustado.

—¿En serio?

—¿No le parece natural que una se asuste cuando un hombre se lanza a atacarla con un bastón?

—No sé por qué tengo la impresión de que no hay muchas cosas que le asusten.

—Lo tomaré como un cumplido. Y aún no ha contestado a mi pregunta sobre su pierna.

—¿Me creería si le dijera que me la he roto al caerme de una cama en una casa en llamas?

—Depende.

—¿De qué?

—De si es verdad o no.

—Bueno, es una versión de los hechos.

—La verdad no admite diferentes versiones.

—Sí, claro que sí. Pregúnteselo a cualquier policía. Póngase delante de tres testigos y obtendrá tres versiones diferentes de la verdad.

—Bien. Entonces, ¿cuál es su versión?

—Fui un patoso —luchar contra un fuego no admitía ponerse patoso—. El fuego es como una mujer celosa, no admite que uno deje de prestarle atención ni un momento.

—¿Así que el fuego es como una mujer?

Jack asintió.

—¿Por qué resulta que todo lo que es desastroso tiene que ser como una mujer… huracanes, fuegos…?

—A los huracanes se les pone nombres masculinos —observó Jack —, pero algo tan hermoso y poderoso como un fuego tiene que ser como una mujer. El fuego es algo vivo que come y odia, y uno sólo es combustible para el fuego. Eso es lo que uno es, algo que se consume.

Kayla se estremeció por el tono de voz de Jack.

—¿Cómo puede hablar con tanta tranquilidad de eso?

—Porque me dedico a combatir los fuegos, eso es lo que hago.

—¿Y por eso se ha roto una pierna?

Jack se encogió de hombros.

—Ya se lo he dicho, me puse patoso. Usted misma me ha visto manejarme con las muletas, no me muevo con facilidad.

Sin saber por qué, Kayla sintió un repentino deseo de cuidarlo.

—¿Se ha mojado la escayola al ducharse?

—No. Me la he cubierto con una bolsa de la basura.

—¿Qué órdenes le ha dado el médico?

—Nadie me da órdenes fuera de la estación de bomberos.

Kayla suspiró. El instinto no le había engañado, ese tipo necesitaba una niñera.

—Lo que quiere decir que ha ignorado las órdenes que le ha dado el médico,

¿no? Muy inteligente por su parte. ¿Le gusta sentir dolor?

—¿Quiere que le diga lo que me gusta? —preguntó Jack con los ojos clavados en los labios de ella.

—Ya sé lo que le gusta.

—¿Sí?

Kayla asintió y le tendió una bolsa de patatas fritas.

—La mala comida.

—Entre otras cosas. Entre muchas otras cosas.

Kayla se negó a que dejarle distraerla.

—¿Le ha mandado el médico algún medicamento?

Jack asintió.

—Y usted no lo ha comprado, ¿verdad?

La expresión del rostro de Jack lo decía todo.

—¿Por qué los hombres son tan estúpidos? —Preguntó Kayla con desesperación—. ¿Nacen así o se hacen? Creo que nacen así. Creo que es algún defecto genético, el mismo que les hace negarse a preguntar por direcciones en la calle o a leer instrucciones.

—¿Para qué quiere uno leer instrucciones?

—Para acabar antes lo que esté haciendo.

—Hay muchas veces en las que es mejor la lentitud —murmuró él con una expresión que dejaba claro a qué veces se refería.

—Ya, entiendo, ¿Así que ir despacio es mejor cuando se trata del dolor de una pierna rota? Sí, muy lógico. ¿Por qué tomar una medicina para evitar el dolor? No, imposible, eso sería como admitir que uno es humano y que, de vez en cuando, uno necesita ayuda. ¡Y que el cielo no permita que eso ocurra!

Jack la miró furioso. El dolor que sentía en la pierna no lograba mejorar su humor.

Al ver la expresión de dolor en su cara, Kayla sintió cierto remordimiento por lo que le había dicho.

—Si me da la receta del médico, iré a por los medicamentos —dijo ella con voz queda.

—Olvídelo, esas pastillas me atontan.

—¿Cómo lo sabe? Aún no las ha tomado.

—Me dieron una de ésas en el hospital. Pero por aquí, por la cocina, tengo otras; me tomaré dos de éstas.

—Claro que se las va a tomar —dijo ella cuando vio el bote con los analgésicos

—. ¿Con qué se los va a beber, con agua o con limonada?

—Me los tomaría con cerveza si me hubiera comprado la que me gusta.

—No se puede mezclar la cerveza con los analgésicos —le dijo ella —. ¿Dónde tiene los vasos?

—No tengo vasos en este momento. Déme un bote de limonada.

Kayla se lo dio.

Jack sacó las pastillas, se las metió en la boca y se las tragó de un golpe. Sabía que ella lo observaba, llevaba mirándole desde que había salido de la ducha. Pero había temor en su mirada.

—Bueno, ¿quién ha sido el causante de que tenga tan mala opinión de los hombres?

—No tengo una mala opinión de los hombres —respondió ella inmediatamente

—. En realidad, tengo una opinión más clara que la mayoría de las mujeres.

—¿Ya qué se debe?

—A que he estado casada.

—Lo suponía. ¿Y ahora está…?

—Divorciada.

Al sacarlo de la bolsa, Kayla se dio cuenta de que el helado de chocolate y menta se había casi derretido.

—¿Qué pasó?

—¿Qué quiere decir con eso de que qué pasó? —repitió Kayla, preocupada porque Jack hubiera notado que el helado se había derretido y que era él el culpable.

—Con su matrimonio.

—Prefiero no hablar de eso.

—¿Aún no lo ha superado?

—¿Qué le hace pensar eso?

—Sus ojos. Tiene ojos de gato asustado. Y ahora de hielo. Cuando se ríe, le brillan.

—Apuesto a que le dice lo mismo a todas sus novias —pero inmediatamente se dio cuenta de lo que había dicho—. Aunque, por supuesto, yo no me cuente entre ellas.

—Todavía no —murmuró Jack.

—Jamás —recuperando la compostura, Kayla fue a por su monedero—. En el banco me han dicho que recibirá el talonario enseguida; hasta entonces, me han dado unos talones temporales. El dinero que quería que le sacase con la tarjeta está en este sobre. Y aquí está la cuenta del supermercado: setenta y tres dólares y sesenta centavos. Puede extenderme un cheque por esa cantidad.

Kayla le dio los cheques, la cuenta del supermercado y un bolígrafo.

—¿A qué nombre?

—Errands Unlimited. Y no olvide llamar a sus amigas; ya sabe, a Misty y al resto del grupo.

—Pueden esperar. Primero, voy a llamar a Vito's Pizza.

—¿Se las arreglará solo esta noche?

—¿Por qué? ¿Está ofreciéndome pasar la noche conmigo?

—No. Misty y las otras están más que dispuestas a ello.

Jack le lanzó una maliciosa sonrisa.

—Les encantan los uniformes.

—Ahora no va con uniforme.

—Vaya, así que lo ha notado…

—Es difícil no notarlo —murmuró Kayla—. ¿No tiene frío?

—No. ¿Y usted?

—No soy yo quien va con pantalones cortos.

—Una verdadera pena —respondió Jack paseando la mirada por las piernas de Kayla.

Y a Kayla comenzaron a temblarle las piernas.

—Me voy —declaró ella con firmeza—. Y como es lo suficientemente cabezota para que le pase algo, estoy segura de que no le pasará nada aunque se quede solo.

Aunque Kayla no creía que se quedara solo durante mucho tiempo.

—Eh, vuelva mañana —gritó Jack. Como respuesta oyó la puerta de la casa al cerrarse.

—Bueno, amigo, explícame otra vez por qué tengo que pasarme la mañana emplasteciendo este boquete en la pared —le dijo Boomer Luadermilk a Jack a la mañana siguiente.

Boomer llevaba diez años trabajando para el departamento de bomberos de Chicago, lo mismo que Jack, y era uno de sus íntimos amigos.

—Fue un error —respondió Jack.

—Ya, un error. Pues eso no me aclara gran cosa.

—Metí la muleta en la pared e hice un boquete con ella.

Las pobladas cejas de Boomer se arquearon.

—Estabas de mal humor, ¿eh?

—Creí que ella intentaba robar y…

—¿Ella? —Le interrumpió Boomer—. No me habías dicho que se trataba de una mujer. Qué imbécil, debería haberlo supuesto. Siempre hay una mujer en tu vida.

Bueno, ¿qué ha pasado esta vez? ¿Te has enamorado de la famosa ladrona La mujer gato?

—¡No me he enamorado de nadie! Y mucho menos de una mandona que hace recados y se llama Kayla, a pesar de que tiene el mejor par de piernas que he visto en mi vida y unos increíbles ojos azules.

—Dios mío, esto no me está sonando nada bien.

—Tiene una niña —declaró Jack como si eso lo explicase todo.

—¿Algún problema por eso?

Jack se encogió de hombros.

—¿No tienen tus padres una guardería? —preguntó Boomer.

Jack asintió.

—En ese caso, lo normal es estar acostumbrado a los niños.

—Pues te equivocas. A mis padres les gustan los niños, pero a mí no.

—Entonces, ¿qué vas a hacer con esta Kayla de la que no te estás enamorando?

—preguntó Boomer.

—Que me cuelguen si lo sé.

Kayla iba con retraso al piso de Jack el jueves al mediodía. Había tenido que parar en tres sitios hasta encontrar la estúpida cerveza de importación para Jack y la marca que le gustaba de cacahuetes.

Además, estaba furiosa porque había llamado a la empresa de limpieza para que fueran a casa de Jack, pero los de la empresa le

llamaron de vuelta para decirle que Jack se había puesto hecho una furia y les había negado la entrada. Le había costado a Kayla quince minutos calmar al dueño de los servicios de limpieza, un establecimiento con el que Kayla trabajaba.

Por si eso fuera poco, al llegar al apartamento encontró una nota en la puerta.

Su nombre estaba escrito en ella y también el nombre de la pizzería de la esquina. Al parecer, a Jack no le gustaban los folios, porque la nota estaba hecha a base de remiendos de papel.

Además de su nombre y del de la pizzería, había escritos una media docena de recados que quería que ella hiciese, incluyendo comprar un boleto de la loto de cinco dólares, recoger los últimos vídeos salidos al mercado, comprar un paquete de calzoncillos blancos de la talla treinta y cuatro, y un frasco de perfume de una marca muy cara.

Parecía como si hubiera planeado algo muy especial.

¿Y por qué le preocupaba eso a ella? ¿Qué le importaba lo que Jack hiciera con Misty o Mandy? No, claro que no le importaba.

Llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta. Estaba a punto de meter la llave en la cerradura cuando Jack, por fin, abrió.

Al ver lo pálido que estaba, le preguntó:

—¿Qué le ha pasado?

—¿Qué quiere decir con eso de que qué me ha pasado? Que me he roto esta estúpida pierna, eso es lo que me ha pasado. Y encima me he tenido que pasar la mayor parte de la noche contestando al teléfono porque esas mujeres tienen obsesión con hacer de enfermeras conmigo, además de no hacer más que preguntarme qué voy a hacer si no puedo volver a ser bombero. ¿Qué clase de pregunta es ésa?

—Creo que debería sentarse…

—Estoy bien —gruñó él.

—No tiene por qué morder —dijo Kayla, inexplicablemente herida por el mal humor de Jack—. Sólo estaba intentando ayudarlo…

—No necesito ninguna ayuda —respondió él con enfado y frustración.

Era su tercer día con una escayola y ya se estaba volviendo loco.

—Bien. Ya veo que su vida es color de rosa —comentó Kayla en tono burlón al tiempo que, con un movimiento de mano, indicó la ropa, los periódicos, los platos sucios y los botes vacíos que había esparcidos por todo el cuarto de estar—. ¿Por qué ha echado a los de la empresa de limpieza?

—Porque no me gusta que unos desconocidos merodeen por mi casa. Además, ya le he dicho que no soporto que la gente remolonee a

mi alrededor.

—Sí, bueno, y yo no soporto que la gente se desmaye a mi lado — le espetó ella

—. Y eso es precisamente lo que le va a pasar si no se toma las cosas con tranquilidad.

—Jamás me he desmayado.

—Siempre hay una primera vez.

—¡No me dé órdenes!

—Eh, deje de gritarme, yo no tengo la culpa de que sus novias no le hayan dejado dormir en toda la noche.

Jack no contestó. Lo cierto era que quien le había tenido despierto toda la noche era Kayla. Jack no había conseguido dejar de pensar en ella y le estaba volviendo loco.

—No he gritado. «Gritar es esto» —gritó Jack—. Si así es como trata a sus clientes, me sorprende que le quede alguno. ¡Ni siquiera sabe comprar cerveza y cacahuetes!

A Kayla dejó de importarle la posibilidad de que ese trabajo le proporcionara más trabajo, no estaba dispuesta a permitir que alguien le hablara así.

—¡Deje de gritarme o le rompo la otra pierna!

—Esto no va a funcionar —declaró Jack—. Voy a contratar a otra persona.

—Usted no me ha contratado, me ha contratado su tío Ralph.

—Buscaré a otra.

—Buena suerte. ¡Es imposible trabajar para usted! Ya me lo advirtió su tío.

—Sí, bueno, pero mi tío no me advirtió a mí, aunque sabe que no me gustan las mujeres mandonas.

—¿Quiere contratar a otra persona? Estupendo, incluso le ayudaré —furiosa, se sacó un cuaderno del bolso—. Voy a escribir el anuncio por usted. Veamos… qué le parece: *hombre imposible, irascible y arrogante busca devota esclava para hacer recados a cualquier hora del día o de la noche. Sueldo, insuficiente. Gratificaciones, ninguna. Ni agradecimiento ni educación*.

—Mal. El anuncio debería decir: *tipo guapo, listo y simpático con un gran sentido del humor busca ayuda temporal. Abstenerse las personas excesivamente emocionales*.

—¿Emocionales? —Repitió ella con incredulidad—. ¡Yo no soy emocional! ¡Es usted imposible! Agota la paciencia de un santo.

—¿Se está equiparando con una santa?

—Claro que no. Si lo fuera, no me irritarían sus estúpidas exigencias.

—¿Irritada? Vamos, creo que hace ya bastante que ha pasado esa etapa —le espetó Jack—. Lo que usted está es furiosa y además es una mandona.

—¡Deje de llamarme mandona!

—¿O qué?

Demasiado furiosa para pronunciar una palabra más, Kayla se dio media vuelta para marcharse.

Kayla no supo si Jack la agarró del brazo para evitar que se fuera o para abrirle la puerta.

En cualquiera de los dos casos, Jack se tambaleó con las muletas y acabó aplastándola contra la puerta cerrada y… contra su cuerpo.

Capitulo Tres

Instintivamente, Kayla le sujetó a Jack por la cintura para evitar que se cayera.

Sintió el cálido y húmedo aliento de Jack en las mejillas, y el torso pegado al de ella, los huesos y los músculos.

Vio deseo en esos increíbles ojos grises y también sintió su excitación debajo de los pantalones cortos. Kayla tenía el abrigo abierto y la falda vaquera no era lo suficientemente gruesa para protegerla de la cálida intensidad de aquel poderoso cuerpo.

Aunque no quería protección. Quería que la besara. Jack lo hizo, lenta y apasionadamente, consumiéndola como si dispusiera de todo el tiempo del mundo para disfrutar cada milímetro de la boca de ella y no pudiera esperar un segundo más para hacerlo.

No fue un beso vacilante ni tímido, sino de incontrolable pasión y abandono. Lo que los labios de Kayla pidieron lo obtuvieron de la lengua de Jack, que avivó el fuego dentro de ella.

Kayla no fue pasiva. Se derritió junto a él, abrazándose a su cintura, retorciendo la lengua con la de él en un erótico y primitivo baile.

La sangre le hervía. En los brazos de Jack, se sintió una persona diferente, se olvidó del mundo, excepto de él. Tembló de excitación y sintió los dedos de Jack deslizándose por un muslo, por debajo de la falda. Un inmenso placer la envolvió.

Las piernas le temblaron y la cabeza comenzó a darle vueltas. Oyó un pitido…

Volvió a la realidad cuando Jack apartó la boca de la suya. Kayla retiró las manos de él como si se hubiera quemado.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Kayla con voz temblorosa.

—El interfono.

—No. Me refería a… lo que nos ha… pasado.

—Está bien, admito que me has excitado.

Kayla se sonrojó.

—No estaba hablando de la anatomía. Me refiero a que… no nos conocemos.

Eres mi cliente —Kayla se cubrió las mejillas con las manos—. Yo no hago estas cosas.

El interfono volvió a sonar.

—Será mejor que contestes —le dijo ella mientras se agachaba para recoger las muletas del suelo.

Al agacharse, casi le rozó los muslos con la cabeza.

Lanzando un juramento, Jack se colocó las muletas debajo de los brazos y se acercó al interfono.

—¡Sí! —gruñó Jack.

—Soy Ernie, el conserje. He supuesto que le gustaría saber que un policía de tráfico está poniendo multas en la calle a los que están mal aparcados.

—¿Ya mí qué me importa?

—Puede que a usted no, pero su visita ha dejado su furgoneta en segunda fila delante del edificio.

—¿Has aparcado en segunda fila? —le preguntó Jack a Kayla.

—¡Sí! Sólo iba a quedarme un minuto para darte la cerveza y los cacahuetes.

¡Tengo que irme corriendo!

—¡Espera! Vas a volver, ¿verdad? Vamos, no vas a dejarme, ¿eh? No pareces la clase de persona que se da por vencida fácilmente.

—No suelo hacerlo —respondió Kayla antes de marcharse.

Cuando Kayla fue a recoger a su hija a la guardería aquella tarde, estaba agotada. No había conseguido llegar a la furgoneta a tiempo de evitar que le pusieran una multa por aparcar en doble fila y, a partir de ese momento, el día había ido de mal en peor en su trabajo.

Pero lo peor había sido el beso, un beso que Kayla estaba decidida a olvidar. Sin embargo, por muy decidida que estuviera a ello, dudaba conseguir erradicar de su mente esas eróticas sensaciones.

No obstante, se relajó al entrar en la guardería y sentirse una madre otra vez.

Pero acababa de entrar en la guardería cuando recibió una llamada.

Inmediatamente, reconoció el número de Diane. Pero desgraciadamente, al teléfono celular de Kayla se le había agotado la batería, por lo que se vio obligada a pedirle a Corky O'Malley, la dueña de la guardería, que le dejara utilizar su teléfono.

—Claro —respondió Corky.

Su cabello corto y oscuro estaba salpicado de gris, igual que el de la madre de Kayla. Pero ahí era donde acababa el parecido, Corky era mucho más cariñosa y generosa que lo que la madre de Kayla había sido en su vida.

—Ven a mi oficina, ahí podrás hablar con más tranquilidad.

—Gracias.

Kayla llamó inmediatamente a Diane para asegurarle que, al final, había solucionado los pequeños problemas del día.

—Ha sido uno de esos días en los que todo son problemas, ¿no? —le preguntó Corky sonriendo a Kayla cuando ésta colgó.

—Sí, lo ha sido. Además, me ha salido un cliente que es el hombre más exigente que he conocido en mi vida. No puedes imaginar…

Kayla se interrumpió, perpleja, al ver la foto que había encima del escritorio de Corky. Era la primera vez que había entrado en el despacho a llamar por teléfono, por lo que no había visto antes la foto de ese hombre… del hombre que le había quitado el sentido a besos hacía tres horas.

—¿Qué es lo que no podría imaginar? —dijo Corky.

—Si no te importa… ¿podrías decirme de quién es esa foto?

—No, claro que no me importa —respondió Corky—. Es mi hijo Jack.

—¿Jack Elliott?

—Sí… ¿lo conoces?

—Pero tú te apellidas O'Malley—murmuró Kayla antes de recuperar el sentido común—. Perdona, no he debido decir eso, no es asunto mío.

—Adoptamos a Jack cuando tenía trece años. Decía que Jack O'Malley era nombre de bar, así que conservó el apellido Elliott. En realidad, yo estoy convencida de que a Jack le pareció desleal renunciar al apellido de sus padres naturales, que habían muerto sólo hacía unos años. Por supuesto, él no dijo eso porque… es increíblemente cabezota.

—Sí, no hace falta que me lo digas —murmuró Kayla.

—¿Así que lo conoces? —Corky sonrió maliciosamente—. ¿No será él ese cliente al que te estabas refiriendo?

Kayla se sintió tentada de negarlo, pero acabó asintiendo.

—Sí, me temo que sí.

—No te apures, querida, yo he dicho cosas peores de él. He intentado ayudarle ahora que se ha roto la pierna, pero se puso insufrible. Yo, que soy su madre, no he sido capaz de manejarlo. Jack dice que exagero con mis cuidados. ¿Eres tú la sorpresa que mi hermano Ralph le iba a dar a Jack?

—Sí, soy yo. Según tengo entendido, Ralph le ha dado más sorpresas —dijo Kayla antes de ruborizarse, preguntándose si la madre de Jack sabía lo de la bailarina exótica.

Al parecer, Corky lo sabía porque sonrió traviesamente antes de decir:

—Ralph adora a Jack. Y yo también, le quiero con locura. Jack es valiente, fiel y cariñoso. Le encanta ayudar a los demás y siempre es el primero en enfrentarse a lo que sea; en realidad, la palabra «imposible» no está en el vocabulario de mi hijo. Pero reconozco que tiene sus defectos.

—Parece gustarle mucho a las mujeres.

Corky asintió.

—Sí, las mujeres siempre se han vuelto locas por él, revolotean a su alrededor como moscas a la miel. No sé, me pregunto si algún día sentará la cabeza y se casará.

La pena es que sé que sería un buen marido, muy buen marido. En fin, no sé, yo lo único que quiero es que sea feliz.

—Es muy extraño que mi hija vaya a tu guardería y que ahora tú resultes ser la madre de Jack.

—El mundo es un pañuelo, ¿verdad?

—Sí, lo es. Dime una cosa, ¿hay alguna forma de conseguir que no se ponga tan cabezota?

—Me temo que no. Aunque lo bueno que tiene es que, antes o después, acaba reconociendo las cosas. Pero lo que hay que evitar es presionarlo. ¿Tan mal se ha portado?

—En una escala del uno al diez, yo diría que un ocho.

—¿Y su piso? —Preguntó Corky—, ¿Sigue pareciendo un campo de batalla?

Al ver a Kayla vacilar, Corky añadió:

—No es necesario que me mientas; créeme, nada puede ser peor que la habitación que tenía cuando era adolescente. Tiene gracia, Jack siempre sabía dónde estaba todo. No es un completo desastre, yo le enseñé a ser buen cocinero. Deberías probar el cocido irlandés que Jack hace.

—No sé, no sé —murmuró Kayla.

—Bueno, dime, ¿qué ha hecho hoy que te haya molestado?

Kayla no podía contestar que Jack la había besado.

—Había contratado lo servicios de una empresa de limpieza para que fueran a limpiarle el apartamento y Jack se ha negado a dejarlos entrar. Y luego me han puesto una multa por aparcar en doble fila, delante de su casa, para darle esa maldita cerveza de importación.

—La culpa de lo de la cerveza la tiene Sean, mi marido. Él ha acostumbrado a Jack a beber sólo esa cerveza.

—¡Mamá! ¡Mamá! —Gritó Ashley desde la puerta del despacho—. ¡Está aquí, mira!

La niña agitó una hoja de papel que había medio estrujado de los nervios.

—¡Me han dado estrellas!

—Vaya, cielo, qué maravilla —Kayla se agachó para darle a su hija un beso antes de estirar la hoja de papel con su obra de arte—. Déjame que lo vea.

—Es un ogro, es igual que ese hombre que anda con palos y que

los tira por el aire.

—No son palos, son muletas. Y ese hombre usa las muletas porque se ha roto una pierna.

—¿Por qué se ha roto una pierna?

—Ha sido un accidente.

—¿Cómo cuando yo me tiré la leche encina?

—Sí, algo parecido.

—No me gusta —anunció Ashley—, y a Hugs tampoco le gusta.

La niña levantó el oso de peluche para demostrar lo que acababa de decir.

—¿Es mi hijo Jack ese ogro del que Ashley lleva hablando dos días? —preguntó Corky.

—Bueno, hubo una equivocación el día que llegamos —respondió Kayla—. Jack creía que estábamos intentando entrar a robar y… en fin, al final todo se aclaró.

—A Jack nunca se le han dado bien los niños —admitió Corky con pesar—.

Nunca se pasa por la guardería cuando están los niños. No sé por qué lo hace, quizá sea porque le recuerden el pasado, cuando él se sentía pequeño y vulnerable.

—Tengo hambre, mamá —anunció Ashley—. Hugs también tiene hambre.

Hugs quiere cenar chocolate.

—Hugs va a cenar lo que cenemos nosotras y nosotras no cenamos chocolate —

declaró Kayla—. Vamos a cenar espagueti.

—Pues yo lo quiero solo —dijo Ashley.

—No le gusta la salsa —le explicó Kayla a Corky.

—¡Y no me gusta el ogro tampoco! —gritó Ashley.

Aquella noche, después de acostar a Ashley y a Hugs, Kayla se estaba preparando para irse a la cama cuando descubrió un trozo de papel en el bolsillo de su falda vaquera, era la lista de los recados que Jack le había dado.

No era profesional dejarle, seguiría con el trabajo. Le demostraría a Jack, y se demostraría a sí misma, que podía controlar la situación.

Estaba a punto de llamar a Jack cuando sonó el teléfono.

—Kayla, soy Bruce.

El corazón se le encogió al oír la voz de su ex marido. Nunca llamaba a menos que quisiera algo.

—Quería recordarte que no podré ir a ver a Ashley este fin de semana porque tengo una convención médica en Orlando —continuó Bruce.

—Es la primera noticia que tengo.

—Vamos, Kayla, te lo dije el mes pasado.

No se lo había dicho, pero Kayla no tenía ganas de discutir con él, eso sería facilitarle las cosas. A Bruce le encantaba discutir con ella, parecía producirle un placer patológico.

—Esta es la segunda vez este mes que no vienes a verla —le recordó ella.

—Eso pasa porque tú no eres flexible y no me dejas ir a verla durante los días laborables —declaró él con voz imperiosa.

—El juez te dio derecho a visitas durante los fines de semana, nada más.

—Podríamos volver ajuicio si no te muestras razonable —contestó Bruce.

Era una amenaza a la que Bruce había recurrido con anterioridad; pero ahora que él se había casado con Tanya Weldon y tenía a la rica familia de ésta de su parte, Kayla no podía ignorar sus amenazas.

—Ya te he dicho que la familia de Tanya le tiene mucho cariño a Ashley —

añadió Bruce—. Y desde que nos hemos enterado que Tanya no puede tener hijos…

«¡Y tampoco puede quedarse con mi hija!» Gritó Kayla mentalmente. «Bruce, tu rica esposa no puede comprar a mi hija como si se tratase de un capricho».

—Piénsalo —dijo Bruce antes de colgar, dejando a Kayla hecha un manojo de nervios.

A pesar de los esfuerzos por controlarse, la emoción se le notó en la voz cuando, a los pocos segundos, volvió a contestar al teléfono.

—¿Sssí?

—¿Kayla? Tienes una voz muy rara, ¿te pasa algo? —Preguntó Jack—. ¿Te encuentras bien? ¿Qué te ocurre?

—¿Cómo has conseguido mi número de teléfono?

—Está en la guía. Vamos, dime, ¿qué te pasa? —No creo que te interese.

—¿Vas a obligarme a ir a tu casa? Venga, dime cuál es el problema.

—Dios mío, no sé por dónde empezar. Quizá debiera empezar por el imposible cliente que esta mañana echó al equipo de limpieza de su casa, un equipo de una empresa con la que yo trabajo.

—Sí, bueno, he estado pensando en algunas cosas y…

—¿Has decidido dejarlos volver?

—No, lo que he estado pensando no tiene nada que ver con eso, sino con el hecho de que yo realmente no soy tu cliente. Quien te ha

contratado ha sido mi tío, como tú misma has dicho. Así que besarme no ha significado que rompieses alguna regla de oro.

—Has sido tú quien me ha besado —le recordó ella.

—Y tú no deberías comportarte como si hubiéramos hecho algo ilegal.

—Hablando de algo ilegal, me han puesto una multa por aparcar delante de tu casa.

—Lo siento.

—Y yo.

—Pero no me arrepiento de haberte besado.

—Me alegro de que uno de los dos no se arrepienta —le espetó ella.

—Ahora sí hablas como hablas siempre.

—Sólo hace dos días que me conoces, no te ha dado tiempo para saber cómo me comporto siempre.

—Claro que sí, se me da bien juzgar a las personas.

—Sí, no me cabe duda —Kayla no pudo evitar una sonrisa—. Por eso me tomaste por una bailarina exótica nada más verme.

—Nada más verte te tomé por una ladrona.

—Sí, a mi hija todavía no se le ha olvidado, y te aseguro que no le ha divertido tampoco.

—Sí, me había dado esa impresión.

—Bueno, creo que debería decírtelo antes de que lo haga Corky, mi hija Ashley va a la guardería de tu madre.

—¿Lo dices en serio? —Jack guardó silencio unos momentos—. Bien, supongo que habéis estado hablando de mí.

—¿Crees que Corky y yo no tenemos nada mejor que hacer?

—Creo que tú has hablado de mí. Lo que quiero saber es qué te ha dicho ella.

—Que eres increíblemente cabezota.

—¿Y qué más?

—¿Por qué? ¿Qué es lo que te da miedo que me diga?

—¿Miedo? Esa palabra no está en mi vocabulario.

—No es eso lo que he oído.

—¿Qué has oído? —la voz de Jack adoptó, súbitamente, una nota dura.

—He oído que los niños te asustan —bromeó ella.

—Esos pequeños ratoncillos no me asustan —gruñó Jack, pero sin humor—.

Aunque, al parecer, yo sí los asusto. Oye, no era mi intención aterrar a tu hija.

—Ya lo sé.

—Bueno, ¿me vas a dejar por imposible?

—¿Puedes darme una razón para que no lo haga?

—El beso.

—En mi opinión eso es razón para evitarte.

—Ah, pero eso sería como admitir que me tienes miedo. Y tú no me tienes miedo, ¿verdad? —la calidez de la voz de Jack la acarició—. Es posible que te dé miedo lo que pueda haber entre los dos, pero a mí no me tienes miedo.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque me has amenazado con romperme la otra pierna, ¿o se te ha olvidado?

—No debería haberte dicho eso —contestó Kayla arrepentida—. Debería haber reaccionado con más madurez.

—Me gustó cómo reaccionaste. También me gusta cómo besas. La cuestión es qué es lo que a ti te gusta.

—La paz y la tranquilidad, y no creo que eso sea algo que tú puedas ofrecerme.

—Puede que no, pero puedo darte algo mejor.

—¿Qué?

—Mi cocido irlandés y un hombro para que apoyes la cabeza.

La idea de poder apoyar la cabeza en el hombro de alguien hizo que las lágrimas afloraran a sus ojos. Había veces que Kayla deseaba tener a alguien a su lado para que la ayudase a tomar los millones de decisiones que conllevaba criar a una hija. Pero Jack no sabía nada de eso y ella no podía permitirse cometer más equivocaciones.

—Venga, ¿qué dices?

—Digo que lo mejor es que la relación entre los dos sea estrictamente profesional. ¿Vas a estar en casa mañana?

—Sí, claro. ¿Adonde crees que puedo ir? Tenemos nieve helada y se espera que nieve más en el curso de la semana.

—Ya sabes que uno no puede fiarse de los meteorólogos, no hacen más que anunciar tormentas de nieve que no tienen lugar.

—¿Qué te ha vuelto tan cínica? ¿O debería decir quién?

—Deberías decir buenas noches. Es tarde.

—Hasta mañana.

«Sí, hasta mañana».

—¿Que hizo qué? —le preguntó Diane a Kayla a la mañana siguiente en la pequeña oficina de Errands Unlimited.

El despacho sólo tenía espacio para dos escritorios, un ordenador, dos archivadores, tres sillas y media docena de helechos, la pasión de Diane. La única ventana daba al oeste y el sol entraba de lleno por ella, lo que era una bendición en invierno y una maldición en verano.

—Que echó a patadas a los de la limpieza —repitió Kayla.

—No, me refiero a antes de eso. Juraría que me has dicho que Jack Elliott te besó.

—Así es.

—El muy cerdo.

Diane y Kayla eran amigas desde los seis años; de pequeñas, vivían puerta con puerta. Había sido idea de Diane que Kayla se asociara con ella en esa aventura empresarial. Las dos habían invertido el mismo capital y su trabajo empezaba a dar beneficios ese año por primera vez.

—¿Cómo se ha atrevido a aprovecharse de ti de esa manera?

—Diane, Jack tiene una pierna rota, no estaba en situación de aprovecharse de nadie.

—Oh. Eso significa que te ha gustado. Dios mío, Kayla, ¿sabes lo que eso significa?

—¿Que tengo problemas?

—Es el primer hombre, desde tu divorcio, que te ha gustado que te besara. Oh, Kayla, me alegro mucho. Quiero que seas tan feliz como lo soy yo con George.

—Imposible. Vosotros dos estáis hechos el uno para el otro.

—¿Y qué hay de ese Jack? ¿Cómo es?

—Es completamente lo opuesto a mí. Encanta a las mujeres, prácticamente las tiene que espantar como a las moscas. Tiene la casa hecha una leonera en estos momentos. Y su madre es la dueña de la guardería a la que va Ashley, ¿puedes creerlo?

—Entonces, a Jack se le deben dar bien los niños, ¿no?

—No —admitió Kayla a pesar suyo—. Digamos que a Ashley no le ha impresionado favorablemente.

—Ah, ya, acabo de acordarme que os atacó con una muleta.

—Sí.

—Kayla, ¿quieres que me haga yo cargo de este cliente? —preguntó Diane.

—No, no es necesario, puedo arreglármelas sola —respondió Kayla con firmeza

—. Tengo un plan.

—¿Sí? Cuéntamelo ahora mismo.

—Voy a ser muy agradable y simpática con él, nada más de discusiones o de besos. Voy a mantener las distancias.

—Me parece un buen plan. Ya veremos si funciona.

El plan de Kayla funciono. Durante los ocho días siguientes, los contaba, no tuvo una sola discusión con Jack. Ni besos.

Jack le lanzaba esas largas y apasionadas miradas capaces de

derretir el acero y Kayla se dijo a sí misma que debería sentirse insultada, pero no era así. Por el contrario, Jack le hacía soñar despierta con cosas que no podía tener pero que no dejaba de desear.

—Me estabas mirando otra vez —dijo ella con exasperación el noveno día cuando le dio a Jack los recibos que acababa de pagar.

Estaban sentados en el cuarto de estar, él en el sofá y ella en una silla a una respetable distancia. No era un escenario romántico, pero la pasión de los ojos de Jack lo convertía en un lugar perfecto para idilios.

—Me gusta mirarte —declaró Jack con voz profundamente seductora—. ¿Hay alguna ley que lo impida?

—Debería haberla —murmuró ella.

—¿Qué has dicho?

—Que deberías tener más cuidado y pagar a tiempo los recibos, han estado a punto de cortarte la electricidad.

—He tenido otras cosas en qué pensar.

La mirada de Jack le dijo claramente a qué cosas se refería.

—Ernie me ha dicho que ayer saliste.

—Me estaba entrando claustrofobia de estar aquí encerrado —dijo Jack.

—Llevas así doce días.

—Pero me parecen noventa —murmuró él.

—¿Te gustó salir?

—Sí, fue maravilloso —contestó él con sarcasmo—. Tuve que sentarme a descansar en la silla de Ernie en el portal. Después, estuve a punto de romperme la otra pierna cuando en la calle pisé un charco helado y me resbalé.

—¿Te hiciste daño?

—Sólo mi orgullo resultó herido —respondió Jack melodramáticamente.

—No te preocupes, te sobra de eso.

—No soy yo el único —le espetó él—. Tú también tienes lo tuyo.

—A veces no viene mal —respondió Kayla antes de decidir cambiar de tema—.

Esta casa está mucho mejor desde que has dejado que te la limpien.

—Ha sido esa vez sólo, no te hagas ilusiones —le advirtió Jack—. Lo que pasa es que se me amontonó el trabajo. No creas que soy un completo desastre.

—Eso es lo que me ha dicho tu madre.

—¡Vaya! Sabía que habíais estado hablando de mí.

—Sigo sin poder creer que sea tu madre —admitió Kayla sin

pensar.

—¿Por qué, porque no nos parecemos? Eso es normal cuando uno es adoptado.

—Tengo entendido que tus padres murieron en accidente de coche.

—Sí, cuando yo tenía nueve años.

—Lo siento.

Jack se quitó de encima la compasión con una sonrisa felina.

—¿Quieres saber lo que siento yo?

—¿Qué?

—Que tú estés ahí y yo aquí —respondió él dando unas palmadas encima del sofá, a su lado.

Kayla casi no podía resistirse.

—¿Qué te pasa, que las otras mujeres te han abandonado?

—No me importan las otras mujeres —respondió Jack.

Pero Kayla se limitó a reír y negó con la cabeza.

—Se te da bien, eso lo reconozco.

A Jack le encantaba la risa de Kayla. En realidad, no sabía si podría aguantar mucho más sin besarla.

Pero, por desgracia, la situación no tenía solución. La única forma de solucionar su problema era acostándose con Kayla; sin embargo, eso le daría más problemas que los que podía solucionar. Kayla no era la clase de mujer con la que uno se acostase un día y se olvidara de ella al día siguiente. Kayla era la clase de mujer que se tomaba las cosas en serio, y la seriedad nunca había sido el punto fuerte de Jack.

—Igualo la apuesta y subo diez dólares —dijo Jack antes de extender la mano para meterla en un cuenco lleno de cacahuetes.

La partida de poker era un ritual semanal. Él y unos compañeros del departamento de bomberos la respetaban con religiosa ceremonia.

Esta semana tocaba en casa de Boomer, pero como estaban pintándola, habían ido al piso de Jack.

—¿Cómo puedes beber eso? —Le preguntó Sam Cernigliano a Jack señalando la cerveza irlandesa—. Sabe a orina de camello.

—Y tú has bebido lo suficiente para saberlo, ¿verdad, Sam? —respondió Jack.

—Mira quién fue a hablar —interpuso Boomer—. Esos puros que fumas le ponen a uno enfermo, Sam.

—Sí, como si fuese mejor esa imitación a cigarrillos que fumas tú —contestó Sam.

Los imaginativos juramentos de Boomer llenaron la atmósfera de la habitación.

—Bueno, Sam, tienes una buena mano —dijo Jack sonriendo—. Pero un full le puede a una escalera.

Las maldiciones de Sam se unieron a las de Boomer.

—Vaya suerte del demonio —se quejó Sam—. Además de no saber qué hacer con tantas mujeres como tienes, nos ganas. No es justo.

La sonrisa de Jack se agrandó.

—La vida no es justa, Sam.

—¿Sabes cuántas veces me he roto algún hueso? —Dijo Sam—. Vamos, pregúntamelo.

—No tengo que preguntártelo, me lo has dicho millones de veces —contestó Jack.

—Seis veces. Seis veces me he roto un hueso. Y ni una sola vez me ha firmado la escayola una pelirroja. ¿Y cuántas mujeres te han firmado la tuya?

—Yo he contado más de una docena —dijo Boomer, un soltero sin el encanto de Jack.

Jack se echó a reír, a pesar de recordar que Kayla se había negado a poner su firma ahí.

—Sí, bueno, todos tenemos problemas —bromeó Jack—. Hablando de problemas, ¿por qué estás hoy tan callado, Darnell?

—Estoy preocupado por mi mujer —admitió el joven.

—No sale de cuentas hasta dentro de tres semanas, aún te queda mucho tiempo

—dijo Sam, el mayor de los cuatro—. Yo tengo cinco niños y sé de estas cosas.

—Está empezando a nevar mucho —observó Darnell con preocupación.

—Tienes un coche que es capaz de rodar aunque haya medio metro de nieve —

señaló Jack.

—Y tienes un teléfono móvil, así que tu mujer puede llamarte si te necesita —

dijo Boomer—. Y su madre está con ella, así que no sé por qué te preocupas.

En ese momento, el teléfono móvil de Darnell sonó.

—¿Sí? —Darnell se quedó boquiabierto un momento—. ¡Dios mío, ahora mismo estoy ahí!

Volviéndose a sus amigos, gritó:

—¡Está de parto! Tengo que marcharme. ¡Voy a ser padre!

Darnell salió corriendo sin el abrigo.

—¡Eh, Darnell! Espera un momento, toma —Sam le agarró del brazo y le dio el abrigo—. Tranquilo, amigo.

—¿Qué hay de la partida de poker? —preguntó Boomer.

Kayla estaba a punto de llamar a la puerta de Jack cuando ésta se

abrió y un joven salió corriendo.

El olor a humo de cigarros puros en el apartamento la hizo abanicarse con la mano y arrugar la nariz.

Ashley, en los brazos de su madre, la imitó y dijo:

—¡Qué asco!

Al mismo tiempo, un hombre mayor que Jack abrió la ventana y estaba diciendo:

—Eh, está nevando de verdad. Creo que será mejor que nos vayamos antes de que sea imposible.

—¿Qué estás haciendo fuera de casa con este tiempo? —le preguntó Jack a Kayla sin levantarse.

Kayla suspiró. No parecía contento de verla. Le dio la impresión de que estaban jugando al poker o a algo por el estilo.

—Eh, ¿no vas a presentarnos, amigo? —preguntó Boomer esperanzado.

—Claro. Este es Boomer y éste es Sam… y éstas son Kayla White y su hija.

Jack frunció el ceño al ver a Boomer acercándose a Kayla mientras Sam saludaba a Ashley. La pequeña incluso llegó a abandonar la protección de los brazos de su madre para irse con él.

—Bueno, chicos, ¿no os ibais ya? —les preguntó Jack a Boomer y a Sam.

—No has sido muy amable —le dijo Kayla después de que Sam y Boomer se marcharan.

—La amabilidad no es uno de mis fuertes —contestó Jack—. En fin, todavía no me has dicho por qué estás fuera de casa con este tiempo.

—No nevaba tanto cuando he salido —contestó ella a la defensiva —. Esta es nuestra última parada. En fin, he venido para traerte la compra. No te queda mucha cosa en el frigorífico… por si no lo has notado.

—Los chicos me han traído comida al venir a echar la partida.

—Eso yo no lo sabía.

—No veo la compra.

Kayla miró al suelo antes de sonrojarse.

—Dios mío, debo habérmela dejado en el descansillo —Kayla abrió la puerta, levantó una bolsa de plástico y la llevó a la cocina, con Ashley pegada a ella como una lapa.

Con rápida eficacia, Kayla metió la compra en la nevera en menos de un minuto.

—Bueno, ya está. Nos vamos.

Jack le cerró el paso.

—Si crees que voy a dejarte salir con este tiempo es que estás loca.

Capítulo Cuatro

—No soy yo la que está loca —dijo Kayla.

—¿No? —Con impaciencia, Jack señaló la ventana del cuarto de estar con un movimiento de cabeza—. Echa un vistazo ahí fuera.

Kayla así lo hizo, y vio un taxi a punto de estrellarse contra un autobús cuando éste se detuvo delante de la parada. La intensidad de la nevada la sorprendió, al igual que el viento que azotaba. Casi no podía ver el edifico que había en frente del de Jack, al otro lado de la calle.

Después de retirarle el pelo de la frente a su hija y de sonreírle, Kayla le dijo a Jack:

—¿Qué sugieres? ¿Que nos quedemos aquí?

—¿Te parece una idea tan descabellada? Éste es un sofá cama. Tú y tu hija podéis dormir aquí. No has aparcado en doble fila, ¿verdad?

—No, no quiero otra multa —le informó ella.

—Bueno, pues ya está arreglado. Os quedáis aquí.

Kayla empequeñeció los ojos.

—No me gusta que me den órdenes.

—Ni a mí —Jack le sonrió traviesamente—, pero me has dado órdenes a diestro y siniestro, así que ahora ya sabes lo desagradable que es.

—Mamá, has dicho que no íbamos a estar aquí mucho —declaró Ashley—.

Hugs quiere volver a casa.

—Ya sé que Hugs quiere volver a casa, cielo, ¿pero has visto cómo nieva? Creo que es mejor que nos quedemos aquí.

—Quiero ir a casa.

—¿Te gusta la pizza? —Le preguntó Jack a Ashley de repente—. He pedido una pizza y me la van a traer ahora, y es una grande.

Jack había pensado compartirla con sus tres amigos.

—Y tengo televisión por cable, así que estoy seguro de que habrá un buen programa para niños.

Jack se sentó en el sofá y agarró el mando a distancia con el aire de un hombre cuya vida dependiera de eso.

El destino se apiadó de él, porque Jack encontró rápidamente un canal con uno de los programas preferidos de Ashley, lo que distrajo a la niña lo suficiente para que su madre pudiera quitarle el abrigo y las botas sin que formara un escándalo. Pero se pegó a su madre como una lapa, incluso la siguió a la ventana cuando Kayla fue a cerrarla.

La situación mejoró, tal y como esperaba Jack, cuando llegó la pizza. Y la caja de helados de chocolate y menta fue un éxito con Ashley, lo que le dio a Jack una falsa sensación de seguridad.

El informe meteorológico anunció tormentas de nieve en todo el norte de Illinois y los vientos de más de sesenta kilómetros por hora.

Ashley no volvió a protestar hasta que no llegó la hora de acostarse. Se aferró a su madre con una mano y al oso de peluche con la otra.

—Ya no quiero estar aquí. ¡Vamonos a casa!

—No podemos, cariño, está nevando mucho. Es mejor que pasemos la noche aquí. Después, mañana por la mañana, volveremos a casa y haremos un muñeco de nieve. Y Hugs nos ayudará.

—Hugs no quiere ayudar. Queremos ir a casa.

—No podemos —dijo Kayla exasperada—. Tenemos que quedarnos aquí.

—No quiero. Quiero ir a casa —gritó Ashley antes de señalar a Jack con el dedo

—. ¡Es un ogro!

Jack, de repente, pareció tan dolido como si le hubieran pegado con un látigo.

Al momento, su rostro perdió toda expresión.

—Lo siento —le dijo Kayla rápidamente en tono de disculpa—. La niña no lo ha dicho en serio.

Pero Jack ni siquiera la oyó, estaba perdido en el tormento del recuerdo de otro niño que una vez también creyó que él era un ogro.

Aquello ocurrió el año que entró a trabajar en el departamento de bomberos, y desde entonces trataba de olvidarlo. La mayoría de los días lo conseguía, aunque muchos de sus compañeros de trabajo decían que ese incidente aún condicionaba su comportamiento diez años después. Pero nunca le hablaban de ello porque nada conseguía hacerle olvidar ese horrible momento.

Jack sintió una imperiosa necesidad de irse de allí, se dio media vuelta y salió del cuarto de estar sin decir palabra.

Incluso Ashley se dio cuenta del cambio en Jack. Dejó de llorar y se metió el dedo en la boca, algo que hacía cuando se encontraba nerviosa o insegura.

—Ashley, no deberías haberle llamado ogro a Jack —dijo Kayla—. ¿Te gustaría que a ti te llamaran ogro?

La pequeña se sacó el dedo de la boca unos momentos para contestar:

—No es malo.

—¿Así que no te parece malo llamarle a alguien ogro? ¿Crees que un ogro te daría pizza? Jack no es un ogro, cielo. ¿Te acuerdas de eso que te conté del fuego y de que no se puede jugar con cerillas? Y te dije que Jack es bombero y que salva a la gente.

—No nos ha salvado a nosotras.

—Porque no necesitamos que nos salven. El primer día que vinimos, nos gritó porque le asustamos.

—¿Le asustamos? —la idea pareció fascinar a Ashley.

—Exacto.

—¿Por qué?

—Porque no sabía que veníamos. ¿No te acuerdas que ya te lo he explicado?

—¿Vamos a ir a casa?

—No.

Ashley se chupó el dedo unos minutos y miró a su madre mientras ésta hacía la cama con las sábanas que Jack le había dado antes. Después, Ashley se abrazó al oso y tomó una decisión, haría bueno al ogro como en *La Bella y La Bestia*.

Al principio, desde la oscuridad del recuerdo, Jack no oyó la suave voz de la niña, se había perdido en sus demonios. Con perplejidad, vio a Ashley a un metro de él, que estaba sentado delante de la mesa de la cocina. La niña se pasaba un pie por la otra pierna mientras repetía lo que acababa de decir.

—¿Estás triste?

Jack no respondió, no podía.

Pero Ashley era tan obstinada como su madre.

—¿Te he puesto triste?

Jack no sabía qué decir.

Pero Ashley sí.

—Perdona —con una tímida sonrisa que le recordó la de Kayla, Ashley le acercó el oso extendiendo las manos—. ¿Quieres darle un abrazo a Hugs?

Jack miró a Kayla, que estaba en la entrada de la cocina. Ella le sonrió.

—Los osos son bonitos —contestó Jack aún sin saber qué hacer.

—Hugs es mágico —le informó Ashley.

—Sí, ya lo he notado.

Al verlo vacilar, Ashley preguntó:

—¿No sabes abrazar?

—Bueno, hace ya mucho tiempo que no abrazo a un oso —admitió Jack.

—¿Te enseño?

—Vale, enséñame.

Ashley estrechó al oso entre sus brazos.

—Ahora, tú —dijo la niña ofreciéndole de nuevo el oso.

Sintiéndose como un tonto, Jack hizo lo que pudo por imitar a la

pequeña.

—Lo ves, no ha sido tan difícil, ¿verdad que no? —observó Kayla con ternura.

Había sido mucho más difícil de lo que ella podía imaginar. La vida le había endurecido después de hacerle perder la fe en los milagros cuando perdió a sus padres en aquel accidente de coche. Le gustaba combatir el fuego porque le daba la oportunidad de salvar vidas… a veces.

Pero eran los fracasos lo que le torturaba por las noches; sobre todo, uno en concreto.

¿Qué pensaría Kayla de él si lo supiera? ¿Seguiría sonriéndole o saldría de allí corriendo con su hija? ¿Y por qué le importaba tanto?

—Por fin se ha dormido —susurró Kayla al regresar a la cocina una hora después—. Siento mucho lo que te ha dicho antes, estaba cansada y enfadada por no salirse con la suya.

—No tienes que disculparla.

—No lo estoy haciendo. Bueno, puede que sí. Es sólo qué… —¿cómo podía explicarle lo mucho que le había afectado verlo con esa expresión de sufrimiento?—.

Lo siento.

Jack se encogió de hombros.

—Ya te he dicho que no se me dan bien los niños.

—Eso es una tontería. Ashley es así contigo porque la asustaste el primer día con la muleta. Además, te aseguro que no le ofrece a todo el mundo que le dé un abrazo a Hugs.

—Vale, de acuerdo.

—Es verdad —insistió Kayla.

—Vale, he hecho algo bien.

Kayla no sabía qué era, pero algo extraño pasaba. Jack no era la clase de hombre que podía enfadarse por lo que pudiera decir una niña.

—¿Quieres hablar de ello?

—¿De qué?

—De lo que te ha hecho ponerte así… tan triste.

—Malos recuerdos.

—¿Qué recuerdos?

—No te preocupes, no tiene importancia.

A Jack no le gustaba llorarle a nadie y no iba a empezar en ese momento de su vida, aunque sintió momentáneamente el deseo de bajar la guardia y confiar en ella.

Pronto consiguió controlarse.

En vez de confiar en ella, decidió bromear para salir del paso.

—¿Te he dicho que el martes voy a ir al médico para empezar el entrenamiento de los diez mil metros lisos con muletas?

Con alivio, vio que Kayla le siguió el juego.

—¿Diez mil kilómetros? Vaya, me has impresionado.

—Después de la visita del martes al médico, tengo pensado volver al trabajo.

—¿Cómo es posible? Vas a tener la escayola puesta otras dos semanas más, ¿no?

—Sí, pero puedo hacer trabajo de papeleo en la oficina. Además, cicatrizo rápidamente. Lo sé porque me he dado ya muchos golpes.

—¿Te has roto más huesos?

—No. Sólo seis puntos en un brazo hace unos años y también tengo una cicatriz de unas brasas que se me metieron por debajo de la camisa. ¿Quieres ver la cicatriz?

La sonrisa de Jack era tentadora, pero…

—No, gracias —respondió Kayla casi sin respiración—. Yo… vaya, veo que tienes más firmas en la escayola.

—Sí, son de unos compañeros de trabajo que han venido a verme, pero será mejor que no leas lo que han escrito…

Demasiado tarde, Kayla ya se había inclinado para intentar descifrar lo que estaba escrito a la altura de la rodilla.

—Tus amigos tienen una imaginación calenturienta —fue todo lo que Kayla dijo—. Incluyendo a algunas de tus amigas. Es increíble la cantidad de mujeres que tienes a tu alrededor.

—¿Crees que voy por la calle pidiéndole a las chicas que…?

—No tendrías que ir muy lejos para que te dijeran que sí a lo que quieras.

—Ah, no, ¿eh? Me alegra saberlo, pero la cuestión es que no me interesan las mujeres que pueda encontrarme por la calle. Me interesas tú.

—¿Por qué?

—Eres una mujer hermosa.

Kayla alzó los ojos.

—Sí, hermosísima. ¿Crees que no lo eres?

—Sé que no lo soy.

—¿Nunca has oído eso de que la belleza está en los ojos del que mira?

—Lo he oído, pero no lo creo.

—¿En qué crees tú?

—En mi hija.

—¿Y es lo único que te hace feliz?

—No, no es lo único, pero sí es lo más importante. ¿Y tú? ¿Qué te

hace feliz a ti?

—Hacerte enrojecer de vergüenza —respondió Jack con una traviesa sonrisa.

Kayla se echó a reír.

—Si eso fuese verdad, no te habrías puesto como un tomate cuando he leído lo que te han escrito en la escayola.

—Yo no me he puesto como un tomate —negó Jack—. Tenía calor.

—Vaya, creía que los bomberos estaban acostumbrados al calor.

—No al que tú me haces sentir.

Sus miradas se encontraron. Los ojos grises de Jack prometían prohibidos placeres. La razón la abandonaba y la mente de Kayla se llenó de imágenes de sábanas de satén y cuerpos desnudos. El de Jack… el suyo… los dos entrelazados buscando satisfacción… y encontrándola.

Tenía que decir algo para romper ese expectante silencio. ¿De qué habían estado hablando? Sí, del trabajo de Jack.

—Mmmm —Kayla se aclaró la garganta—. ¿Siempre has querido ser bombero?

—Sí, creo que sí. Cuando fui a vivir con mis padres adoptivos, me impresionó que Sean fuera bombero. Me acuerdo que le seguía como un perrillo, le volvía loco a preguntas. Fue un milagro que no me diera una patada en el trasero. Sean tenía mucha paciencia conmigo y me contaba muchas anécdotas, lo hace incluso ahora que está jubilado. Es un hombre de verdad.

—¿Así que quisiste ser bombero porque lo era tu padre adoptivo?

—Bueno, no, quería ser bombero de antes.

Algo en la voz de Jack la hizo decir:

—Si no quieres hablar de eso…

Jack se encogió de hombros y bebió un sorbo de su cerveza irlandesa antes de hablar.

—Ya te he dicho que mis padres murieron en un accidente. Yo iba en el coche con ellos.

—Oh, Jack…

Pero Jack no quería compasión.

—Los bomberos los sacaron como pudieron. Intentaron salvarlos, pero… en fin, supongo que me impresionaron. Incluso ahora, después de tantos años, me pongo malo cuando ha habido un accidente de coche y tenemos que sacar a la gente de forma similar a como sacaron a mis padres.

—Sí, es muy comprensible.

—En fin, es la vida —declaró Jack, visiblemente incómodo por lo que había dicho.

—Me alegro de que me hayas contado esto.

—¿Y tú, ya no te resulta tan incómodo quedarte a pasar aquí la noche? —Le preguntó él.

—No, ya no. Además, no se trata de que hayamos planeado pasar toda la noche tonteando —dijo Kayla nerviosa.

—No, quizá no toda la noche.

Kayla arrugó la nariz mientras las mejillas se le encendían.

—Creo que me he explicado mal.

—Tú no haces nada mal.

—No me conoces.

—Pero, espero conocerte.

—Eso ya lo veremos.

Sus ojos volvieron a encontrarse pero, en esta ocasión, Kayla no permitió que la magia de esa mirada la atrapase.

—Cuéntame más cosas de tu trabajo.

—Lucho contra los incendios.

—Eso ya lo imaginaba —respondió ella con exasperación—. ¿Qué se hace con un bombero que se ha roto una pierna?

—Le pegan un tiro —contestó Jack.

Kayla se echó a reír.

Jack sonrió. Le encantaba la risa de Kayla, era… indescriptible. Llena de vida.

Cálida. Ronca. Sensual. Todo eso y mucho más.

—Echas de menos tu trabajo, ¿verdad?

—Sí, mucho.

—Venga, cuéntame más cosas. ¿Qué haces un día normal de trabajo?

—Eso no existe —al ver que Kayla no aceptaba eso por respuesta, continuó—.

Pero puedo darte una idea aproximada. Verás, tengo un turno seguido de veinticuatro horas y luego cuarenta y ocho de descanso. Mi turno empieza a las ocho de la mañana e incluye entrenamiento físico; como, por ejemplo, levantamiento de pesas.

Eso explicaba su magnífico cuerpo, pensó Kayla.

—Pero no nos han entrenado para andar con esto —añadió Jack señalando las muletas.

—Se te da mejor que antes andar con las muletas —declaró ella.

—Es posible. En fin, como acabo de decir, en mi trabajo no existe eso de un día normal porque, cuando nos llaman para que vayamos a algún sitio, no sabemos cuánto tiempo vamos a estar allí; y tampoco sabemos cuántas veces nos van a llamar.

Nos llaman para fuegos, para escapes de gas, para escapes de

productos químicos, para urgencias médicas… para todo tipo de cosas. Y cuando estamos en la estación de bomberos, solemos estar revisando la maquinaria, los vehículos y el resto del equipo; por ejemplo, las sirenas, las luces, el combustible, el oxígeno…

Kayla asintió y le miró como si esperase que siguiera hablando.

—Almorzamos a las doce del mediodía y hacemos turnos para cocinar y fregar, todos lo hacemos. También tenemos que lavar los suelos, afilar las hachas, enrollar mangueras… ah, y también tenemos que sacar brillo al cobre; soy un profesional en sacar brillo.

Jack la miró de pies a cabeza con una endiablada sonrisa.

—Si necesitas que alguien te saque brillo a algo, ese alguien soy yo.

—Lo tendré en cuenta —respondió ella con voz algo entrecortada.

—Bueno, como ya he dicho, también hacemos ejercicio físico. Y estudiamos manuales sobre cómo combatir distintos tipos de fuegos. Por ejemplo, si te dicen que tienes que ir a apagar un fuego Clase C, tienes que saber que eso significa que es un fuego de tipo eléctrico; de lo contrario, al utilizar el agua, podrías acabar electrocutándote. En fin, no es un trabajo para gente floja; sólo las botas pesan casi diez kilos. Nos metemos en los edificios en llamas con casi cuarenta kilos de peso extra encima, cuando la mayoría de la gente con sentido común lo que hace es salir corriendo.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—Yo no he dicho que tenga sentido común.

De nuevo, Kayla notó que Jack utilizaba el humor para evadir respuestas.

—Venga, sigue hablándome de tu trabajo.

—No hay mucho más que contar, excepto que los incendios en los rascacielos es lo peor para mí. Uno nunca sabe qué es lo que se va a encontrar y cuesta mucho salir.

Odio los rascacielos.

—Yo también. No me gusta vivir en un piso alto.

—Así que no vives en un piso alto, ¿eh?

—No. En este momento tengo alquilada una casa pequeña —pero era sólo eso, una casa, no un hogar.

Por supuesto, le había puesto a Ashley una habitación que era el sueño de cualquier niña pequeña, y el resto de la casa estaba limpio y ordenado; pero no era un hogar. Sólo era un lugar para vivir hasta que pudiera encontrar algo mejor.

—¿En este momento? —repitió Jack.

—Algún día me compraré mi propia casa —confesó Kayla—. Bruce y yo vivíamos en un apartamento cerca del hospital y, cuando nos

divorciamos, hace tres años, fui a vivir donde vivo ahora. Es una casa muy pequeña, pero fácil de limpiar.

Aunque me gustaría tener más armarios para guardar cosas.

Kayla miró alrededor de la cocina, que era grande.

—Este edificio es muy agradable.

El edificio tenía forma de u; en el centro, había una especie de jardín. Como el piso de Jack estaba en un ala del edificio, tenía ventanas tanto en el cuarto de estar como en la cocina.

—Tienes suerte de tener una ventana encima del fregadero —comentó Kayla.

—Sí, la vista no está mal. Desde la ventana se puede ver el apartamento de ahí.

El verano pasado, vivían en él unas estudiantes suecas y los amigos vinieron un día con binoculares…

—¿Las espiasteis con binoculares?

—Yo no estaba espiando.

—¿Entonces qué estabas haciendo? Algún día una mujer va a hacer que te arrepientas de lo que le has hecho al género femenino durante años. Y yo espero estar por aquí para verlo.

—Puede que no sólo estés por aquí, sino que seas esa mujer.

—No, tendrá que ser una mujer con más valor que el que yo tengo.

—No me pareces miedosa.

—Como te he dicho antes, no me conoces muy bien.

—Pero estoy aprendiendo. Por ejemplo, esta noche me he enterado de varias cosas.

—¿De qué?

—Que te comes los champiñones de una pizza, pero dejas los pimientos.

—¡No es verdad!

—Y estiras el dedo meñique, como las duquesas, cuando bebes, aunque sea de la botella.

—No tienes vasos decentes.

—Ni indecentes. La Navidad pasada, Sam me regaló un juego de vasos en forma de… no, será mejor que no te lo cuente.

—Tienes razón, será mejor que no me lo cuentes. A propósito de Sam, él y los otros parecen buena gente.

—Son estupendos. Llevamos trabajando juntos bastante tiempo, lo que significa que también comemos juntos, dormimos juntos y apagamos fuegos juntos. Es más que un equipo. Uno siempre sabe que puede contar con los otros para que le saquen de un apuro. Si tengo algún problema, siempre puedo contar con ellos, y ellos conmigo. Pase lo que pase, sabemos que los demás están ahí.

Las palabras de Jack la enternecieron.

—Y yo que pensaba que no te gustaba comprometerte con nadie… hablas como si tú y tus amigos estuvierais muy comprometidos los unos con los otros. Dime una cosa, ¿crees que esa clase de compromiso, poder depender de alguien, puede pasar fuera de la estación de bomberos?

—Sí, supongo que sí. Pero a excepción de con mis padres adoptivos, a mí no me ha pasado con nadie más. Además, esa clase de compromiso puede acabar con un hombre. Cuando te hablaba, no me refería a eso.

Kayla ahora ya lo sabía, y lo que Jack acababa de contestarle no la hizo feliz.

De repente, necesitó distraerse con algo y se acercó al frigorífico. Abrió la puerta y se agachó para sacar un bote de refresco. Con el bote en la mano, al enderezarse, se chocó con Jack.

Se dio media vuelta e, inequívocamente, vio que iba a seducirla.

Capítulo Cinco

Kayla estaba preparada para que la besara, había levantado todas sus defensas.

Sin embargo, él se las destrozó al alzarle la mano y, en vez de besarle la boca, comenzó a mordisquearle los dedos como si fueran un exquisito manjar.

Kayla tembló de placer al sentir la textura de esos labios y la leve aspereza de la piel con barba incipiente. Abrió la boca y, conteniendo la respiración, esperó a ver qué hacía a continuación.

Después de separarle el dedo índice de los demás, Jack se lo metió en la boca perezosamente y acarició la yema con la punta de la lengua. Más oleadas de placer invadieron a Kayla, que pudo saborearle con la piel.

No podía creer lo erótico que era aquello. ¡Increíble!

Sintió el calor del aliento de Jack en las mejillas cuando éste se fue acercando.

Pero siguió sin besarle los labios. Le acarició las mejillas con la boca antes de mordisquearle el oído; después, le levantó el pelo para adentrarse en nuevo territorio.

A Kayla se le erizó la piel. Jamás se le erizaba la piel, a menos que la temperatura estuviera a menos de cero grados. Pero era calor lo que sentía, no frío; el calor de Jack, que se le estaba extendiendo por todo el cuerpo.

Kayla jadeó al experimentar aquellas sensaciones que la lenta seducción de Jack estaba creando con manos y boca.

Kayla cerró los ojos, consciente de la rápida cadencia de su respiración, de la de él. Muy despacio, los labios de Jack le recorrió la mejilla hasta la comisura de la boca.

El corazón le galopaba y las rodillas le temblaban… y Jack todavía no la había besado.

Abrió los ojos para ver qué era lo que le hacía esperar. Estaba tan cerca que casi no podía verlo, pero le clavó los ojos en los labios.

—Preciosa —susurró él antes de saborear el labio inferior de Kayla.

Ella jadeó y Jack capturó aquel pequeño susurro, incorporándolo al beso que por fin le dio. Adentrando la lengua en la cálida profundidad de la boca de ella, la acarició con sensual creatividad.

Kayla se apoyó en el frigorífico y Jack en ella. Se sintió ligeramente aplastada entre el electrodoméstico y la pulsante excitación de él.

La tentación era irresistible, la pasión la consumía…

De repente, el frigorífico hizo un ruido espantoso y se sacudió, sobresaltando a Kayla.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó ella temblando.

—La nevera —murmuró Jack junto a sus labios—. Olvídalo.

Pero Kayla no pudo, había vuelto a la realidad. ¿En qué había estado pensando?

Su hija estaba durmiendo en el cuarto de estar. ¿Qué clase de madre era? ¿Qué clase de madre era para estar haciendo el amor en la cocina con un hombre como Jack?

Un hombre sensual, apasionado e increíble como Jack. Su ex marido no le llegaba a la suela de los zapatos. Bruce podía ser atractivo y simpático superficialmente; pero por dentro, era un hombre sin sentimientos y egoísta cuya única pasión era su trabajo.

—Jack, por favor, suéltame.

Jack lanzó un suspiro y, con desgana, la soltó después de sujetarse bien a las muletas.

Al ver la frustración de él, Kayla añadió:

—Teníamos que parar esto.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—¿Porque te gusta demasiado?

—Sí.

La honestidad de Kayla tomó a Jack por sorpresa.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Todo. Tú y yo queremos cosas diferentes. Tú quieres un revolcón en el granero y yo quiero…

—Tú quieres hacer el amor conmigo.

Los ojos de Kayla echaron chispas.

—No eres el primer hombre al que he deseado.

—Eso ya lo sé. Tienes una hija y has estado casada, supongo que sentías algo por tu marido.

—Le quería con toda mi alma.

—¿Y qué pasó?

—Él era muy guapo y tenía mucho éxito con las mujeres. Igual que tú.

Jack quiso gritarle que él no tenía nada que ver con su ex marido.

—Nos conocimos en la universidad, mi primera semana de estar allí. Me sorprendió muchísimo que me invitara a salir con él, que se hubiera fijado en mí.

—¿Por qué? Ya te lo he dicho, eres una mujer muy guapa.

—No lo soy.

—Claro que lo eres —susurró Jack al tiempo que le pasaba la mano por los pechos.

—Por favor, Jack, deja de jugar conmigo.

Después de decidir que los hechos hablaban más que las palabras, Jack le agarró la mano y se la llevó a los pantalones.

—¿Te parece que estoy jugando contigo? Kayla, estoy hablando muy en serio.

Rápidamente, Kayla apartó la mano; no lo hizo porque se hubiera escandalizado, sino porque la tentación de dejarla ahí era casi irresistible.

—Ya te lo he dicho, no me interesan las aventuras de una noche.

—La pasión que hay entre los dos no se extingue en una noche —respondió Jack en un sensual susurro—. Créeme, soy un experto en estos asuntos.

Jack se refería al fuego, pero ella decidió entender que se refería a las relaciones con las mujeres.

—Ya sé que eres un experto, has seducido muchas veces y a muchas mujeres.

—No a tantas —murmuró él—. Estoy sano, si eso es lo que estás preguntando.

El mes pasado di sangre.

—No estaba preguntando eso.

—Bueno, pero es mejor que lo sepas. El mundo es un lugar muy peligroso.

—Y tú lo estás haciendo más peligroso todavía.

La acusación le ofendió.

—¿Por qué dices eso?

—Porque conozco a los hombres como tú.

—Yo no soy como tu ex.

—Él era tan irresponsable como tú.

Jack se sintió aún más ofendido.

—No soy un irresponsable.

—Al principio, éramos felices —dijo Kayla, ignorando el comentario de Jack—.

Al menos, yo creía que lo éramos. Yo era feliz, a pesar de que me mataba a trabajar y de que apenas nos veíamos.

—¿Por qué?

—Porque Bruce estaba estudiando medicina y yo trabajaba para ayudar…

—¿Quieres decir que le pagaste la carrera?

—Bueno, él tenía una beca, lo que también ayudaba.

—Sí, ya. Ese tipo me parece un aprovechado.

—Eso lo descubrí cuando solicitó el divorcio después de acabar la carrera.

Había conocido a otra, una chica de una familia rica de Oak Brook.

—¿Así que abandonó a su esposa y a su hija por una niña rica?

—Sí, así es —respondió Kayla a punto de sollozar.

—Si no hubiera una niña en el cuarto de estar, te diría claramente lo que pienso del sinvergüenza con el que te casaste.

—Si no hubiera una niña en el cuarto de estar, no estaríamos teniendo esta conversación. Pero Ashley es lo más importante de mi vida y no voy a permitir que nada ponga en peligro su bienestar.

Los ojos de Jack mostraron dolor.

—No he querido insinuar que seas un peligro para mi hija —se apresuró Kayla a explicar—. No, no he querido decir eso en absoluto. Lo que he querido decir es que, si empezara a tener relaciones contigo, eso ayudaría a mi marido a ganar la custodia de Ashley.

—¿Quiere la custodia?

—Últimamente habla de ello. Acaban de enterarse de que su esposa no puede tener hijos.

—¿Y por eso ahora quiere a tu hija? ¿Te está amenazando tu ex marido?

—Insinúa cosas.

—¿Qué te ha dicho tu abogado? Estoy seguro de que ningún tribunal le daría la custodia a un hombre que ha abandonado a su esposa y a su hija. Ashley debía ser muy pequeña cuando os dejó.

Kayla asintió.

—Sólo tenía unos meses. No, sé. No sé qué es lo que quiere Bruce —dijo Kayla débilmente—. Lo único que sé es que, en estos momentos, no puedo tener relaciones con nadie.

—¿Y qué es lo que piensas hacer? ¿Ignorar tu sexualidad hasta que Ashley cumpla los dieciocho?

Eres una mujer apasionada, necesitas un hombre…

Enfadada, ella le interrumpió.

—Si necesitara un hombre, sería uno dispuesto a…

—Vamos, continúa. ¿Dispuesto a qué?

—A comprometerse conmigo, a asumir responsabilidades. Un hombre que quisiera algo más que una aventurilla. Un hombre que tuviera en mente algo estable y permanente. ¿Es eso lo que tú quieres? —le retó ella.

Obtuvo la respuesta en los ojos y en el silencio de Jack.

—Eso pensaba.

—No creo en nada permanente. Pero si creyera en ello…

No importaba. Kayla se había dado media vuelta para ir a la cama con su hija.

Sin él.

A la mañana siguiente, Jack se despertó con la extraña sensación

de que alguien lo observaba… ¡De que había alguien sentado encima de él!

Abrió los ojos y encontró a Ashley a su lado. Bueno, por lo menos no se le había sentado encima.

—Quería saber que no estabas muerto —le informó ella antes de señalarle el pecho con un dedo—. Tienes pelo, igual que Hugs.

Desconcertado, Jack se subió la sábana hasta la garganta.

—Hugs tiene hambre, quiere chocolate.

—No tengo chocolate.

—Ooooh.

—¿Oooooh, qué?

—Oooooh, mi mamá viene —dijo Ashley antes de acercársele más —. Se va a enfadar.

—¿Por qué?

—Porque me ha dicho que no te despierte. Pero te he despertado. Hugs te ha despertado. ¡Hola, mamá!

—Hola. Creí que te había dicho que no despertaras a Jack.

—Él ha abierto los ojos solo. Mamá, no tiene chocolate.

—Vamos a desayunar tortitas con miel —Kayla se había acercado a la cama y se había inclinado para hablar con su hija.

Jack pudo verle el escote y contuvo la respiración. Verla así le hizo desear verla sin nada de ropa.

—Vaya, esto está muy ordenado —comentó Kayla después de mirar a su alrededor.

—Ya te he dicho que no soy un desastre total.

—Me he asomado a la ventana y hay unos treinta centímetros de nieve.

Con miedo de que Kayla tuviera pensado marcharse ya, Jack dijo:

—Será mejor que esperes un poco a que las máquinas quitanieves hagan su trabajo.

—¿Vamos a desayunar ya? —preguntó Ashley.

—Sí, venga, pesada. Y baja de la cama de Jack, tiene una pierna rota. Vamos, tenemos que preparar las tortitas.

Después de que las dos se marcharan, Jack se quedó en la cama, hipnotizado con la imagen de Kayla. Estaba preciosa con el pelo revuelto y esa enorme camiseta a modo de camisón…

Tenía que darse una ducha fría inmediatamente si no quería hacer el ridículo.

El lunes, la ciudad casi había vuelto a la normalidad, pero Kayla no lo había conseguido. Su amiga, Diane, se dio cuenta de que pasaba algo cuando la vio entrar en la oficina.

—Vaya tormenta de nieve que hemos tenido, ¿eh? —comentó

Diane.

—Sí.

—Aún no me has dicho dónde dormisteis Ashley y tú la primera noche de la tormenta —dijo Diane mientras regaba su colección de helechos.

Diane había llamado a Kayla durante el fin de semana, pero ésta no le había dado detalles.

—Tuvimos que quedarnos en casa de Jack.

—¿De Jack Elliott? Vaya, suena interesante. ¿Por qué no me dijiste nada cuando te llamé?

—No hay nada que decir. Dormimos en el sofá del cuarto de estar… Ashley y yo.

—Sí, eso me figuraba. ¿Y no pasó nada entre tú y Jack? ¡Eh, te estás poniendo colorada!

Kayla suspiró.

—Deberías verlo, Diane. No sería humana si no…

—Te ha vuelto a besar, ¿verdad? Y esta vez te ha gustado todavía más, ¿eh? No, no me lo digas, lo veo en tu cara.

—No voy a tener relaciones con él. No, de ninguna manera —dijo Kayla enfáticamente—. Y se lo he dicho a él también.

—¿Y él qué ha dicho?

—Ha admitido que no quiere nada permanente. Yo cometí una equivocación con Bruce y no voy a cometer el mismo error otra vez.

—Hablando de ese cerdo, ¿has sabido algo de él últimamente?

—No, pero se supone que va a venir el fin de semana que viene a recoger a Ashley. Sé que para ella es bueno estar con su padre, pero la hecho mucho de menos cuando Bruce se la lleva. Y últimamente paso miedo, no puedo evitar temer que Bruce no me la traiga de vuelta.

—No podría arriesgarse a que la policía se presentase en su casa, tiene que pensar en su reputación. Bruce es imbécil, pero no tanto.

—Sí, tienes razón. En fin, vamos a dejar esto que tenemos que trabajar.

—Te lo has inventado —le dijo Kayla a Jack llorando de risa.

Era martes y Kayla se había pasado por casa de Jack para ver si necesitaba algo.

—Te juro que ese perro es increíble. Ha tirado de la alarma de incendios en ese edificio dos veces. Se levantó apoyándose en las patas traseras y tiró del mango de la alarma con la boca. Y después tuvo la cara dura de esperar allí sentado hasta que llegamos. Ese animal estaba más sordo que una tapia, así que la alarma no le asustaba.

—¿Y vosotros vais y…?

—Y nos lo llevamos al departamento. Era un perro callejero.

—Es increíble.

—Sí, lo es. No te puedes imaginar las cosas que nos pasan a veces. En fin, basta de estas cosas. Dime, Kayla, ¿estás dispuesta a hablar de ese beso?

Jack la tomó por sorpresa; pero rápidamente, Kayla subió las defensas y se obligó a mantener la calma.

—¿Hay algo más que decir?

—Sí, mucho. Es innegable que hay algo entre los dos. Todavía no sé lo que es, pero quiero descubrirlo.

—Yo, no.

—¿Por qué no? ¿De qué tienes miedo?

—Tengo miedo de las serpientes y de las cerillas.

—Jamás he oído decir a nadie que tenga miedo de las cerillas.

—Bueno, es posible que no sea miedo exactamente. Lo que pasa es que no puedo utilizar cerillas de cartón porque me da miedo a que se doblen y a quemarme, por eso utilizo cerillas de madera. La madera no se dobla como el cartón.

—Nunca he conocido a una persona tan organizada como tú.

—Me gusta ser organizada.

—Y a mí me gusta besarte.

—¿Otra vez con lo mismo?

—Todavía no, pero me gustaría.

—Eres imposible.

—Eso ya me lo has dicho.

¿Qué era lo que le gustaba tanto de ese hombre? Tenía que tratarse de algo más que de su belleza física y de sus increíbles besos. La hacía reír tanto como la enfurecía.

—Me estás mirando de forma muy rara —le dijo él—. ¿Estás pensando si merece la pena romperme la otra pierna?

—Aún no me has contado cómo te la has roto.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres almorzar? Puedo pedir una pizza por teléfono.

Al darse cuenta de que Jack no quería hablar de eso, Kayla sacudió la cabeza.

—¿Vives de pizzas?

—No siempre, pero no viene mal tener una pizzería en la esquina de tu casa.

—No tengo hambre.

—Pues tienes cara de tener hambre —le dijo él con una perezosa sonrisa.

Sabiendo a qué se refería, Kayla enrojeció.

—Te he dicho que lo dejes, no quiero repetir la experiencia.

—Tendrás que convencerme.

La noche siguiente, Jack llamó a Kayla a su casa para decirle que el médico le había dado permiso para volver al trabajo.

—Me apetece celebrarlo, aunque lo único que voy a hacer es rellenar papeles y ordenarlos. Bueno, dime, ¿cuándo vais a venir?

—¿Ir, adonde?

—Tú y Ashley a mi casa a cenar. Voy a preparar un cocido irlandés —Jack esperó, pero no obtuvo respuesta—. Venga, vamos, no seas así. ¿Qué crees que te puede pasar con una carabina de tres años?

—Cualquier cosa —respondió ella al recordar lo que había pasado la última vez que Ashley estuvo en casa de Jack.

—Bueno, pues esta vez no va a pasar cualquier cosa —le aseguró él —. A menos que tú quieras.

—¿Por qué yo? —Preguntó Kayla—. Quiero decir, ¿por qué nosotras? ¿Por qué nos has elegido para celebrar tu vuelta al trabajo?

—Porque me has ayudado a recuperarme y quiero demostrarte mi agradecimiento. Es sólo una cena, Kayla, no un compromiso para toda la vida. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —Kayla accedió con desgana.

—Dile a Ashley que tengo chocolate para Hugs.

—Será mejor que sea un chocolate invisible —contestó ella.

—¿Cómo lo sabías?

—Aprendes rápido —dijo ella.

—Al menos, eso me gusta creer. Bueno, ¿mañana por la tarde a eso de las cinco?

—Muy bien.

—¿Qué comen las niñas de tres años? —le preguntó un frenético Jack a Sam por teléfono.

—Les gusta comerse a los tipos nerviosos —contestó Sam—. Haz el favor de tranquilizarte.

—Van a llegar dentro de quince minutos.

—Tu madre tiene una guardería, ¿por qué no se lo preguntas a ella?

—Porque no está en casa; si no, lo habría hecho.

—¿Es esta niña la misma pelirroja que fue a tu casa con una preciosa mamá el día de la tormenta de nieve?

—Sí, la misma.

—Y esta Kayla… ¿es la mujer de tu vida?

—¿A qué viene esta especie de tercer grado? —contestó Jack exasperado—. Lo único que he hecho es hacer una simple pregunta y tú vas y casi me casas con esa mujer.

—Lo que pasa es que me duele ver que un pobre hombre como tú

ande por ahí suelto, con una docena de mujeres para firmarle la escayola, pero sin una buena mujer a su lado que sea realmente suya.

—Me has enternecido —dijo Jack sarcásticamente.

—Sí, ya lo noto —Sam se echó a reír—. Bueno, no le des ni espinacas ni nabos.

Los niños de tres años odian las espinacas y los nabos.

Jack lanzó un gruñido. Demasiado tarde, ya había echado nabos al cocido.

Aunque si le diera a Ashley un helado de menta como aperitivo… no, no creía que eso le sentara muy bien a Kayla.

En ese momento, sonó el interfono.

—Soy, Ernie, el conserje.

—Ya sé quién eres, Ernie. ¿Qué quieres? Estoy ocupado.

—Tiene dos invitadas. La señora Kayla White y su hija, la señorita Ashley White.

—Kayla lleva viniendo aquí tres semanas, Ernie, y nunca antes la habías anunciado. ¿Por qué ahora?

—Porque esas visitas eran de trabajo —declaró Ernie—. Pero yo siempre anuncio a los invitados. Quería que usted diera su aprobación antes de permitirlas subir.

Jack estuvo tentado a bajar y romperle a Ernie la cabeza, pero consiguió controlarse.

—Déjalas que suban.

Con ayuda de las muletas, se acercó a la puerta. Llevaba una camisa y encima un jersey, además de unos pantalones vaqueros con una de las perneras abiertas por la escayola.

A Jack le sorprendió que Ashley fuera la primera en saludarle, y lo hizo abrazándole la pierna buena.

—Soy una princesa y he ayudado para que seas bueno y no seas un ogro —dijo la niña haciendo una pirueta—. Y Hugs me ha ayudado. ¿Vas a darnos un abrazo, Jack?

—Me resulta más fácil dar un abrazo estando sentado —respondió él.

—No ha sido ésa mi experiencia —Kayla no pudo evitar decir eso mientras su sonrisa se tornaba maliciosa.

—Estaría encantado de aumentar tus experiencias —declaró Jack mirándola de arriba abajo para dejar las cosas claras.

Kayla llevaba pantalones negros y una blusa tejida negra debajo de una chaqueta azul turquesa. Estaba encantadora. Pero estaría mucho mejor sin nada.

Recordando que había una niña presente, apartó los ojos de Kayla e hizo todo lo que pudo por ser un buen anfitrión. Por surte, Ashley no

pareció notar los nabos en el cocido. La niña parecía haber dado un cambio de ciento ochenta grados respecto a su actitud con él.

Después de la cena, Kayla insistió en lavar los platos.

—Vamos, tú y Ashley ir al cuarto de estar —sugirió Kayla mientras llenaba el fregadero con agua caliente.

—Ven, vamos a jugar a que yo soy tu madre y tú eres mi niño pequeño —le dijo Ashley a Jack con autoridad—. Tienes que hacer ruidos como los que hacen los bebés.

Jack lanzó una mirada de desesperación hacia la cocina y a Kayla.

—No se me da bien hacer los ruidos de los bebés.

—Pues aprendes. Los bebés hacen… *gaga, gagagá, ga, ga, ga*. Y cuando lloran hace… *guaaaaaaaa, guaaaaaaa*. Eso es lo que hacen los bebés, ahora hazlo tú.

—¿No te gustan otros juegos? ¿Qué te parece si te hablo del sitio donde viven los bomberos?

—¿Viven ahí algunas princesas?

—No que yo sepa —de nuevo, Jack miró hacia la cocina—. Pero yo he conocido a una princesa.

—Claro, yo —declaró Ashley inmediatamente.

Jack se echó a reír.

Esa risa enterneció a Kayla, que volvió la cabeza un momento para sonreírle.

Mientras Jack le contaba a Ashley una historia sobre el fuego y el peligro de jugar con cerillas, Kayla, que le estaba oyendo, se dio cuenta de que se trataba de un cuento que había en la guardería. Se preguntó si Jack no habría tenido algo que ver en esa historia. No le había pasado desapercibido que la guardería contaba con todo tipo de protección contra incendios.

Kayla volvió a sonreír, estaba presenciando pura magia. La magia de un hombre como Jack encantando a una niña de tres años.

—Te digo que me da vergüenza —se quejó Bruce, cuando fue a recoger a Ashley para que la niña pasara el fin de semana con él, refiriéndose a su vocabulario

—, es humillante. Tengo amigos con niños de la edad de Ashley que ya utilizan palabras como «histérica» en sus conversaciones.

¡Bruce sí que ponía a Kayla histérica! Nada le parecía suficiente, absolutamente nada.

—Y ese oso con el que va a todas partes es un horror —continuó Bruce—. En el único sitio donde estaría bien es en la basura. El dinero que te doy para ayuda de mantenimiento de Ashley es suficiente para que le compres algún juguete nuevo.

—Tiene juguetes nuevos, pero adora a Hugs. Y no se te ocurra

quitárselo —le advirtió Kayla—, le romperías el corazón.

—Estás exagerando, como de costumbre. Oh, ya estás aquí, Ashley. Venga, vamos o llegaremos tarde.

—¿Estarás de vuelta con ella mañana a las cuatro de la tarde?

—Sí, naturalmente —dijo Bruce antes de llevar a Ashley a su coche de lujo.

Las visitas de Bruce siempre le dejaban a Kayla mal sabor de boca.

El domingo a primera hora de la tarde Kayla estaba preparada para abrazar a su hija de nuevo.

Llegaron las cuatro y pasaron. Bruce se había retrasado. Quizá se debiera al tráfico. Esperó a que dieran las cinco antes de llamarlo. Llamó y nadie contestó, ni en el teléfono de su casa ni en el del coche.

Volvió a llamar una y otra vez. Nada. El pánico se apoderó de ella. ¿Y si había raptado a Ashley? ¿Y si había decidido no llevarla de vuelta? Intentó calmarse y llamó a Diane porque necesitaba hablar con una amiga. Diane no estaba en casa, tenía el contestador automático. Ya habían pasado las seis de la tarde. ¿Y si habían tenido un accidente?

Acababa de descolgar el auricular para llamar a la policía cuando oyó el coche de Bruce.

Abrió la puerta y tuvo que controlarse para no correr a estrechar a su hija en sus brazos.

—Hola, mamá. Mira lo que me ha comprado papá.

—Ahora me lo enseñas, cielo. Primero, tengo que hablar con tu padre. Vamos, vete a tu habitación, enseguida voy.

En el momento en que se quedó a solas con él, Kayla se enfrentó a Bruce furiosa.

—¿Sabes qué hora es? ¡Llegas con tres horas de retraso! ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no me has llamado para decirme que os ibais a retrasar?

—Cálmate —contestó Bruce de malos modos—. No nos hemos dado cuenta del tiempo. Hemos ido con ella a una tienda nueva de juguetes en Oak Brook y a Tanya le ha apetecido comprarle lo que la niña quería.

—¿Y a ti no se te ha ocurrido llamarme para que no me preocupara? ¿Tienes idea de lo asustada que estaba? Creí que os había pasado algo.

—Sí, desde luego ha pasado algo —respondió Bruce—. Tanya y yo hemos estado hablando y hemos decidido emprender los trámites legales necesarios para obtener la custodia de Ashley.

Capítulo Seis

—¿Qué has dicho? —preguntó Kayla temblorosa.

—Ya me has oído —respondió Bruce—. Voy a emprender los trámites para quedarme con la custodia de Ashley. ¿Por qué me miras así? Creí que te alegrarías, Kay.

Kayla odiaba que Bruce la llamara Kay y él lo sabía.

—¿Te has vuelto loco? —le espetó ella—. ¿Por qué iba a alegrarme semejante cosa?

—Porque estás muy ocupada con este proyecto en el que te has embarcado con Diane. Si nosotros tuviéramos a Ashley, tú dispondrías de más tiempo para ello.

—Es un negocio, no es un proyecto.

—Bien, lo que sea —Bruce encogió los hombros indicando indiferencia—. La cuestión es que no te deja mucho tiempo para estar con Ashley. La niña nos ha dicho que se pasa el día entero en la guardería.

—No se pasa el día entero en la guardería —protestó Kayla.

—Pues a mí me da la impresión de que sí, Kay. Además, tú has tenido a Ashley durante los últimos tres años, ahora me toca a mí. A mí y a Tanya.

—Ni hablar —dijo Kayla en tono incisivo—. No te voy a dar la custodia de mi hija.

—Es posible que no tengas elección. ¿Qué ambiente crees tú que le parecerá mejor a un juez para criar a una niña? ¿Que se críe con una madre que deja a su hija con desconocidos mientras ella trabaja o una casa organizada con una mujer dispuesta a pasarse el día entero con Ashley?

—Trabajo porque tengo que hacerlo. Y si tú fueses tan buen padre, te habrías interesado más por tu hija cuando iba con pañales. ¿O estabas esperando a que dejara de utilizarlos para que a Tanya le fuera menos engorroso?

—Tanya quiere a Ashley.

—Y es de agradecer, pero eso no significa que le vaya a dar a mi hija porque no puede tener hijos.

—Como acabo de decir hace un momento, puede que no tengas elección —dijo Bruce marchándose ya—. ¿Sabes una cosa? Haber montado un negocio te ha vuelto más testaruda si cabe.

Incapaz de pronunciar una palabra más sin echarse a llorar, Kayla le dio con la puerta en la cara.

—¿Qué quiere decir con que está de vacaciones? —Lo primero que hizo Kayla a la mañana siguiente fue llamar a su abogada—. ¡Tengo que hablar con ella!

—Lo siento —respondió la secretaria—. Volverá dentro de dos días.

La noticia la puso aún más nerviosa. Se había tomado libre aquella mañana para pasar más tiempo con su hija. Diane lo había comprendido.

Mientras miraba el montón de juguetes nuevos que Ashley había llevado a la casa la tarde anterior, Kayla se preguntó si estaba siendo egoísta al querer tener a Ashley consigo. Bruce y Tanya podían darle a Ashley muchas más cosas, materialmente, que ella. Pero no podían darle más amor, y eso la hizo aún más decidida si cabía a no ceder.

Por la tarde, Ashley quiso ir a la guardería a enseñarles a sus amigos algunos de los juguetes que le habían regalado. Kayla la abrazó unas veinte veces antes de despedirse de ella. Corky notó lo extraño de su comportamiento y le preguntó si le había ocurrido algo.

—Aún compruebas la lista de las personas autorizadas para venir a recoger a Ashley, ¿verdad? —Respondió Kayla—. Y no se te ha olvidado que ni su padre ni su nueva esposa están en esa lista, ¿de acuerdo?

—¿Tienes miedo de que tu ex marido intente llevársela? —preguntó Corky astutamente.

—Quiere quedarse con la custodia de mi hija. Su nueva esposa no puede tener hijos, así que ahora quieren quedarse con Ashley.

—Oh, Kayla… —la simpatía de la voz de Corky casi la hizo llorar.

—Jamás la tendrán —declaró Kayla enfáticamente.

—No te preocupes, no le quitaré el ojo de encima —prometió Corky.

—Llegas tarde —dijo Jack cuando abrió la puerta a Kayla esa tarde.

La miró furioso.

Ella le devolvió la mirada con la misma furia.

—Ten cuidado conmigo hoy —le advirtió ella poniéndole una mano en el pecho para que no se le acercara.

La irritación de Jack se evaporó para ser reemplazada por algo que Kayla no le había visto nunca en los ojos. Preocupación.

—¿Qué te pasa? —preguntó él con voz queda.

—Nada. Te he traído los vídeos que querías y también el perfume.

—Es para mi madre —le recordó Jack por si era eso lo que había enfadado a Kayla.

—Ya lo sé, ya me lo has dicho. ¿Qué has hecho con el sofá? —preguntó ella después de quitarse el abrigo.

Todos los cojines del sofá estaban revueltos.

—Estaba buscando el control remoto del televisor. No lo encuentro

por ninguna parte.

—¿Has mirado debajo del sofá?

—¿Con la pierna escayolada?

—Perdona, no sé en qué estaba pensando. Espera un momento, voy a mirar yo.

Al momento, Jack la vio arrodillada. Los pantalones vaqueros que Kayla llevaba se le ciñeron a las nalgas con la postura. El bajo del jersey rosa se le levantó, mostrando una franja de piel cremosa. Pero fue la curva de las nalgas lo que realmente le cautivó, excitándolo.

Jack se quedó inmóvil, apoyado en sus muletas, admirando la vista. ¿Qué era lo que tenía esa mujer que le excitaba de esa manera? La conocía desde hacía un mes y aún no lo sabía. Se pasaba todo el tiempo pensando en ella. Soñaba despierto con ella. Se preocupaba por ella. Nunca había sentido nada parecido. Kayla era diferente.

—No veo ningún control remoto aquí debajo… espera, me parece que he visto algo… ¡Aja, aquí está!

Al levantarse, se chocó con Jack que estaba de pie delante del sofá.

—Cuidado —dijo él, pero fue demasiado tarde.

Kayla se había movido con demasiada rapidez y la fuerza del movimiento hizo que, al final, los dos perdieran el equilibrio. Ambos se cayeron encima de los cojines que Jack había vuelto a colocar en su sitio.

Él se dio media vuelta al caer, por lo que Kayla acabó encima de Jack.

Inmediatamente, trató de levantarse, pero Jack la sujetó rodeándole la cintura con los brazos.

—No te muevas.

El repentino tono ronco de la voz de Jack la hizo preguntar:

—¿Te he hecho daño en la pierna? ¿Te duele?

—Me duele una cosa, pero no es la pierna rota precisamente —murmuró Jack.

—¿Qué te pasa entonces?

—Nada que un poco de esto no pueda curar —respondió él acariciándole la garganta con la nariz al tiempo que la obligaba a volverse para colocarse él encima de ella.

—¡Eh, me estás haciendo cosquillas!

Riendo, Kayla se frotó contra él. La excitación de Jack era patente.

—Que te hace cosquillas, ¿eh? —No le costó mucho tirar del hombro del jersey de Kayla para bajárselo por el hombro—. ¿Y esto? ¿También te hace cosquillas esto?

El jadeo de ella fue toda la respuesta que Jack necesitaba. El sabor de Kayla era dulce y cálido, y le llenó de deseo.

Kayla no podía creer la rapidez con que había pasado de reír a arder en pasión.

Saboreó la gloria de estar abrazada a él, de sentir que un hombre la deseara. La boca de Jack era cálida y húmeda, y su lengua creaba oleadas de placer.

—¡Sí! —jadeó ella.

Con cuidado, él le volvió el rostro para mirarla a los ojos.

—¿Sí… que te hace cosquillas? ¿O sólo que sí?

La voz ronca de Jack era como la miel.

—Sólo… que sí —tanto lo deseaba, que tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para pronunciar esas tres palabras.

—Me gusta esa respuesta. Me gustas tú.

Los grises ojos de Jack ardían, fascinándola e hipnotizándola. Tenía los ojos más increíbles del mundo. Y Kayla casi no podía creer que la estuvieran mirando a ella con esa expresión de deseo, con la boca a escasos centímetros de la de ella.

Jack le estaba mirando la boca. No, estaba haciendo algo más que mirarla. La estaba tocando con los ojos, devorándola. Y Kayla no estaba asustada, sino excitada sexualmente. Y no dudaba que ella le estaba mirando con la misma intensidad y el mismo deseo.

—No puedo dejar de pensar en ti, ¿lo sabías? —lo dijo él, pero ella sentía lo mismo.

—Y yo pensaba en el sabor de tu boca…

—¿Quieres que te bese? —susurró Jack junto a los labios de ella.

Kayla asintió y alzó la cabeza para capturar la boca de Jack con la suya. Con las caderas y los muslos pegados a los de él, Kayla sintió el calor y la pasión que emanaban de su cuerpo.

Jack la besó y Kayla…. se perdió. Sí, se perdió en la apasionada magia de ese momento, y perdió la razón. Durante ese momento, todo dejó de importarle excepto el increíble placer de los eróticos movimientos de la lengua de Jack.

Ahogada en el placer, enterró los dedos en la rica espesura del cabello de Jack, deleitándose en la mayor intimidad de su abrazo cuando Jack le puso una rodilla entre las piernas. El contacto fue electrificante, la sumió en una tormenta de deseo.

Entonces, Jack añadió a su seducción las caricias de sus manos que se deslizaron por debajo del jersey. La sensación de las ásperas yemas de esos dedos en su piel desnuda la dejó sin respiración. En contraste con el poderoso deseo de su cuerpo masculino, las caricias que él le administró fueron exquisitamente tiernas y deliciosamente seductoras.

El sedoso tejido del sujetador no le ofreció protección cuando, al arquear la espalda, Jack la recompensó apoderándose de uno de sus

pechos con la mano, reclamándola como suya. Después, le desabrochó los diminutos botones perlados del jersey para descubrir aquellas sedosas curvas.

Kayla, medio mareada, lo miró, vio cómo la tocaba con las manos, cómo la devoraba con los ojos mientras la acariciaba.

Lanzó un grito de placer cuando, en vez de las manos, Jack utilizó la boca, pasando de un pecho a otro, de un pezón a otro.

Poco a poco, Jack fue deslizando la mano hasta la cinturilla del pantalón de Kayla e intentó desabrochárselo. Pero cómo le resultó más difícil de lo que había supuesto, impaciente, Jack bajó la mano hasta la entrepierna y le acarició el centro de su feminidad.

El placer que Kayla sintió era incontrolable, con una exigencia de satisfacción total de casi increíbles proporciones. Las eróticas caricias de Jack la habían sacado de sí.

Se agitó debajo del peso de Jack sin saber qué hacía… unos segundos más tarde, Jack no estaba allí.

Kayla abrió los ojos y lo encontró en el suelo, al lado del sofá, lanzando maldiciones a diestro y siniestro.

—Oh, perdona, Jack —dijo ella mientras se incorporaba para ayudarlo—. ¿Te has hecho daño?

Jack estaba excitado y frustrado. Y le dolía la pierna.

—Estoy bien —gruñó él al tiempo que ponía una mano en la mesa de centro para ayudarse a levantarse del suelo y sentarse en el sofá—, pero creo que deberíamos continuar esto en la cama, hay más espacio.

Jack sonrió traviesamente antes de besarla.

Pero antes de que los labios de Jack le rozaran los suyos, Kayla gimió:

—No puedo —rápidamente, se fue al extremo opuesto del sofá—. ¡Quiero, pero no puedo!

—¿Por qué no?

En vez de contestar, se echó a llorar.

—Vamos, vamos, no llores —dijo Jack asustado. Esta vez, el abrazo fue tierno y consolador en vez de apasionado—. No soporto los lloros. No llores, por favor. Te ordeno que dejes de llorar. ¡Demonios!

Jack comenzó a acariciarle la espalda como si Kayla fuese una niña de la edad de Ashley.

—No iba a forzarte a nada. No tenías miedo de que te hiciera eso, ¿verdad?

Kayla negó con la cabeza, pero continuó llorando.

—Entonces, ¿qué es lo que te pasa? Venga, vamos, dímelo. Y otra cosa, puedes llorar en mi hombro todo lo que quieras, hay espacio suficiente.

—Es Bruuuuce.

—¿Bruce? ¿El sinvergüenza de tu ex?

—Quiere quitarme a Ashley.

Jack pronunció una variada serie de imprecaciones mientras abrazaba a Kayla para reconfortarla.

—Nadie te va a quitar a tu niña.

—Eso no lo sabes. Y no puedo arriesgarme a tener una relación contigo ahora.

Tengo que dedicarme por entero a intentar que no me quiten la custodia de Ashley.

Si me acostara contigo… Bruce diría que no soy la madre apropiada para mi hija. Y

no me preguntes cómo se enteraría porque no lo sé, pero sí sé que se enteraría. Bruce y su esposa tienen mucho dinero. Montones de dinero. Y Tanya no trabaja. Bruce me ha dicho que el tribunal le daría la tutela de Ashley a él porque él está casado. Hubo un caso en Michigan en el que el juez hizo justamente eso, darle la custodia al padre porque la madre vivía sola y tenía que ir a trabajar. Además, los suegros de Bruce tienen a los jueces en los bolsillos. ¡No es justo! Bruce no quería tener hijos. Ashley sólo tenía unos meses cuando él se divorció de mí. Él se enfadó cuando me quedé embarazada. Me dijo que él no estaba preparado para ser padre. ¡Te prometo que no utilicé ningún truco para quedarme embarazada! Cierto que no planeamos tener a Ashley, pero tampoco fue un accidente. Eso era lo que Bruce decía, que Ashley había sido un accidente. ¡Pero Ashley es una bendición y no voy a dejarle que me la robe!

Las palabras fluyeron a raudales de la boca de Kayla.

—Sssss, cálmate. Vamos, respira hondamente y suelta el aire despacio.

En el silencio que siguió, Jack trató de asimilar la situación en la que se encontraba. El cuerpo aún le latía por dos motivos, porque se había caído al suelo y porque estaba sexualmente frustrado. No había imaginado perder el control como lo había hecho al tocarla. Kayla se derretía como la cera caliente. Aunque tenía experiencia con las mujeres, nunca se había abandonado tanto como ahora, hasta el punto de olvidar en qué planeta estaba. Kayla le había hecho perder la razón por completo.

Y ahora sus lágrimas le llegaban al alma. No quería que Kayla desapareciese de su vida cuando le quitaran la escayola. Desde el accidente, le había rondado en la cabeza la idea de sentar la cabeza y fundar una familia. Quizá no fuera una coincidencia el hecho de empezar a pensar en esas cosas justo en el momento en que Kayla

apareció en su vida.

—Bueno, así que el sinvergüenza de tu marido quiere quitarte a Ashley. ¿Qué dice tu abogado?

—Es una mujer. Aún no he hablado con ella, está de vacaciones.

—¿Y qué dice tu familia?

—La única familia que tengo es mi madre, que vive en Arizona. Mi madre opina que fue culpa mía que Bruce me dejara. Le encantaba tener un médico en la familia.

Entonces, Jack se oyó a sí mismo decir:

—¿Y qué le parecería tener un bombero? ¿Crees que le gustaría tener un bombero en la familia?

En el momento en que pronunció esas palabras, se dio cuenta de que ya no podía echarse atrás. Pero lo más sorprendente era que tampoco quería hacerlo.

Quería crear un lazo de unión con Kayla que nada pudiera romperlo. Quería ser quien le secara las lágrimas. Y la quería en su cama con tal intensidad que temía perder la vida de aflicción si no lo conseguía.

Kayla le miró atónita.

—¿Qué quieres decir?

—Bruce te ha dicho que hay más posibilidades de que le den la custodia a él porque está casado, ¿no?

—Sí.

—Bueno, pues tú puedes cambiar eso. Cásate conmigo.

Kayla se quedó boquiabierta.

—¿Tienes fiebre?

—Ardo desde que te conozco, pero no tengo fiebre ni estoy delirando.

—¿Que me case contigo? —Repitió ella sacudiendo la cabeza—. No me parece el tipo de broma apropiado…

—No es una broma.

—Pero… ¿por qué? ¿Por qué ibas tú a querer casarte conmigo? Quiero decir que… ni siquiera hemos estado saliendo juntos, y mucho menos…

—A eso de salir juntos se le da demasiada importancia —interpuso Jack—. De todos modos, ¿qué te parece el día de San Valentín?

—¿Que qué me parece?

—Sí, para tener nuestra primera cita —si quería que salieran juntos, saldrían juntos.

Y también podía darle pasión… pero no amor. Jack no podía dar amor. Pero Kayla no buscaba amor, no lo necesitaba. Lo que Kayla necesitaba era un marido. Le necesitaba a él. Y él se lo demostraría.

—Podríamos salir a cenar —añadió Jack.

—San Valentín es dentro de dos días, nos resultará imposible reservar una mesa en un restaurante siendo ya tan tarde.

—Un amigo mío ha abierto un restaurante nuevo que es fantástico, y me debe un favor, así que conseguiremos mesa. ¿Qué te parece?

—Que estás loco.

—Habló totalmente en serio.

—No eres el tipo de hombre que quiera comprometerse de por vida… ¿por qué me has propuesto el matrimonio?

—Ya lo discutiremos mientras cenamos en el restaurante.

Dos días más tarde, Kayla se había convencido a sí misma de que había imaginado la proposición de matrimonio de Jack. La carta que había recibido del abogado de Bruce la tenía obsesionada.

—Bruce ha llegado a decirme prácticamente que tiene a un par de jueces en el bolsillo —le dijo Kayla a Jean Simón, su abogada—. Además, esto es Chicago, no sería la primera vez que compran a un juez.

—Que no te entre el pánico; por lo menos, todavía no, ¿de acuerdo? Como sabes, Bruce basa su petición en que sus circunstancias personales han cambiado.

—¡Lo único que ha cambiado es que ahora tiene una esposa rica que no puede tener hijos! —contestó Kayla.

—El hecho de que no ha ido a visitar a Ashley con mucha frecuencia, despreciando el derecho que tiene de hacerlo, haría que un juez, en circunstancias normales, desechase su petición. Pero como tú bien has dicho, sus suegros son gente influyente y será mejor que no los subestimemos. En general, el tribunal tiene tendencia a darle a la madre la custodia, si es ella quien cuida fundamentalmente de la niña y no es culpable de comportamiento irresponsable.

—¿Que el tribunal tiene tendencia? —repitió Kayla.

—Lo único que estoy diciendo es que cuando el caso se presenta ante el tribunal, no se le da a la madre automáticamente la custodia, eso lo decide el juez.

—Y un juez que sea amigo de la familia de Tanya…

—Yo también tengo algunos contactos entre los jueces. Estoy segura de que tiene que haber algunos que no se dejen comprar, y vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos para conseguir un juez imparcial.

—¿Sería de ayuda que yo estuviera casada?

—Eso depende de con quién. Si te casaras con un sinvergüenza, no. Pero si te casaras con un caballero andante… es posible que no te viniera mal —dijo Jean antes de guiñarle un ojo y sin sospechar que

Kayla hablaba en serio—. Hoy es el día de San Valentín, ¿por eso es por lo que estás pensando en el matrimonio?

¡El día de San Valentín! Kayla casi lo había olvidado. Jack iba a ir a recogerla a su casa en menos de dos horas a partir de ese momento, y lo único que había hecho para prepararse era pedirle a Diane que cuidara de Ashley.

Como George estaba de viaje de negocios, Diane se había mostrado encantada de quedarse con la pequeña, y le dio unos sabios consejos cuando fue a casa de Kayla.

—Vaya, así que por fin te ha pedido que salgas con él, ¿eh?

Le había pedido más que eso, le había pedido que se casara con él, pero Kayla no se lo había dicho a su amiga. Tenía miedo de que Diane pensase que estaba sufriendo alucinaciones.

—Sí, me lo ha pedido —respondió Kayla antes de ponerse casi a gritar—. ¡Y

todavía no sé qué ponerme!

—¿Por qué no te pones ese vestido de seda color Burdeos?

—Porque no consigo encontrarlo.

Diane apartó a Ashley y metió la cabeza en el armario.

—Está aquí.

—No lo entiendo, he buscado por todo el armario y… en fin, no importa.

Gracias, me has salvado.

—Si no te tranquilizas, te vas a meter el cepillo del rimel en los ojos —le advirtió Diane.

—Debería haberme puesto el vestido antes de empezar a pintarme. Dios mío, lo estoy haciendo todo al revés.

Diez minutos más tarde, se sintió más compuesta y algo más relajada. El teléfono sonó, era Jack.

—Escucha, ha pasado que…

A Kayla casi se le paró el corazón. Jack iba a cancelar la cita.

—Kayla, ¿estás ahí?

—Sí. Quieres cancelar la cita. No te preocupes, no pasa nada.

—No, no voy a cancelar la cita. De ninguna manera. Lo único que pasa es que voy con un poco de retraso y quería saber si no te importaría que nos encontráramos en el restaurante en vez de yo ir a buscarte a tu casa.

—Oh. Sí, claro. Dios mío, se me debería haber ocurrido a mí. Sé que todavía no puedes conducir y debería haberme ofrecido yo para ir a buscarte a ti. En fin, no sé por qué no lo he pensado antes y…

—Me encanta cuando empiezas a hablar sin saber lo que dices —murmuró él con una carcajada muy sensual—. Vamos, apunta la

dirección del restaurante.

Kayla la anotó y él se la hizo repetir dos veces.

—Bueno, te veo ahí. Hasta ahora.

Pero cuando Kayla entró en el restaurante Glass Box, no lo vio.

—Feliz día de San Valentín. ¿En qué puedo ayudarla? —preguntó una camarera vestida completamente de rojo.

—He quedado aquí con una persona, pero no le veo.

—¿Podría darme su nombre?

—Jack Elliott.

—Sí, está aquí. Sígame, por favor.

Kayla así lo hizo, pasando la mirada por mesas y pequeñas estancias separadas hasta que llegaron a una zona separada del resto del restaurante. Normalmente, debía ser usada para banquetes, pero aquella noche estaba decorada con docenas de globos rojos y blancos y un enorme ramo de claveles rojos.

—Debe tratarse de una equivocación —comentó Kayla.

—No —dijo Jack desde la mesa donde estaba sentado, en el rincón más alejado.

Jack llevaba traje y corbata. Kayla nunca le había visto tan guapo.

Sencillamente, Jack le quitó la respiración.

—Estás preciosa —murmuró él con un brillo de deseo en los ojos.

—Y tú. La escayola… ¡Te han quitado la escayola!

—Sí. Quería darte una sorpresa.

—Pues, desde luego, me la has dado.

Era la primera vez que le veía con los dos pies en el suelo. Para evitar caerse al suelo, intentó ser práctica. No le resultó fácil.

—¿Te ha dado el médico la luz verde?

—¿Qué crees, que le he apuntado con una pistola para que me quitase la escayola?

—Cuando quieres algo, tienes la tendencia a recurrir a cualquier método para conseguirlo.

—En eso te doy toda la razón —contestó él con una sonrisa lobuna —. He llevado esa maldita escayola durante semanas, ya era hora de deshacerme de ella. Y

el médico estaba de acuerdo. Pero ven aquí, compruébalo por ti misma.

Su mirada de «aquí estoy, soy todo tuyo», fue demasiado tentadora para resistirla. Kayla se le acercó con la esperanza de que Jack no notara que las piernas le temblaban.

Le sorprendió que Jack no hiciera más comentarios provocativos; por el contrario, le tomó la mano y se la llevó a los labios. Como si hubiera sido una señal, los acordes de un violín impregnaron la

estancia.

Kayla no sabía qué decir. Tocaron para ellos durante toda la cena, a base de un *filet mignon* tan tierno que se le deshacía en la boca, diminutas patatas al vapor y los guisantes más dulces que había probado en su vida.

Durante la cena, se esforzó por entablar una charla ligera.

—Tu tío me ha enviado varios clientes —le comentó a Jack.

—Estupendo. Debe haberle impresionado lo bien que me has llevado.

La sonrisa de Jack fue tan maliciosa que dejó a Kayla sin habla durante un buen rato.

El violín cubrió el silencio.

El postre fue una decadente crema de chocolate.

Por fin, la música cesó.

—Gracias por tu ayuda, Igor —dijo Jack—. Creo que de ahora en adelante me las arreglaré yo solo.

—No lo dudo —contestó Igor antes de dirigirse a Kayla—. Haría cualquier cosa por este hombre, salvó mi precioso estrado.

—Su violín —explicó Jack.

—Un stradivarius —Igor acarició el instrumento como si se tratara del amor de su vida—. Casi se quemó en un incendio, pero ahora está a salvo en mis manos.

Tras la partida de Igor, Jack dijo:

—Todavía queda un poco de champán —tomando la copa de Kayla, se la llenó de nuevo y se la devolvió—. Vamos a brindar por que permanezcas a salvo en mis manos, como el stradivarius de Igor. Pero ten cuidado cuando bebas.

Kayla frunció el ceño y bajó la copa para mirar en su interior. En el fondo, había algo que brillaba. Metió dos dedos en el espumoso alcohol y sacó un anillo. Un sencillo, aunque elegante, solitario con un zafiro.

Se quedó mirando a Jack con expresión atónita.

—¿Por qué? —susurró ella—. ¿Por qué todo esto? ¿Por qué yo?

—Porque nunca he deseado a una mujer tanto en mi vida. Porque me apetecía.

Porque te lo mereces. Cásate conmigo.

—Esto es una locura —no obstante, se probó el anillo.

Era de su tamaño. Se lo quitó.

—¿Y? ¿No has hecho nunca una locura?

—Casarme con Bruce.

—Eso no fue una locura, fue una estupidez —respondió él—. Esto es diferente.

—Tengo que pensar en mi hija.

—Lo sé. Y también sé que yo no tengo mucha experiencia con los niños, pero estoy dispuesto a aprender. Además, Ashley ya no me tiene miedo.

—No. Ahora quiere protegerte.

—Sí, ya lo he notado. Es una cría muy especial.

—Sí, lo es.

—Bueno, ¿qué dices?

—Aún no sé por qué estás haciendo esto.

—Porque quiero. ¿Qué es lo que quieres tú?

A él, y su mirada lo mostró.

—Ya he pasado por un desastroso matrimonio —susurró ella.

—¿Estabas enamorada de Bruce?

Kayla asintió.

—Ese fue el problema —dijo Jack—. Es verdad eso de que el amor es ciego.

Nosotros no tenemos ese problema.

Kayla parpadeó.

—¿No?

—Puede que no te ofrezca amor, pero puedo darte dos cosas que son mucho mejor: sexo y seguridad económica.

Kayla no sabía si reír o llorar.

—Hablas como si fueses un consejero financiero.

—Siempre y cuando no me parezca a uno físicamente, no tendremos problemas.

—¿No? —Preguntó Kayla—. ¿En serio crees que todo marchará bien?

—Seguro. ¿Cómo no, con lo que hay entre los dos?

—¿Qué es lo que hay entre los dos?

—Combustión espontánea. ¿Vas a negarlo?

Kayla sacudió la cabeza.

—Entonces, cásate conmigo. Mis padres adoran a Ashley, les volvería locos tenerla como nieta. Bueno, como lo del sexo está claro, hablemos de la seguridad. Mis padres invirtieron en acciones cuando yo nací, unas acciones que han ido subiendo y que nadie ha tocado desde el accidente en el que murieron. No soy rico, pero, según mi contable, soy una persona acomodada.

—Bien, entonces la cosa es que me caso contigo para que tú me ayudes a conservar la custodia de Ashley, ¿no? ¿Y qué es lo que sacas tú con eso? —le preguntó Kayla.

—A ti. Eso sí, me tienes que prometer que no interferirás en mi trabajo como bombero. A veces, a las mujeres se les mete en la cabeza

cambiar a los hombres.

—Podrías tener a la mujer que quisieras, lo sé perfectamente porque he contestado montones de llamadas telefónicas para ti.

—No deseo a ninguna otra mujer, sino a ti.

—Por el momento. Pero… ¿cuánto crees que durará? No hace mucho me dijiste que no querías nada permanente.

—Y era verdad, esto es algo nuevo que no había sentido nunca —reconoció Jack a pesar suyo—. Pero no confundamos las cosas, yo no estoy hablando de amor, porque no lo estoy haciendo. Lo bueno es que eres una mujer práctica, no esperas de mí declaraciones de amor eterno ni nada por el estilo.

No lo esperaba, pero no podía evitar preguntarse qué sentiría si las oyera.

—El amor no es para mí —declaró él brutalmente—. Y por lo que me has contado de tu matrimonio, me da la impresión de que el amor tampoco te sirvió a ti de mucho.

Jack tenía razón, el amor no le había servido de mucho.

—Bueno, ¿qué contestas?

Kayla hizo una pausa mientras consideraba los pros y los contras. Al final, se guió por el instinto.

—Sí. Contesto que sí.

Capítulo Siete

—¿Que vas a hacer qué? —preguntó Diane casi gritando cuando Kayla volvió a su casa aquella noche.

—Sssss. Vas a despertar a Ashley.

—¿Sales con ese tipo una noche y ahora vas a casarte con él? ¿Qué has bebido?

—preguntó Diane sospechando algo extraño.

—Champán.

—Debe haberle echado algo a tu copa —murmuró Diane.

—Sí. Esto —Kayla levantó la mano para que Diane viera el anillo con el zafiro que llevaba en el dedo anular de la mano izquierda.

—Bueno, tiene buen gusto, lo reconozco Pero Kayla, hace muy poco que lo conoces. Y te encuentras en un momento muy vulnerable por ese cerdo de Bruce.

¿No crees que Jack pueda estarse aprovechando de la situación?

—No, no es eso.

—¿Entonces qué es?

Kayla recordó la advertencia de Jack de no contarle a nadie los verdaderos motivos de la boda. Cuanta menos gente supiera la verdad, que no se trataba de amor, menos oportunidades había de que alguien le comentara algo a Bruce, levantando sus sospechas.

Pero Jack no conocía a Diane y, durante los veinte años que llevaban siendo amigas, Kayla casi nunca había conseguido tener secretos con ella.

—Bien, ¿qué está pasando aquí? —Preguntó Diane—. Y no olvides que estás hablando con tu mejor amiga, la que te enseñó a maquillarte y la que te prestó su vestido el día de la fiesta de Final de curso porque estaba mala en la cama y no podía ir, y la que te acompañó al juzgado cuando lo del divorcio.

—Y la que quiero que sea mi dama de honor, si no te importa.

—¿Jack quiere una boda como es debido en vez de ir en una carrera al juzgado durante la hora del almuerzo como Bruce hizo?

—Siento que no estuvieras con nosotros —dijo Kayla con pesar.

—Creo que Bruce eligió ese día a propósito porque sabía que yo estaba de viaje.

—Estaba ciegamente enamorada y cometí una estupidez —admitió Kayla encaminándose hacia el dormitorio.

—¿Y ahora no estás ciegamente enamorada y no vas a hacer una estupidez? —

le preguntó Diane siguiéndola.

—No.

—Entonces, ¿por qué te vas a casar con Jack si no estás enamorada

de él?

Cuando encontró lo que estaba buscando, Kayla levantó el anillo de plata.

—Primero, tienes que jurar por nuestro anillo de la amistad que no se lo contarás a nadie.

—Dios mío, no he hecho esto desde que tenía doce años —comentó Diane agarrando el anillo, que miró con ternura—. ¿Cómo es que lo tienes limpio? El mío está negro.

—Venga, júralo.

—Está bien, está bien. Juro por nuestra amistad que jamás hablaré —juró Diane

—. Venga, ¿qué demonios pasa?

—Jack y yo vamos a casarnos por motivos prácticos.

—¿Que son?

—Bruce me ha dicho que, para quedarse con la custodia de Ashley, va a alegar que la estoy criando sola y que paso muchas horas fuera de casa trabajando.

—¿Y?

—Que necesito un marido. Si me caso con Jack, ya no criaré sola a Ashley.

—Pero seguirás trabajando, ¿no?

—Claro. Pero quizá no tantas horas; sobre todo, ahora que hemos contratado a esa empleada porque el negocio nos está empezando a ir muy bien.

—El negocio nos está yendo muy bien gracias al tío de Jack, pero sigo sin ver la relación entre que te cases con él y que Bruce renuncie a intentar quedarse con Ashley. No vas a decirme ahora que a Bruce le va a impresionar un bombero de Chicago, ¿verdad? Si uno no es millonario, Bruce ni siquiera se da cuenta de que existe.

—No estoy haciendo esto por Bruce, sino por Ashley.

—Creía que Jack le daba miedo.

—Sólo al principio, pero ahora Jack ha despertado sus instintos maternales. Y él se porta muy bien con ella, aunque no tiene mucha experiencia con los niños. Creo que Corky tiene razón, que Jack no se siente a gusto con los niños porque le hace recordar la época en la que él se sentía vulnerable, la época en la que perdió a sus padres en un accidente de coche. Desde entonces, creo que no confía en nada ni en nadie.

—¿Estás enamorada de él?

—Como Jack me ha dicho esta noche, creo que el amor no me ha servido de mucho.

—¿Sientes algo por él?

—Claro que sí. Me atrae muchísimo físicamente. También le he tomado cariño… me irrita a veces, me divierte…

—¿Y no crees que eso podría ser amor?

—Me niego a que lo sea. Y Jack también.

Diane lanzó un suspiro antes de darse por vencida.

—Siendo así, creo que estáis hechos el uno para el otro —observó ella con una sonrisa—. Bueno, ¿cuándo voy a conocerle? Si me gusta accederé a ser tu dama de honor.

El encuentro tuvo lugar unos días más tarde en la fiesta de compromiso que los padres de Jack dieron.

A Jack le gustó la amiga de Kayla, Diane, cuando a los pocos minutos de conocerle ésta le llevó a un rincón apartado y le dijo:

—Si haces sufrir a Kayla, te romperé las dos piernas —su tono de voz no era burlón, sino mortalmente serio—. He estado preguntando por ahí y me han dicho que eres un buen hombre, pero eres guapo y también se rumorea que gustas a las mujeres. Bueno, sólo quería dejar claras las cosas.

—Te mato si engañas a Kayla, ¿no es eso?

—Más o menos —respondió Diane en tono alegre.

—En ése caso, viviré muchos años —Jack sonrió—. Créeme, admiro tu lealtad.

Sospecho que Boomer le está diciendo a Kayla en estos momentos algo muy parecido a lo que tú me estás diciendo a mí, aunque con palabras diferentes, de eso no me cabe duda.

—Es posible. Pero yo quería que supieras que Kayla es mi mejor amiga desde que teníamos cinco años y hay ocasiones, aunque no muchas, en las que Kayla necesita a alguien que la cuide.

—Bueno, ¿de qué estáis hablando? —les preguntó Kayla al acercárseles en ese momento.

—De ti —respondió Diane.

—Eso era lo que me temía.

—Tranquila, seré tu dama de honor —declaró Diane antes de acercarse a la mesa donde estaba el buffet y donde estaba George, su marido.

—Le has gustado —le dijo Kayla a Jack.

—No tienes por qué parecer sorprendida —contestó Jack—, le gusto a mucha gente.

—Sí, sobre todo a las mujeres. Aún me sorprende que Misty y las demás no hayan venido aquí con un hacha a cortarme en pedacitos y haberte retirado del mercado.

—¿Por haberme retirado del mercado? ¿Qué crees que soy, un pedazo de carne cruda?

Kayla le sonrió dulce y burlonamente.

—Y de primera.

—Te estás aprovechando de mí porque no te puedo hacer nada delante de tanta gente y, sobre todo, delante de mis padres —gruñó Jack.

—Hablando de tus padres, tenías razón, a Corky no le ha sorprendido lo de la boda. Me ha dicho que Sean le propuso el matrimonio a los tres días de conocerla.

—Sí, pero son una excepción de la regla.

—¿Qué regla?

—Que el amor no funciona.

El comentario debería haberle dado confianza. Kayla no buscaba amor, sólo a alguien que la ayudara a conservar a su hija. Era ella quien sacaba provecho del trato.

Mordiéndose los labios, susurró sus temores.

—¿Estás seguro de que no me estoy aprovechando de ti?

—Todavía no —murmuró Jack—, pero espero que quizás luego…

Jack le lanzó una mirada llena de pasión.

Pero tuvieron que retrasar el luego porque a Ashley le dio gripe.

Cuando Kayla pudo disponer de algún tiempo, habían pasado tres días. La casa estaba hecha un desastre, pero Ashley se encontraba mejor. Para mayor desgracia, a Bruce se le ocurrió ese momento para hacer una visita. Kayla se negó a permitirle la entrada, dejándole en el porche.

—Sabes que tienes que llamar antes de venir —le recordó Kayla.

—Pasaba por aquí y he visto tu furgoneta. Creía que trabajabas todos los días.

—Ashley tiene gripe, aunque ya está mejor.

—Entonces, voy a examinarla —declaró Bruce.

—Eres cirujano de corazón, no médico de cabecera —le recordó Kayla.

—Sigo pensando que debo examinarla —declaró Bruce con arrogancia.

—Y yo opino que no —dijo Jack justo a espaldas de Bruce.

Sorprendido, Bruce se volvió.

—¿Quién es usted?

—Mi prometido —contestó Kayla—. Jack, éste es mi ex marido, Bruce White.

Bruce miró a Jack y después a Kayla.

—¿Cuándo te has prometido?

—El día de San Valentín —contestó Jack.

Al momento, subió los escalones del porche y se colocó al lado de

Kayla.

—Un día muy romántico, ¿no le parece? —añadió Jack.

—Creo que será mejor que vaya a ver a mi hija. Soy médico.

—Ya la ha visto el pediatra —dijo Kayla.

—No puedes impedirme que vea a mi hija —dijo Bruce furioso.

Kayla suspiró. Estaba demasiado cansada para un enfrentamiento.

—No estoy impidiéndotelo, pero me habría gustado que hubieras llamado antes de venir.

Al observar el impecable traje de Bruce, Jack decidió utilizar otra táctica.

—Es normal que un padre quiera ver a su hija. Lo más seguro es que Ashley haya dejado ya de vomitar, aunque como usted es médico, debe estar acostumbrado a esas cosas. Su traje se puede lavar, ¿no?

—Creía que estaba mejor —dijo Bruce a Kayla en tono de acusación.

—Y está mejor.

—Bueno, quizá sea mejor que la vea otro día —decidió Bruce con una nerviosa mirada a la solapa de su traje—. Sólo quería saber si has recibido la carta de mi abogado.

—Sí, la he recibido. Y se la he enviado a mi abogada.

—Los gastos de abogados podrían subir bastante —le advirtió Bruce.

—Eso no es ningún problema —dijo Jack.

Bruce le miró furioso.

—¿En qué trabaja?

—Soy bombero.

—Por lo que tengo entendido, no se gana mucho en ese trabajo.

—No me parece ético que un tipo trabaje en algo sólo por dinero —replicó Jack

—. ¿Y a usted?

Bruce se sonrojó por la insinuación.

—¡Usted qué sabe!

Jack le puso a Kayla un brazo en el hombro y le besó la frente.

—Sé reconocer el oro cuando lo encuentro.

A continuación, mirando a Bruce, Jack añadió:

—Y el estiércol cuando lo veo.

—Esto no acaba aquí —le dijo Bruce a Kayla furioso—. Que Ashley esté preparada el sábado a las dos en punto.

—Un tipo encantador —comentó Jack en tono burlón después de que Bruce se marchara.

—Lo siento, pero esta casa está hecha una leonera —dijo Kayla retirando unas cosas del sofá para que Jack se sentara.

—Hablando de casas, mañana tenemos una cita con el agente inmobiliario del que te he hablado.

—Mañana tengo que trabajar. No puedo dejar que Diane se encargue de todo.

—Diane me ha advertido que dirías eso. Me ha dicho que la llames, que ella te convencería.

Kayla empequeñeció los ojos.

—Te acuerdas de que no me gusta que me mangoneen, ¿verdad?

—Verdad. Por eso voy a dejar que Diane te dé órdenes en vez de hacerlo yo mismo.

Kayla trató de reprimir una sonrisa, pero no lo consiguió del todo.

—Vamos, siéntate un minuto —dijo Jack tirando de ella hasta sentar la a su lado.

Como había tan poco espacio libre en el sofá, Kayla acabó sentada encima de él.

—No me parece que descansar sea lo que tienes en mente —observó Kayla al notar la excitación de Jack.

—¿No? ¿Qué crees tú que tengo en mente? —preguntó él con una sonrisa ladina.

—Mmmmmm —Kayla le frotó con su sexo—. Nada bueno.

—¿Nada bueno? —Jack fingió una expresión de tremenda indignación—. Yo diría que es algo muy bueno…

Besándola sólo conseguiría desearla más, pero lo hizo.

Al principio, a Kayla le pareció que un mes era un tiempo razonable para un noviazgo. Pero el tiempo volaba. La abogada había conseguido retrasar la vista del caso sobre la custodia de Ashley para el primero de mayo, y estaba muy ocupada preparándolo. Jack había acompañado a Kayla a visitar a Jean, los dos se habían entendido muy bien y Jack había contribuido con buenas ideas.

En cuanto a la boda… todavía quedaba mucho por hacer, incluido encontrar una casa. El apartamento de Jack sólo tenía un dormitorio y la casa de alquiler de Kayla era diminuta. Había sido idea de Jack buscar una casa para comprar, una casa que fuera su hogar.

Jack estaba yendo a fisioterapia para recuperarse de la pierna, aunque ya estaba muy bien. Volvería a su actividad normal en el departamento de bomberos después de la boda.

Ese día, tenían una cita con el agente inmobiliario.

—¿Has hecho la lista con las cosas que queremos que tenga la casa? —preguntó Kayla a Jack en el coche de camino a la agencia.

—Sí —Jack se metió la mano en el bolsillo interior del abrigo y sacó una hoja de papel en la que sólo había dos cosas apuntadas: los límites en el precio y un sótano muy grande—. ¿Y tú lista? ¿Dónde la

has puesto?

Kayla metió la mano en el bolso y sacó el cuaderno del que nunca se separaba.

—Dos baños, uno de ellos grande. Que dé al sur o al oeste. Que tenga, por lo menos, un armario empotrado enorme, de esos en los que te puedes meter dentro. Y

muy importante, la zona, tiene que ser un buen barrio; sobre todo, por Ashley. Y un jardín con valla para que la niña pueda jugar.

Cuando Kayla le enseñó su lista al agente inmobiliario, la mujer sacudió la cabeza.

—Creo que tendrá que ser algo más flexible respecto a lo que quiere, pero veremos que se puede hacer.

Vieron media docena de casas sin éxito.

—Ya te he dicho que no íbamos a encontrar una casa el primer día —le dijo Kayla a Jack antes de volver al coche de la mujer de la inmobiliaria para ir a ver la siguiente casa—. Es imposible encontrar la casa perfecta en un día. La gente se pasa meses antes de encontrar algo que le guste.

—Aún no hemos acabado de mirar.

La siguiente casa que vieron les gustó, pero era muy cara.

La de la agencia se estaba cansando, y Kayla también.

De nuevo en el coche, Jack se fijó en una casa que estaba a la venta a unas pocas manzanas de la anterior.

—¿Qué tal esa? —preguntó Jack.

Era una casa de aspecto indefinido y, a juzgar por la fachada delantera, parecía algo pequeña; pero la mujer de la agencia paró el coche e hizo una llamada.

—El precio está dentro de su presupuesto y tiene sótano. Si quieren, podemos entrar a verla ahora mismo. Los propietarios ya se han marchado. Lleva a la venta sólo una semana.

—Hay un árbol en la parte de atrás —comentó Kayla con cautela.

Tan pronto como entraron en la casa y vio el espacio abierto que conducía al cuarto de estar con vistas al enorme roble que había en el jardín posterior, Kayla se dio cuenta de que tenía un problema.

No se dio cuenta de que había hablado en voz alta hasta que Jack le preguntó:

—¿Un problema?

En vez de responderle, siguió a la de la inmobiliaria por el pasillo al que daban tres dormitorios y un cuarto de baño grande. Uno de los dormitorios tenía dos armarios empotrados enormes. Después, bajaron al sótano, donde había otro cuarto de baño y un espacio abierto enorme con una chimenea.

—Sí, un problema porque podría ser —le dijo Kayla a Jack.

—¿Qué?

—Dios mío, me están dando ganas de vomitar —murmuró ella llevándose la mano al estómago.

—¿Qué te pasa? ¿Te ha dado a ti también la gripe? —preguntó Jack preocupado.

—No. Creo que ésta es la casa.

—¿Qué?

—La casa para nosotros.

—¿Y eso te pone enferma?

—No creía que fuéramos a encontrarla… que llegáramos a encontrar una casa que fuera un hogar.

—Hombres de poca fe… —declaró Jack en tono bíblico—. Bueno, ¿te gusta entonces?

Kayla asintió.

—Entonces, todo arreglado. Nos la quedamos —le dijo a la mujer de la agencia.

—¿Qué te parece tu nueva habitación, cariño? —le preguntó Kayla a Ashley cuando le enseñó la habitación que habían escogido para ella.

Era mucho más grande que el dormitorio que la niña tenía en la casa alquilada.

—¿Hay aquí chocolate? Hugs me lo ha preguntado.

Como se trataba de una ocasión especial, Kayla había comprado unas chocolatinas y las llevaba en el bolso. Le dio una a su hija.

—A parte del chocolate, ¿qué le parece a Hugs la nueva casa?

—A Hugs le gusta. ¡Oye! Boomer ha dicho una palabrota —declaró Ashley—.

¡Oh! Y Jack ha dicho otra.

Kayla dejó a su hija en manos de Corky y fue a ver a qué se debía ese jaleo que estaba oyendo. Encontró a Jack y a sus amigos pasando una enorme mesa de billar por la puerta posterior de la casa.

—¿De dónde ha salido eso? —preguntó Kayla.

—Del almacén —respondió Jack con un gruñido—. Vamos a llevarla al sótano.

—¿Creéis que va a caber por las escaleras?

—Claro.

Consiguieron bajarla, pero casi de milagro y después de mucho esfuerzo.

—¡Es gigantesca! —exclamó Kayla.

—Sí, lo sé. Maravillosa, ¿verdad? —observó Jack con orgullo.

Sacudiendo la cabeza, Kayla fue a reunirse con Ashley y Corky que

estaba desembalando los juguetes de la niña.

—Esta casa está muy bien conservada —comentó Corky.

—Aunque las paredes están bien, quiero pintar algunas habitaciones. Además, el color preferido de Ashley es el rosa.

Aún le parecía increíble todo lo que estaba pasando. Habían terminado los trámites de la compra de la casa a las nueve de aquella mañana, y la boda era al día siguiente.

Continuaron con el traslado durante el resto del día. Lo bueno fue que, con tantos voluntarios, el trabajo no duró mucho.

Las cosas habían ido como la seda, no sólo en lo referente al traslado sino también respecto a la boda. Corky había ayudado a Kayla a encontrar un vestido perfecto y ajustado a su presupuesto. Diane y Corky se habían encargado del resto de los preparativos.

La madre de Kayla había decidido no ir desde Arizona por problemas de artritis, aunque lo cierto era que estaba disgustada porque su hija se casara con alguien con un trabajo de un estatus social tan bajo. Dada su actitud, Kayla se alegraba de que su madre no asistiese a la ceremonia.

Pero Corky cubrió con creces el apoyo de tipo maternal.

Kayla había querido una boda íntima, pero Jack logró convencerla de que una más grande no resultaría demasiado cara. Su amigo del restaurante iba a encargarse del banquete, que se celebraría en el sótano de la iglesia. Y a los chicos del departamento de bomberos les encantaban las fiestas.

Por fin, el día siguiente a las doce del mediodía, Kayla se encontró en la iglesia rodeada de invitados.

Tenía que recorrer un largo pasillo hasta el altar, pero Jack estaba allí, al final, esperándola para tomar la mano de Kayla en la suya antes de volverse de cara al sacerdote.

Más tarde, lo único que Kayla recordaba fue su propia voz al decir suavemente:

«sí, quiero». Y la de Jack diciendo lo mismo con confianza y seguridad. Y también recordaba cuando él le levantó el velo con cuidado y le sonrió antes de darle su primer beso como marido y mujer, un beso que se prolongó hasta que el sacerdote tosió y dijo:

—Damas y caballeros, el señor y la señora Elliott.

Kayla se echó a reír, aunque no sabía si de placer, de alegría o de pura histeria.

A la ceremonia le siguió un banquete lleno de brindis. Boomer incluso lanzó un pequeño sermón.

La comida era de buffet y todos los invitados, la mayoría de los cuales desconocidos para Kayla, se lo pasaron muy bien. Y Ashley

estaba encantada con tener dos abuelos más; sobre todo, tratándose de Corky y Sean, dos personas a las que ya quería.

Se oyó un tenedor golpeando un vaso de agua: un nuevo brindis. Está vez, era Ralph, el tío de Jack.

—No quiero fanfarronear, pero si no fuera por mí, estos dos no se habrían conocido. Fui yo quien mandó a Kayla a casa de mi imposible, perdón, de mi increíble sobrino Jack. Os aseguro que consiguió impresionarla cuando se abalanzó a ella para atacarla con una muleta. Sí, fue amor a primera vista. Así que… ¡Por los dos, por Jack y Kayla! Que las llamas nunca se extingan.

—Por Jack y Kayla —gritaron todos a coro.

Kayla casi no pudo dar crédito a sus ojos al ver a la persona que propuso el siguiente brindis.

—Soy Ernie, el conserje…

Con una rosa en la solapa de la chaqueta, lanzó un soliloquio de unos cinco minutos que dejó a casi todos los presentes dormidos. Cuando acabó, los invitados aplaudieron sonoramente de alivio.

Las siguientes horas pasaron como en una nebulosa. Jack le metió trozos de tarta en la boca, bailaron juntos por primera vez al ritmo de la música de Igor y su grupo, y ella le pisó varias veces.

Entonces llegó el momento en que Kayla tenía que tirar el ramo de flores. Kayla creía que lo habían agarrado Mindy o Misty, aunque casi acabó en las manos de Ernie.

La carrera hasta el coche de Jack fue bajo una lluvia de arroz. El coche estaba decorado con latas y un cartel en el que se leía *Recién Casados*.

Por primera vez ese día, se encontraron a solas. Como marido y mujer. Ashley iba a pasar la noche con Corky y Sean. Kayla estaba sola.

Intentó no ponerse nerviosa. Ella y Jack nunca habían comentado los detalles de su noche de luna de miel, excepto que no iban a ir de viaje ya que él tenía que volver al trabajo al día siguiente.

Pero aún no habían hablado de cómo iban a dormir. Kayla sabía que Jack esperaba que su matrimonio lo fuese en pleno sentido de la palabra, aunque excluyendo el amor.

—Estás muy callada —comentó él.

—Sí —respondió Kayla, pero sin conseguir añadir una palabra más.

Se sintió como si se le hubiera pegado la lengua al paladar cuando pararon el coche delante de su nueva casa.

Kayla se sentía extraña caminando hacia la puerta con ese vestido de boda.

Había estado allí el día anterior, pero con vaqueros y camiseta.

Cuando Jack abrió la puerta, Kayla de dispuso a entrar rápidamente. Hacía una buena temperatura para ser principios de primavera, pero no para no llevar abrigo.

—Espera un momento —dijo él—. ¿No se te está olvidando una cosa?

—Dímelo cuando estemos dentro —respondió ella tratando de no temblar.

—Tengo que pasar la puerta contigo en brazos.

—Aún te estás recuperando de la pierna. No tienes que cruzar la puerta conmigo en brazos en este matrimonio como si yo fuera una carga, Jack. No es eso lo que quiero. Tenerte a mi lado y que me des la mano de vez en cuando es más que suficiente —le dijo ella ofreciéndole la mano.

Él la aceptó.

—Está bien, pero me reservo el derecho de cruzar el umbral de la puerta contigo en brazos para más adelante. Aunque estoy más acostumbrado a echarme cuerpos a los hombros para salvarlos del fuego, pero supongo que eso no es romántico.

—No sé, la vista puede ser bonita, ¿no?

—¿Cuántas copas de champán te has tomado en la fiesta?

—Sólo dos, me gustaba más el ponche que ha llevado Sam.

—Dios mío, Kayla, ese ponche es mortal. Incluso a los veteranos del departamento se les doblan las rodillas cuando lo beben.

Kayla era una experta en que se le doblaran las rodillas; fundamentalmente, cuando miraba a Jack.

—Sólo he bebido un vaso —aclaró Kayla con voz queda.

Ya estaban en el interior de la casa y Kayla volvió a ponerse nerviosa. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora?

En realidad, sabía lo que se suponía que debían hacer, era su noche de luna de miel. Kayla ya había estado casada y sabía en qué consistía el ritual, aunque su noche de bodas con Bruce fue todo menos un sueño convertido en realidad.

Avanzó unos pasos y estuvo a punto de tropezarse con unas cajas amontonadas.

—Tranquilízate —dijo Jack antes de extender un brazo para encender la luz—.

Escucha, creo que lo que debemos hacer esta noche es tomarnos las cosas con tranquilidad, despacio.

—¿Despacio?

No pudo evitar que su mente evocara imágenes de los dos desnudos haciendo el amor lentamente, explorando sus cuerpos de pies a cabeza.

—Han sido dos semanas de locos. No sé tú, pero yo estoy rendido.

Inmediatamente, Kayla dejó de preocuparse por lo incierto de la situación para centrarse en el bienestar de Jack, que había sido justo la intención de Jack.

—¿Te duele la pierna?

—No, la tengo bien, no me molesta. Pero me encontraría mucho mejor sin este esmoquin —murmuró Jack al tiempo que se quitaba el lazo y la chaqueta.

Se desabrochó la camisa antes de que a Kayla le diera tiempo de parpadear y murmuró algo sobre ponerse otra cosa mientras Kayla se apresuraba al cuarto de baño.

Kayla se miró en el espejo, preguntándose si su aspecto mostraba la confusión que sentía. Después de acercarse más, detectó un brillo de pánico en sus ojos; además, de tanto morderse los labios se había quitado el carmín.

Pero al intentar quitarse el vestido, se dio cuenta de lo difícil que le resultaba llegar a algunos de los diminutos botones de la espalda. Se retorció todo lo que pudo, pero sin lograr resultados.

Como no quería romper el vestido, tuvo que admitir la derrota diez minutos más tarde. Necesitaba ayuda. Y sólo había una persona que pudiera ofrecérsela.

Levantándose la larga falda del vestido con una mano, volvió al cuarto de estar con la esperanza de encontrar a Jack allí.

—¿Jack? —no estaba allí—. ¿Jack?

—Estoy en el dormitorio —gritó él.

Pero Kayla no estaba dispuesta a ir en busca de la tentación.

—¿Te importaría venir un momento?

—No, en absoluto —Jack fue al cuarto de estar vestido con unos pantalones vaqueros y una camisa aún desabrochada—. ¿Qué quieres?

Los ojos de Kayla se clavaron en el pecho desnudo de él, que no era demasiado velludo, justo lo necesario. Haciendo un esfuerzo por no perder el control, cerró la boca y contó hasta cinco en silencio.

—Es el vestido… no llego a los botones…

—Aquí estoy yo para solucionar eso, date la vuelta —Jack le puso las manos en los hombros para asegurarse de que le obedeciera—. Estas cosas son diminutas.

Kayla volvió la cabeza para asegurarse de que Jack se estaba refiriendo a los botones, no a alguna parte de su anatomía. Aunque ninguna parte de su anatomía era diminuta.

—Estate quieta —le ordenó Jack.

Cuando todos los botones estuvieron desabrochados, lo único que mantenía el cuerpo del vestido en su sitio era la mano con que se lo

estaba sujetando Kayla.

Estuvo a punto de deshacerse cuando Jack le acarició la espalda después de acabar.

—Muy bien, ya está.

—Gracias.

Sujetándose el vestido con dignidad, Kayla volvió a refugiarse en el cuarto de baño; allí, se puso unos pantalones vaqueros y una camiseta.

—¿En qué caja está la ropa de cama? —le preguntó Jack desde el otro lado de la puerta cerrada.

Les llevó un rato encontrarla.

—Dormiré en el sofá cama esta noche —dijo Kayla sin poder evitar el temblor de su voz.

Jack no dijo nada, pero la ayudó a abrir el sofá. Y también la ayudó a poner la sábana de abajo.

Kayla estaba de rodillas tras acabar de remeter una esquina de la sábana; cuando se enderezó, se encontró con la nariz pegada a la de Jack, que estaba arrodillado en el otro extremo de la cama. Sus manos se rozaron, ninguno de los dos se apartó. La pasión estaba ahí, quemándolos.

Unos segundos después estaban besándose con intensidad, apasionadamente.

Kayla no se dio cuenta de que estaba tumbada en el colchón hasta que él se le colocó encima a modo de manta, su sexo excitado.

—¿Estás segura? Creí que querías esperar —murmuró Jack.

—Te deseo… ahora.

Capítulo Ocho

Jack no perdió más el tiempo. Las palabras dieron paso a los actos. Con un beso, le expresó elocuentemente lo que quería, lo mucho que la necesitaba. Y por si a Kayla le quedaba alguna duda, su lengua se hizo eco del pulsante mensaje del cuerpo.

Había llegado el momento. Kayla se entregó a la libertad para expresar su deseo, devolviéndole el beso con la misma pasión. Jamás se había sentido tan abandonada y tan libre.

Jack deslizó una pierna entre las de ella mientras le quitaba la camiseta. Kayla no tuvo que encargarse de quitarle la camisa a él, Jack ya se había deshecho de ella, permitiéndole disfrutar la calidez de su piel, la deliciosa fricción del vello contra los pechos desnudos. Y las manos de Kayla cubrieron la curva de los hombros de Jack con la misma perfección con que las manos de él le cubrieron a ella los senos.

El sujetador desapareció.

A Kayla nunca le había fascinado tanto la anatomía humana. Aunque lo que realmente le fascinaba no era la forma humana, sino la de Jack en concreto.

Descubrió la cicatriz de la que él le había hablado, la cicatriz que le hizo una brasa.

Con las yemas de los dedos, se la acarició antes de clavarle las uñas en la espalda cuando sintió una oleada de profundo placer en el momento en que Jack se apoderó de uno de sus pechos con la boca.

Su primer beso había sido como bailar en el corazón de una llama, pero esto era como consumirse en una hoguera.

Kayla arqueó la espalda, ofreciéndose a él tentadoramente. A merced de su deseo, Kayla enterró los dedos en los espesos cabellos de Jack, deleitándose en la sensación que aquella sedosa masa le produjo mientras la palpitación entre las piernas incrementaba enfebrecidamente.

Kayla fue a desabrocharle los pantalones al mismo tiempo que Jack los de ella.

Murmuraron palabras incoherentes antes de que sus bocas volvieran a unirse. Su deseo era tan grande que no pudieron dejar de besarse mientras se despojaban del resto de la ropa.

Por fin, no quedó ninguna barrera entre ambos, sólo el excitado ardor de Jack junto al húmedo sexo de ella. Susurrando oscuras promesas, Jack le acarició el centro del placer.

Kayla había esperado que la poseyese inmediatamente, no que, con suma dedicación, buscase el placer de ella primero.

La expresión de perplejidad de Kayla antes del absoluto disfrute

provocó la sonrisa ladina de Jack.

—Esto sólo es el principio —le aseguró él antes de volverla a llevar al clímax.

Jack la besó entonces. Kayla tiró de él, necesitaba sentirlo dentro. Por fin, Jack llenó ese recóndito lugar que ya había seducido con caricias.

Entró de un empujón, llenándola. Kayla jadeó de placer, a pesar de que su cuerpo se estremeció al aceptarlo.

—¿Estás bien? —preguntó Jack con voz ronca, pero tierna.

Kayla asintió.

—Es sólo que… hacía mucho tiempo.

Jack permaneció inmóvil unos momentos mientras intentaba mantener el control, pero Kayla resultó ser irresistible.

Jack comenzó a moverse con pulsante rapidez, subiendo y bajando. Intentó esperarla, pero el cuerpo le exigió satisfacción. Entonces lo sintió, sintió los temblores y las contracciones de Kayla al alcanzar el éxtasis.

Kayla se convulsionó con los ojos fijos en él y, en los de Jack, vio pura y primitiva emoción. Jack se quedó inmóvil encima de ella, gritando su nombre.

Cuando se desplomó en los brazos de Kayla, el último pensamiento consciente de ella fue: «mmmmmm, sí, podría hacerme adicta a esto».

—¿Es eso un muelle del colchón o es que te alegras de verme? —preguntó Kayla con picardía antes de volverse en la cama hasta quedar boca arriba para mirar a Jack.

—Las dos cosas —dijo él antes de avivar la pasión con un beso—. ¿Qué estamos haciendo aquí en esta especie de montaña rusa?

—Por el momento, nada —murmuró ella—, pero quédate un rato más, es posible que se ponga interesante la cosa.

—Mmmm. Ya te voy a enseñar yo algo interesante —Jack apartó la ropa de la cama y se levantó.

Estaba completamente desnudo y excitado.

—Tienes razón, lo que me estás enseñando es muy interesante —murmuró Kayla apreciativamente—. E impresionante.

—Pues esto te va a impresionar aún más.

Al momento, Jack la levantó en sus brazos, la llevó al dormitorio y la soltó en la cama.

—Esta cama es de sube y baja.

—Y éstos —contestó él cubriéndole los pechos con las manos—. Pero me gusta más éste.

Jack le besó el pecho derecho antes de añadir:

—No, creo que me gusta más éste otro —decidió unos momentos

después.

Cuando quiso darse cuenta de lo que pasaba, Kayla estaba encima de él acariciándole el pecho con sus senos. Jack le puso las manos en las caderas y se la subió por el torso hasta que tuvo los pechos de Kayla a la altura de la boca.

Los roncos gemidos de Kayla expresaron su placer cuando Jack la chupó, seduciéndola con lengua y dientes.

Se frotó contra Jack, excitándole con el movimiento de sus caderas; por fin, se colocó a horcajadas sobre su sexo. Con sedosa y húmeda insistencia, se apoderó de él.

El seductor se convirtió en el seducido cuando Kayla le llevó a lugares donde no había estado nunca. Kayla alcanzó el clímax un momento antes que él.

—Lo hemos hecho al revés —le dijo Kayla a Jack bastante después.

—Todavía no, pero si tú estás dispuesta… también yo —le susurró él al oído.

Kayla le dio un cachete en el hombro a modo de juguetona reprimenda.

—Me refiero a que no hemos hablado de los anticonceptivos y…

—Y hemos hecho el amor como dos maníacos —sugirió él con la expresión de un hombre que quería ayudar.

—Te expresas de una forma tan romántica…

—Estamos casados. ¿Cuál es el problema?

—Estoy tomando la píldora —contestó ella simplemente.

—¿No quieres tener más hijos?

—Algún día, pero antes me gustaría acostumbrarme a ser tu mujer y a tenerte por marido. Las parejas deberían hablar de estas cosas antes de la boda —murmuró Kayla, esperando que no se le hubiera notado el azoro que sentía.

—Hemos estado bastante ocupados antes de la boda comprando una casa y demás —bromeó Jack—. Y para tu información, estoy de acuerdo contigo en que deberíamos acostumbrarnos a ser marido y mujer antes de pensar en aumentar la familia. Además, tengo que practicar lo de ser padre con Ash primero.

—¿Ash?

—Sí, es su diminutivo. Me ha dicho que nunca ha tenido un diminutivo.

Kayla no pudo evitarlo y le dio un beso. Un beso dulce, tierno y de agradecimiento.

—¿A qué viene eso? —preguntó Jack.

—A que me gusta como eres.

Un hombre al que se podía amar con demasiada facilidad, pensó

Kayla en silencio.

—No sé que ha pasado con ella, no puedo encontrarla —declaró Kayla a los dos días—. No has tenido tú nada que ver con que la maleta no aparezca, ¿verdad?

Jack era la inocencia personificada, aunque bastante difícil de creer en un hombre con una sonrisa tan picara como él.

—¿Quién, yo?

—Sí, tú.

—¿Por qué iba yo a tener algo que ver con la desaparición de tu maleta? ¿Crees que podría ser debido a la fascinación que siento por tu ropa interior? —sugirió Jack, cuya sonrisa había pasado de picara a profundamente maliciosa—. Sólo me gusta cuando la llevas ti i puesta, y sólo para quitártela. Pero como no has hecho más que quejarte de que se te ha perdido la ropa interior durante las últimas cuarenta y ocho horas, te he traído una sorpresa.

—No he estado quejándome todo el tiempo —negó Kayla.

—No me tomes al pie de la letra, ya sé que es bueno quejarse a veces. Es más, cuando te quejas, suspiras de esa manera… como cuando te beso aquí —Jack bajó la cabeza y le pasó la lengua por el lóbulo de la oreja—. ¿Estás lista para una sorpresa?

—Tan lista como tú —le aseguró ella con voz ronca, mirándole a los pantalones.

—Pues aquí tienes.

Jack le dio una bolsa de unos grandes almacenes. Dentro había varias cajas de ropa interior de algodón blanco de la marca que a ella le gustaba. Pero al fondo había otra bolsa; ésta, de una famosa tienda de lencería. Dentro de la última bolsa había un manojo de bragas de pura seda en colores marfil y melocotón.

Kayla arqueó las cejas.

—¿Y para quién has comprado esto, para ti o para mí?

—A mí me quedan demasiado pequeñas —respondió Jack estrechándola en sus brazos—. Aunque no me queda más remedio que reconocer que siento cierta curiosidad por verte con ellas puestas.

—¿Sólo cierta curiosidad?

—Bueno, me muero de curiosidad.

—Ya lo he notado —Kayla se frotó seductoramente contra él.

Se dio cuenta de que estaba corriendo el riesgo de enamorarse de su marido, pero no parecía haber nada que pudiera evitarlo. Por lo tanto, decidió disfrutar el momento y aceptar lo que el futuro le deparase.

—Si Jack se acuesta contigo, ¿por qué yo y Hugs no podemos hacerlo también?

—le preguntó Ashley a Kayla después de llevar una semana en la casa.

Kayla estaba preparada para leerle a su hija un cuento en la cama. La pequeña sólo quería que le leyeran *La Bella y La Bestia* una y otra noche.

Se sabía las canciones de memoria, el libro de memoria y las ilustraciones de memoria. A pesar de ello, quería que le leyeran el cuento todas las noches antes de dormir. Y pobre de aquél que se saltase un párrafo o dos.

Pero esa noche, a Ashley se le había metido en la cabeza aclarar por qué dormían como dormían a mitad del cuento.

—Porque Jack y yo estamos casados ahora —explicó Kayla—. Las personas que están casadas duermen juntas.

—Hugs y yo no estamos casados y dormimos juntos.

—Eso es porque tú y Hugs aún sois pequeños.

—¿Jack es mi nuevo padre?

—¿Quieres que lo sea?

—No lo sé. ¿Él quiere? ¿Va a ser malo con Hugs si es mi padre?

—No, cariño. Jack quiere a Hugs tanto como le queremos tú y yo.

—¿Y por qué papá no quiere a Hugs?

—No lo sé.

—¿Tú y papá estáis enfadados?

—No, no estamos enfadados. A veces, los mayores no están de acuerdo en algo y necesitan un poco de tiempo para solucionar sus diferencias.

—Y entonces ya no duermen juntos, ¿verdad?

—Bueno…

—¿Va papá a venir a vivir aquí?

—No. Él y Tayna tiene su propia casa.

—Es mucho más grande que ésta. Tienen una piscina. Podíamos ir todos a vivir allí.

—¿No te gusta tu habitación nueva?

—Sí me gusta. En el armario había monstruos —la niña se acercó para susurrarle a su madre en secreto—, pero Jack los ha echado, me lo ha dicho. Él lo ha arreglado todo. ¿Puedo tener dos papas?

—Si tú quieres, sí.

—Ahora quiero que Jack me lea. Jaaaaaack! —gritó Ashley.

—¿Hay un elefante por aquí gritando? —preguntó Jack unos segundos más tarde.

Ashley rió.

—Era yo. Léeme, Jack. Por favor.

Al darse cuenta de que le habían hecho un gran honor, Jack aceptó

el libro que Kayla le tendió. Era un cuento. Empezó a leer.

Pero Ashley quería que le leyeran en tono más dramático e imitando las voces apropiadamente.

—No hablas como una chica, Jack —declaró Ashley—. Lee con la voz de una chica.

Con el aspecto de un hombre a punto de ser fusilado, Jack se aclaró la garganta varias veces antes de continuar.

Kayla tuvo que morderse los labios para no reír. Pero le enterneció ese hombre que se enfrentaba al peligro todos los días sin pestañear y luego sentía pánico ante los ocasionales requerimientos de una niña de tres años. A pesar de ello, era bueno con Ashley, paciente, activo y divertido.

—Quiero ser una novia —declaró Ashley por que sí—. Mañana me voy a casar.

Jack ni siquiera pestañeó.

—¿En serio? Así que te vas a casar, ¿eh? Vaya sorpresa que le vas a dar a tu madre. Kayla, ¿sabías que tu hija se va a casar mañana?

Con temor de que a su madre no le pareciera una buena idea, Ashley alzó la barbilla con gesto retador.

—Tú y mamá os habéis casado. Yo también quiero casarme. Ahora me toca a mí.

—Las bodas no son como los cumpleaños, cielo —le explicó Kayla.

—¿Por qué no? Quiero casarme. Vosotros habéis tenido una fiesta y muchos regalos y una tarta muy grande. Jack, puedes venir a mi fiesta cuando me case mañana, pero tienes que ir bien vestido.

Kayla sonrió maliciosamente.

—Jack está muy guapo cuando va bien vestido, ¿verdad?

—Te quiero, Jack. Ahora todos vivimos felices, ¿verdad?

—Sí, cariño —respondió Kayla creyéndolo sinceramente.

Había hecho bien casándose con Jack.

La primavera impregnaba el aire cuando Kayla metió la mano en el bolso para sacar las llaves de la casa. Era principios de abril, ya había llegado el momento de empezar a trabajar en el jardín que quería. Y también pondría unas flores amarillas en el jardín delantero para que animaran la entrada.

Igual que los dos cojines que había comprado para dar color al sofá. Estaban preciosos.

En realidad, la casa empezaba a tomar forma. Al principio, había temido que el mobiliario masculino de Jack jamás casaría con sus piezas de estilo clásico, pero al final habían conseguido una bonita armonía.

El tercer dormitorio se había transformado en un extraordinario

despacho, lo que le permitía a Kayla pasar más tiempo en casa con Ashley.

El negocio continuaba marchando bien, tan bien que Diane estaba considerando contratar a otra persona para hacer los recados; así, Kayla podría dedicar más tiempo al trabajo administrativo. El ordenador portátil y el modem le facilitaban enormemente el trabajo en casa, aunque Kayla tenía problemas para explicarle a Ashley que mamá estaba trabajando y que por eso no podía jugar con ella.

Kayla había recurrido a premiar a su hija cuando se portaba bien, como ese día.

Ashley y ella habían salido por la mañana de compras y después habían almorzado en la hamburguesería preferida de Ashley.

—Mamá, Hugs quiere chocolate.

—Hugs siempre quiere chocolate —respondió Kayla después de abrir la puerta y conducir a su hija al interior de la casa.

—Hola, planta —le dijo Ashley a la planta que Diane les había regalado.

La ventana de la entrada, que daba al sur, le permitía recibir mucha luz.

La luz también mostró la enorme nube de polvo que flotaba en el aire.

—¿Qué demonios…? —Kayla se quedó de piedra al entrar en el cuarto de estar.

—Hola, cielo. Vaya, ya estáis en casa —dijo Jack con una animada sonrisa, completamente feliz en una habitación que podía ser declarada zona catastrófica—.

No os esperaba tan pronto.

Capítulo Nueve

Kayla se quedó sin habla. El bonito cuarto de estar que había dejado aquella mañana estaba destrozado completamente. Los muebles, ahora cubiertos de polvo, estaban en el comedor. El pelo de Jack estaba cubierto de escayola.

—¿Qué has hecho?

—He tirado el techo. No juzgues nada por cómo lo ves ahora, va a quedar precioso, como el techo de una catedral con claraboya. Me has dicho que te gustaba que las ventanas dieran al sur y eso es justo lo que vamos a conseguir con la claraboya.

—¿Claraboya?

—Ya lo verás, va a quedar preciosa. La voy a poner ahí.

Jack dio unos pasos a la izquierda y señaló el agujero en el techo. Un agujero del tamaño del Gran Cañón. Kayla no podía creer que un hombre pudiera destrozar tanto en tan poco tiempo.

—¿Cómo has podido hacer esto?

Jack sonrió abiertamente antes de adoptar una expresión más modesta.

—No ha sido nada.

—No puedo creerlo.

—Sabía que te pondrías contenta.

—¿Contenta? Ashley, por favor, vete a jugar con Hugs a tu habitación.

—Sí —respondió la niña al reconocer el tono de voz de su madre —. Jack, te van a regañar.

Al momento, Ashley salió corriendo de allí.

—Oye, cariño… —comenzó a decir Jack en tono tranquilizador.

—Nada de cariño —le espetó Kayla—. Es la primera vez que me llamas cariño, así que no empieces a hacerlo ahora.

—Está bien.

—¿No se te ha ocurrido pedir mi opinión antes de tirar el techo del cuarto de estar? ¿Hablarme de ello, consultarme?

—Quería darte una sorpresa.

—Pues lo has conseguido, me has dejado atónita —le aseguró ella tirando el bolso en la relativa seguridad del vestíbulo.

—Supongo que no quieres saber que estás preciosa cuando te enfadas, ¿verdad?

—Supones bien. ¿Qué soy yo aquí, Jack? ¿Una invitada en tu casa?

—Claro que no.

—Entonces, ¿por qué no me has dicho nada antes de tirar el techo? ¿Por qué lo has hecho sin consultarme, sin contar conmigo, como si no fuera parte de tu vida? Es como si mi opinión no valiera más que…

¡un puñado de lentejas! Estamos casados, no estaría de más que nos pusiéramos de acuerdo antes de hacer las cosas.

—Estamos de acuerdo en muchas cosas —murmuró él acercándosele por la espalda para acariciarle la nuca con la nariz.

—¡No me hagas eso! ¡Estoy enfadadísima contigo!

—Ya me he dado cuenta. Lo siento. No lo he hecho con el propósito de hacerte sentir mal. En serio, te juro que quería darte una sorpresa, creía que te gustaría que abriera el techo para que entre más luz. El otro día me dijiste que te gustaría tener un techo como los de las catedrales.

Pero Kayla aún no estaba dispuesta a perdonarlo, a pesar de las caricias de Jack.

—Lo mencioné. Una vez sólo. De pasada. Eso no es hablarlo seriamente.

—Está bien, de acuerdo, he metido la pata.

—En eso tienes razón —murmuró ella limpiándose la escayola de la mejilla.

—Pero la intención ha sido buena.

—No sabes darte por vencido, ¿verdad? —observó Kayla, aunque con menos vehemencia.

—Bien, puede que me haya entusiasmado un poco demasiado. Échale la culpa a lo divertido que me ha parecido tirar un techo sin tener que preocuparme de las brasas. En mi trabajo, he tirado muchos techos con brasas.

—Ya estoy muy familiarizada con las brasas —respondió ella con voz ronca al tiempo que se daba la vuelta de cara a él; después, le acarició el torso deslizando la mano hasta la cinturilla de los pantalones—. Y con las chispas también.

—Mmmmmm. Y con las llamas.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Ashley desde la puerta.

Jack y Kayla se separaron como dos chiquillos sorprendidos en medio de una diablura.

—Ya acabaremos esto luego, por la noche —murmuró él.

Luego, Jack cumplió su promesa. Cuando Kayla fue a la cama después de leerle a Ashley su cuento, Jack se reunió con ella en el umbral de la puerta.

—Según creo recordar, nos habían interrumpido una conversación sobre brasas y fuego. Vamos a ver… ¿dónde estábamos? —perezosamente, le desabrochó los botones de la blusa y se la sacó de debajo de la falda—. Ah, sí, ya sé. Iba a explicarte los conceptos básicos de cómo combatir un fuego. Primero, busco el fuego.

Mmmmmm, sí, me parece que está por aquí…

Jack le acarició los pechos.

—Ahora tengo que rescatar a los ocupantes que están atrapados.

Después de desabrocharle el sujetador, le sacó los senos de los confines del encaje. Pronto, la falda siguió a la blusa y al sujetador.

—Tengo que seguir buscando más rastros de fuego.

Jack bajó la cabeza y, con la boca, se apoderó de uno de los pezones. Mientras tanto, le acarició el otro con las manos.

—Mmmmm, más fuego.

Continuó acariciándola, prometiéndole, pero no satisfaciéndola del todo.

Acercándose, pero no lo suficiente. Excitándola con sus juegos eróticos.

—Y ahora, aunque no es ortodoxo, voy a establecer comunicaciones… ¿te gusta esto? —la sedujo con expertos dedos.

—Sí —susurró ella.

—¿Mejor?

—¡Sí!

Pequeños temblores la sacudieron.

Jack la llevó a la cama, dejándose caer a su lado después de quitarse la ropa interior.

—Espera, yo… se me ha olvidado comprar la píldora esta mañana —dijo ella medio incorporándose.

—No te preocupes, yo me encargaré de eso —Jack estiró un brazo, abrió el cajón de la mesilla de noche y sacó lo que necesitaba—. Un bombero siempre está preparado.

Después de ponerse el preservativo, separó las piernas de Kayla con manos tiernas y seductoras.

—Ya estoy protegido —susurró él sensualmente.

—¿Te refieres a esto? —preguntó Kayla con una erótica sonrisa.

—Justo.

—¿Y el último paso para combatir el fuego? —preguntó ella mientras Jack se colocaba para penetrarla.

—Pedir ayuda en caso de necesidad.

—No necesito ayuda —respondió ella—. Ya te enterarás cuando la necesite.

Kayla arqueó la espalda, aceptándolo.

—¿Vas… a extinguir… este… oh… este… fuego?

—¡Extinguirlo! ¡Nada de eso! Voy a echar combustible.

Y así lo hizo, con cada empujón, con cada movimiento, hasta que los dos se consumieron.

—Lo que necesitas son hombres de verdad para terminar el trabajo —declaró Boomer cuando él, Sam y Darnell vieron el desastre que era

el cuarto de estar de Jack.

Habían transcurrido dos semanas; por fin, Jack había pedido refuerzos. Había avanzado ya mucho, pero ahora le quedaba instalar la claraboya, terminar de emplastecer el techo y las paredes y pintar. Y había que barnizar las vigas de madera del techo.

Entre todos, podrían terminar ese mismo día. Jack sabía que la obra estaba volviendo a Kayla loca.

Sus padres se habían unido, y algunos compañeros de trabajo se pasaron para echar una mano un rato. Con tanta mano de obra, era natural que se les hubiera acabado la cerveza.

—Yo iré a comprarla —se ofreció Kayla.

—Ni hablar. La única vez que te he mandado a comprar cerveza me trajiste una pálida imitación —bromeó Jack.

—¿Aún te acuerdas? —protestó ella.

—Tú quédate aquí y continúa dándole a las vigas. Volveré en un momento.

Después de darle un rápido beso en la mejilla, Jack se marchó.

—¿Te ha dicho Jack el apodo que le hemos puesto en el departamento? —le preguntó Boomer a Kayla con una sonrisa maliciosa.

Kayla estuvo tentada de responder que Jack casi nunca le contaba nada, ni siquiera que iba a abrir un agujero en el techo del cuarto de estar; pero sobre todo, no le contaba nada de su trabajo.

—Le llamamos As porque tiene mucha suerte. Siempre se ha enorgullecido de que nunca ha tenido un accidente importante, hasta lo de la pierna.

Kayla se preguntó qué accidentes sin importancia había tenido.

—El día que se rompió la pierna estábamos en una casa en llamas; las casas en llamas producen mucha angustia, ¿lo sabías? Bueno, pues Jack entró en la habitación de atrás, aunque daba la impresión de que el suelo se iba a venir abajo en cualquier momento. Y así fue, se cayó. Pero Jack consiguió salvar a un niño, un niño pequeño, antes de que se cayera el suelo. Él dice que habría salido ileso de no haberse tropezado con una manguera por la prisa que tenía de salir de allí. Pero la verdad es que se rompió la pierna salvando a ese niño, el suelo a punto de caerse fue lo que le hizo perder el equilibrio. Pero nada consigue detener a Jack. Ya sabes cómo es cuando se trata de salvar a un niño, corre cualquier riesgo. Así es Jack, pero tiene sus motivos para ser así.

Kayla no sabía cómo era Jack ni tampoco sus motivos para hacer lo que hacía, a parte de la muerte de sus padres. ¿Era eso lo que le hacía correr riesgos?

—Me da la impresión de que le gusta trabajar arreglando la casa —observó Boomer—. Me he fijado que ha instalado… ¿cuántos, tres detectores de humo?

Kayla asintió.

—Sí, los instaló el día que nos vinimos a vivir aquí. Es un fanático de los detectores de humo.

—Porque sabe que la mayoría de las víctimas no mueren por el fuego, sino por el humo. El primer año que trabajamos juntos, hubo un incidente… —la expresión de Boomer se tornó seria y triste—. Jack no ha podido olvidarlo.

—¿Qué pasó?

—No soy yo quien deba contarlo —Boomer no pudo ocultar su sentimiento de culpa por haber dicho algo que no debía—. En fin, Jack ha puesto esos detectores de humo porque quiere protegeros.

—Sí, no lo dudo —murmuró Kayla en silencio.

El problema era que Jack no dejaba que nadie le protegiera a él. Sólo a Ashley le permitía ciertas cosas que no se las permitía a nadie, y una niña de tres años no podía hacer demasiado por él.

Jack estaba loco por la niña, se preocupaba tanto por el asunto de la custodia como Kayla.

Kayla no pudo evitar preguntarse qué le había pasado durante su primer año de trabajo como bombero, ni si tenía algo que ver con la expresión de pánico que se le puso cuando Ashley le llamó ogro.

Mientras Boomer continuaba hablándole del departamento de bomberos, Kayla se dio cuenta de que había muchas cosas de la vida de Jack que desconocía. De repente, pensó que Jack compartía muy poco de su vida con ella, a parte de la cama.

Nunca le hablaba de lo que pensaba o soñaba conseguir, a menos que estuviera relacionado con seducirla.

No le hablaba de sus amigos, ni de su trabajo ni de cómo se había roto la pierna.

Por todo ello, Kayla se sentía, en parte, como una extraña en su propia casa, en su propio matrimonio. Y le dolía.

Se disculpó un momento y fue a buscar a Corky, que estaba en la cocina preparando el almuerzo.

—¿Te ha contado Jack cómo se rompió la pierna? —le preguntó a Corky.

A la madre de Jack le sorprendió la súbita pregunta de Kayla, pero no lo demostró.

—Lo único que dijo, a modo de explicación, es que fue por una torpeza suya.

—Se la rompió salvando a un niño pequeño.

Corky sonrió.

—No me sorprende.

—A mí tampoco me sorprende, pero ésa no es la cuestión. La cuestión es que debería habérnoslo dicho. No debería apartar de sí a la gente que lo quiere.

La importancia de lo que Kayla acababa de admitir la sorprendió a sí misma.

¡Lo amaba! Amaba a Jack, su marido, el hombre que había perdido la fe en los finales felices. El hombre que vivía perfectamente sin amor.

Jack sólo quería sexo de ella, y Kayla no podía negar que la relación sexual entre ambos era extraordinaria. Pero el amor era otra cosa, el amor era algo que se te agarraba al corazón y no te soltaba. Algo que sabía que Jack no sentía. Se había casado con ella creyendo que Kayla comprendía que él no quisiera ataduras sentimentales.

—Así es él, siempre lo ha sido —comentó Corky con tristeza.

Pero Kayla estaba enfadada desde que Boomer le había dicho cosas de su marido que ella desconocía.

—Bueno, pues ahora está casado; y si yo puedo aprender a dar barniz y a empapelar una pared, Jack también puede aprender a confiar en la gente que lo quiere. Confía en sus compañeros de trabajo, así que no se trata de que sea incapaz de ello.

Silbando animadamente, Jack entró por la puerta trasera de la casa con una caja de cervezas irlandesas bajo el brazo.

—¿Incapaz de qué? —preguntó Jack.

Kayla le dio un puñetazo en el estómago a modo de respuesta, no tan fuerte como para hacerle daño, pero sí lo suficiente para atraer su atención.

—¿A qué viene eso? —preguntó él ofendido.

—¡A que no nos habías dicho la verdad! —respondió Kayla furiosa.

—¿De qué hablas?

—De tu pierna rota —interpuso Corky—. Creo que voy a dejaros en la cocina para que aclaréis esto solos. Me voy a ver qué hace Ashley, no se sabe qué podría hacer si a Sean se le ocurriera dejarle una brocha.

—¿Te importaría decirme qué pasa? —preguntó Jack tan pronto como se quedaron a solas.

—Boomer me lo ha contado. Me ha dicho que te rompiste la pierna al salvar la vida de un niño. También me ha dicho el apodo que te han puesto tus compañeros. Y

después de hablar con él cinco minutos, me he enterado de más cosas sobre ti que en casi un mes que llevamos viviendo juntos.

¿Tienes idea de lo imbécil que me he sentido? Soy tu esposa y ni siquiera sabía cómo te rompiste la pierna. Me ha dicho que, cuando salvaste al niño, el suelo se estaba cayendo, pero que te arriesgaste de todos modos.

—Vamos a ver si me entero, ¿estás enfadada porque salvé la vida de un niño?

—Claro que no. Estoy enfadada porque no has confiado en mí, porque no me cuentas nada. ¿Por qué lo has mantenido en secreto?

—No lo he mantenido en secreto, Boomer y el resto de mis compañeros lo sabían.

—Porque estaban allí. ¿Por qué tienes tanto miedo de confiar en mí? ¿Cómo crees que me siento cuando me apartas de tu vida así? ¿Por qué no me hablas, por qué no me cuentas cosas como, por ejemplo, cómo te rompiste la pierna o lo que te pasó el primer año que trabajaste como bombero y que te afectó tanto?

Al instante, el rostro de Jack se tornó carente de expresión, aunque sus ojos grises se oscurecieron de furia, de pesar o de ambas cosas a la vez. Por fin, Jack parpadeó y se la quedó mirando.

—Esta discusión no tiene nada que ver con mi pierna rota, sino con que yo sea bombero. Sí, se trata de mi trabajo. No te gusta mi trabajo.

—¿Qué estás diciendo?

—Que estoy atado a una mujer que tiene miedo de encender cerillas.

¿Atado? Aquella palabra se le clavó como un puñal.

—Bien, déjame que te recuerde nuestro acuerdo —continuó él.

—¿Y qué acuerdo es ése?

—El acuerdo por el que yo te prometí sexo y seguridad, y tú me prometiste, a cambio, no interferir en mi trabajo —le recordó Jack.

—No estoy tratando de interferir.

—Claro que sí. Pero no lo conseguirás. No voy a cambiar, te lo advertí.

—Pero la situación ha cambiado, ahora estamos casados, tienes responsabilidades respecto a la gente que te quiere. No deberías arriesgarte como te arriesgabas antes. ¿Es que ser bombero es más importante para ti que ser un marido?

—Sí.

Esa palabra atravesó el corazón de Kayla.

—Así que cumple tu parte del trato como yo cumplo la mía —gritó Jack saliendo de la cocina.

Sexo y seguridad económica, eso era lo que Jack le había prometido. Amor, no.

Amor, jamás.

Capítulo Diez

Con la casa llena de gente, Kayla no pudo seguir el impulso de meterse en su habitación y llorar durante una o dos semanas. Por el contrario, se quedó en la cocina unos minutos con el fin de recuperar la compostura.

Se movió como un autómata mientras se preparaba una taza de té. Luchó con todas sus fuerzas por combatir las lágrimas; si se echaba a llorar, tenía miedo de no poder parar.

Jack había dejado claro lo que sentía, hiriéndola con su cruel honestidad: ser bombero era lo más importante para él, y ella no debía interponerse en su camino.

Por fin, el orgullo acudió en su ayuda. Kayla alzó la barbilla y se secó una lágrima solitaria que le había caído por la mejilla. No iba a ponerse en ridículo.

Enamorarse de Jack era su problema, no el de él. Habían hecho un trato y el amor no estaba incluido en él, y ella cumpliría su parte del trato.

Kayla recordó las palabras de Jack: «a veces, las mujeres quieren cambiar a los hombres». Le había dicho eso la noche que le propuso matrimonio, y ahora había repetido que no tenía intención de cambiar. Más o menos, le había advertido que la palabra amor no se contaba en su vocabulario.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Corky que acababa de entrar en la cocina.

¿Les había oído Corky discutir? ¿Le había oído decir que para él era más importante el trabajo que su mujer? La expresión de preocupación de la madre de Jack hizo que Kayla se preguntase qué era lo que sabía.

—¿Nos has oído discutir?

—No. Pero estaba aquí cuando le has dado un puñetazo a Jack, aunque no digo que no se lo merezca. Pero no, no os he oído discutir. Nadie os ha oído —le aseguró Corky—. Con tantos martillazos, es imposible.

—Hay que ser una mujer muy especial para soportar ser la esposa de un bombero —declaró Kayla.

—Es muy probable.

—Y yo no soy especial —añadió Kayla con voz temblorosa.

—Eso no es verdad. Tú eres muy especial —contestó Corky—. Peleas como una leona por las personas a las que quieres. ¿Quieres decir que no estás dispuesta a pelear por Jack?

—Lo único que he hecho es pelear con él. A Jack le encanta combatir fuegos.

—Sí, es verdad. Y tú quieres a Ashley. Que quieras a una persona no significa que no puedas querer a otra.

—¿Cómo pudiste aguantar tantos años que Sean fuera bombero?

—Tenía fe.

—A mí no se me da bien eso —admitió Kayla.

—En ese caso, tendrás que hacer un esfuerzo —dijo Corky—. Pero no te des por vencida.

—Es difícil no darse por vencida; sobre todo, ahora que Jack me ha dicho que es más importante para él ser bombero que ser mi marido.

—Eso es porque estabais discutiendo. No esperes que un hombre admita sus verdaderos sentimientos en una discusión. Si he aprendido algo en veinticinco años de casada, es eso.

—Tu matrimonio es diferente.

—¿Por qué?

—Jack no se casó conmigo porque estuviera enamorado de mí.

—Claro que sí. Puede que no te lo haya dicho, pero eso no significa que no lo sienta. He visto cómo te mira.

—No estoy negando que me desee.

—Se trata de algo más que eso, no eres la primera mujer a la que Jack ha deseado —declaró Corky claramente—. Pero no se había casado con ninguna antes.

—Se ha casado conmigo por protegerme —admitió Kayla con voz ronca.

—¿De qué?

—Del juicio solicitado por Bruce para quedarse con la custodia de Ashley. Jack piensa que si estoy casada tendré más posibilidades de quedarme con Ashley.

—¡Estupideces!

—¿Qué?

—Ya me has oído, eso son estupideces. Puede que Jack te haya dicho que ése era el motivo por el que se ha casado contigo, incluso puede que él mismo lo crea, pero te aseguro que no es tan altruista. Se ha casado contigo porque quería.

—No quiere enamorarse.

—Lo sé —los ojos de Corky mostraron su pesar—. Jack no quiere amar, pero eso no significa que no ame. Las dos sabemos lo cabezota que es, pero como ya te dije en una ocasión, al final acaba cediendo.

La expresión de pesar de Corky se transformó en una de decisión cuando añadió:

—Y en este caso en concreto, creo que tú podrías acelerar el proceso.

—¿Cómo?

—Combatiendo el fuego con fuego.

Kayla se reunió con los demás dándole vueltas a las palabras de Corky. Pero cuando dejaron de trabajar aquella noche, era muy tarde y estaba demasiado cansada para luchar por nada ni por nadie.

Jack había trabajado como un maníaco, decidido a terminar la obra ese día. Era como si tuviera que demostrar algo.

Kayla también tenía que demostrar algo; en realidad, varias cosas. Pero no sabía qué camino tomar.

Jack estaba dormido cuando ella salió de la ducha. Eran casi las doce de la noche y había trabajado mucho para terminar la claraboya. Y tenía razón, la habitación había quedado mucho más luminosa, estaba preciosa. ¿Tenía razón también respecto al resto? ¿Había roto ella su acuerdo? ¿Añoraba Jack el pasado, cuando no tenía que rendirle cuentas a nadie?

—Bueno, ¿dónde está tu nuevo marido? —preguntó Bruce a la mañana siguiente, sábado, cuando fue a recoger a Ashley para llevársela el fin de semana.

—Está trabajando.

—Vaya, ya veo que ha terminado la claraboya —en el cuarto de estar, Bruce miró a su alrededor y asintió con gesto de aprobación—. No está mal, nada mal.

Kayla no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Además, Bruce sonreía y había dicho algo agradable. Sí, a veces ocurrían milagros.

—Estás de muy buen humor —comentó ella con cautela.

—Acaban de darme una excelente noticia.

—¿Te han ascendido en el trabajo?

Kayla sospechaba que se trataba de un asunto laboral ya que era lo único que a Bruce le importaba realmente.

—No, no se trata de mi trabajo —respondió Bruce—, sino de Tanya. Está embarazada.

—¿Qué?

—Hemos tenido suerte por fin. Está embarazada de tres meses. A pesar de ser médico, no se me había pasado por la cabeza esa posibilidad —Bruce sonrió de nuevo.

—¿Yeso cómo va a afectar a Ashley?

—Bueno, tendrá una hermana o un hermano.

—Me refiero a la cuestión de su custodia.

—Tanya y yo hemos decidido renunciar a ella.

Kayla estuvo a punto de caerse al suelo. El alivio que sintió fue sobrecogedor.

¿Así? ¿Tan sencillo?

Kayla se quedó muda de perplejidad. La lucha por Ashley había

acabado.

Ahora la tensión era entre ella y Jack.

Después de que Bruce y Ashley se marcharan, Kayla pasó la aspiradora por el cuarto de estar mientras pensaba sobre qué iba a hacer con Jack. Ashley lo adoraba. Y

también Kayla, lo que le hacía temer por su vida cuando se enfrentaba a los peligros que conllevaba la profesión de bombero. Y que él se negase a confiar en ella sólo empeoraba la situación.

Sabía que adoraba su trabajo, y sabía que lo hacía bien. Pero a Kayla le daban miedo los riesgos que corría. Algo lo atormentaba, pero ella desconocía lo que era.

Podía tener algo que ver con la muerte de sus padres en el accidente de coche, pero no estaba segura. No estaba segura respecto a nada que tuviera que ver con Jack. Sin embargo, estaba decidida a descubrirlo. Y muy pronto.

Jack salió de la casa en cenizas y respiró profundamente. Aire fresco. Y luego sonrió, excitado y agotado simultáneamente.

Vio la misma expresión de triunfo en el rostro de Boomer.

Lo habían conseguido, habían apagado otro incendio. Éste había sido en un edificio abandonado, pero les había costado un tremendo esfuerzo vencerlo.

Mientras Jack compartía esos momentos de victoria con sus compañeros de armas, se preguntó por qué Kayla no podía comprender que lo que él hacía era importante. Cierto que el edificio estaba abandonado, pero habían rescatado a dos adolescentes que lo utilizaban como lugar de reuniones. Acababan de salvar dos vidas más.

Hacía algo que valía la pena, y eso le daba a su vida un objetivo y significado.

Sin eso, estaba perdido. Él se identificaba con su trabajo, era así de sencillo. Él era bombero. ¿Por qué Kayla no conseguía entenderlo?

De vuelta en el departamento unas horas después, sus compañeros y él estaban sentados en la sala de recreo, esperando a que se disparase la siguiente alarma. Los que no estaban viendo la televisión, estaban hablando del mundo en general y de las mujeres en concreto.

—¿Qué les pasa a las mujeres? —Quiso saber Jack—. ¿Por qué siempre intentan cambiar a los hombres?

Como la mitad de los allí presentes estaban divorciados, Jack hablaba a un grupo que le comprendía.

—Sí, tú lo has dicho —comentó uno.

—El problema de las mujeres es que están obsesionadas con el amor —afirmó otro—. Y nosotros estamos obsesionados con el fuego.

—Excepto Sam, que también está obsesionado con esos puros que fuma —

interpuso Boomer con la boca llena de patatas fritas.

—Eh, ¿y qué me dices de esas revistas que tienes en tu armario del vestuario?

—contestó Sam.

—Las tengo por los artículos.

—Ya, por los artículos. Como si no supiéramos qué artículos son esos. Unos artículos muy bien desarrollados, como la mayoría de las novias que tenía Jack.

—Jack tenía una vida perfecta y va y se casa —dijo uno de los divorciados.

—No era tan perfecta como crees —murmuró Jack.

—A mí no me preocupan esas cosas cuando estoy apagando un fuego —dijo uno de los hombres—. No puedo dejar de pensar en arrancar puertas, en enchufar mangueras, en tirar techos…

—Sí, eso es justo lo que ha hecho Jack en su casa. Para ventilar el cuarto de estar, ha tirado el techo, pero no porque hubiera fuego. Él lo llama mejoras —bromeó Sam.

Continuaron bromeando hasta que Darnell dejó de pasar a sus compañeros las fotos de su hija.

—No sé, creo que el matrimonio tiene mucho que ver con la forma como nosotros combatimos un fuego —observó Darnell con voz queda —. Uno tiene que confiar en el otro, depender del otro.

Con las palabras de Darnell, una luz imaginaria se encendió en el cerebro de Jack. Él le había comentado a Kayla en una ocasión que confiaba por completo en sus compañeros, y ella le había preguntado si era capaz de confiar en alguien tanto fuera de ese cerrado círculo. Y él le había contestado que ese tipo de relación con una mujer acababa con un hombre.

Pero el matrimonio no había acabado con él. En realidad, jamás había sido tan feliz como durante ese último mes. Había llegado a confiar en que Kayla estuviera allí, con él. ¿Significaba eso que la amaba? Por primera vez en su vida, esa posibilidad no le aterrorizó.

—Jack todavía es un recién casado —afirmó Sam—. Mira la cara de tonto que tiene ahora mismo, seguro que está pensando en su mujer.

—Si yo estuviera casado con Kayla también pensaría en ella — comentó Boomer con una sonrisa ladina—. Si alguna vez no estás contento con ella, Jack, mándamela.

Jack le agarró de la camisa y le levantó de la silla antes de que Boomer se diera cuenta.

—Eh, amigo, tranquilo —protestó Boomer—. Sólo era una broma.

Después de lanzar varias imprecaciones, Jack soltó a su mejor amigo.

—Perdona —dijo Jack pasándose una mano por el cabello—. Pero que no se te ocurra jamás ir detrás de Kayla.

—No se me ocurrirá.

—Bien —gruñó Jack mientras hacía un esfuerzo por asimilar lo que sentía.

La furia que le había entrado al pensar en Boomer tocando a Kayla era más que celos. Aunque sabía que sus amigos jamás le traicionarían, le había sorprendido la intensidad de sus sentimientos. Al parecer, no era a él el único, sus compañeros de trabajo le miraron como si tuviera dos cabezas.

—¿Qué estáis mirando?

—Nada —respondieron todos al unísono.

Al salir de la habitación, Jack oyó decir a uno de ellos:

—¿Qué demonios le pasa?

Y después oyó la respuesta de Boomer, acompañada de una carcajada:

—Si no me engaño, creo que le pasa lo que a cualquier hombre que acaba de descubrir que está enamorado de su mujer.

—Entré en casa y me encontré con que Jack había tirado el techo —le dijo Kayla a Diane por teléfono el sábado por la noche.

Había llamado a su amiga para darle la buena noticia de que Bruce había renunciado a la custodia de Ashley, pero la conversación pronto pasó a centrarse en Jack.

—Sí, me lo dijiste. Es lo que pasa cuando un hombre se queda solo en casa con las herramientas.

—Y no me quiso contar cómo se había roto la pierna.

—No es un drama, ¿no te parece? Vamos, Kayla, ¿qué es lo que te pasa realmente?

—Jack me ha dicho que está atado a una mujer a la que le dan miedo las cerillas… y… y lo ha dicho como si le pesase.

—¿Me estás diciendo que tenéis problemas porque te da miedo encender cerillas? —a Diane le costó comprenderlo.

—Dice que tengo miedo, y tiene razón. ¿Cómo es posible que una mujer a la que le dan miedo las cerillas haya acabado casándose con un bombero?

—Según creo recordar, se suponía que era un matrimonio de conveniencia y que no tenía nada que ver con el amor, sólo con cuestiones prácticas.

—Sí, eso era lo que se suponía —murmuró Kayla—. Pero yo lo he

estropeado todo al enamorarme de él.

—Mmmmm. Sí, me doy cuenta de que estar enamorada de tu marido puede ser un problema terrible —bromeó Diane.

—Lo es si él no te corresponde.

—¿Y qué te hace pensar que no te corresponda?

—Ayer tuvimos una pelea. Acabé preguntándole si ser bombero era más importante para él que ser un marido y me dijo que sí.

—La gente dice muchas cosas que no siente cuando se enfada.

—Eso es lo que Corky me ha dicho, pero…

—¿Por qué no te fijas en lo que ese hombre ha hecho, en sus actos en vez de en sus palabras? Según lo que tú misma me has contado, se tomó muchas molestias para proponerte matrimonio, con música y flores incluidas. Estuvo contigo cuando Ashley tuvo gripe y no se quejó cuando la niña le vomitó encima. Prácticamente te come con los ojos cada vez que te mira, construye una claraboya porque un día se te ocurrió mencionar que te gustaban los techos como los de las catedrales. Dios mío, Kayla, a mí me parece que hace todo lo que un hombre hace cuando está completamente enamorado.

—¿Y por qué un hombre enamorado diría que, para él, es más importante ser bombero que ser un marido?

—Porque está asustado de lo que siente. Cuando tú te diste cuenta de que lo amabas, le diste un puñetazo en el estómago. ¿Te parece eso normal?

—Casi ni le toqué. Y lo hice porque no se abre a mí, porque se lo calla todo.

—Pues no creo que la respuesta sea darle puñetazos —observó Diane secamente.

—Ya lo sé y voy a adoptar otro plan de ataque. Corky lo llama combatir el fuego con fuego.

—¿Y tú como lo llamas?

—El Waterloo de Jack.

Jack no dejó de pensar en las palabras de Boomer durante toda la noche: «un hombre que acaba de descubrir que está enamorado de su mujer». ¿Era eso lo que le pasaba? ¿Era un hombre enamorado de su mujer? Desde luego, empezaba a sentirse así.

Y Darnell había dicho que, en los matrimonios, uno tenía que confiar en el otro, depender del otro. ¿Y si Kayla decidía dejarlo? ¿Y si se había cansado de vivir con un bombero que le había dicho que su trabajo era más importante que ella? No lo había dicho sintiéndolo, pero lo había dicho.

Cuando acabó el turno a la mañana siguiente, Jack se estaba marchando cuando Boomer gritó:

—¡Eh, Jack, espera!

—Oye, si quieres hablarme sobre lo de anoche, no estoy de humor para más bromas.

—No se trata de ninguna broma, Jack, ojala lo fuera. Acaban de informarme de que hay un fuego, es en tu casa.

Al ver la súbita palidez de Jack, Boomer le sujetó del brazo.

—Tranquilo, amigo.

—¿Es muy grande?

—No lo sé, acabo de enterarme. Tu casa no está en nuestro distrito, pero la unidad de la zona ya se ha puesto en camino.

Jack salió corriendo a su coche y recorrió el trayecto en la mitad de tiempo que de costumbre. Iba como poseído. ¿Y si le ocurría algo a Kayla?

Jack estaba acostumbrado a ser él quien rescataba a la gente, pero no al contrario. Sin embargo, Kayla lo había hecho. Kayla le había rescatado de una vida carente del calor de una mujer especial.

La noche anterior había descubierto que la amaba, pero sólo ahora se daba cuenta de lo profundo que era ese amor.

Había un coche de bomberos delante de su casa cuando Jack paró el coche de un frenazo.

Buscó llamas mientras saltaba por encima de las flores que Kayla había plantado. Al reconocerle, uno de los bomberos lo llamó.

—Eh, Jack, ¿qué tal te va? ¿Qué estás haciendo aquí? Esto está un poco lejos de tu zona, ¿no?

—Esta es mi casa.

Jack se detuvo al ver a Kayla en los escalones de la entrada. Llevaba una trenca puesta, pero iba descalza.

—Pues tranquilízate, ha sido una falsa alarma —dijo el bombero.

—¿Qué ha pasado? —Le preguntó Jack a Kayla al tiempo que la estrechaba en sus brazos con tal fuerza que la dejó literalmente sin respiración—. ¿Y Ashley?

—Ashley está pasando el fin de semana con Bruce.

—Bien. ¿Qué ha pasado?

—Que he encendido un montón de velas, eso es lo que ha pasado. Supongo que eran demasiadas y no me he dado cuenta hasta que la alarma para detectar el humo se ha disparado. No sabía que estaba conectada directamente al departamento de bomberos. Me siento como una idiota.

—No eres una idiota —murmuró él con voz ronca, con la barbilla apoyada en la cabeza de Kayla y acunándola en sus brazos; después, con desgana, se volvió hacia los bomberos—. Gracias, chicos.

—A tu disposición —le dijo el bombero que le había reconocido—.

Has hecho un buen trabajo con esa claraboya, es muy bonita. ¿Quieres pasarte por mi casa a terminarme el sótano?

—Aquí tengo trabajo de sobra —contestó Jack con el brazo sobre los hombros de su mujer.

Jack la llevó al interior de la casa, Kayla seguía disculpándose por lo tonta que había sido.

—No te preocupes, estamos acostumbrados a las falsas alarmas —comentó él con voz ronca.

—No era esto lo que tenía en mente cuando Corky me dijo que combatiera el fuego con fuego —observó Kayla.

—¿Qué tenías en mente?

—Esto.

Kayla se desabrochó la trenca; debajo, sólo llevaba un picardías color rojo, una prenda increíblemente erótica que enseñaba más que lo que cubría. El escote le llegaba casi al ombligo, mientras que el pantaloncillo subía mucho, mostrando todos los muslos.

Jack se la quedó mirando boquiabierto antes de decir de sopetón:

—Te amo.

Con el ceño fruncido, Kayla se volvió a cubrir con la trenca.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No, ni hablar. Créeme, no quería enamorarme de ti, he intentado no enamorarme de ti. Y no lo estaba haciendo mal, lo estaba consiguiendo… hasta que Boomer me ha dicho que había fuego en casa. Entonces… entonces ha sido cuando me he dado cuenta. Si te hubiera pasado algo…

Jack volvió a abrazarla con fuerza.

Kayla le obligó a bajar la cabeza para poder mirarle a los ojos, para poder descubrir la verdad en ellos.

—¿En serio me quieres? —susurró Kayla.

—Sí.

Jack le acarició la frente, las mejillas, la barbilla… y volvió a acariciarle la mejilla antes de cubrirle el rostro con las manos.

—¿Y tú? —preguntó Jack.

La sonrisa de ella fue temblorosa y radiante.

—Supe que te quería cuando te di un puñetazo en el estómago.

—¿Así demuestras tú que me quieres?

—No —Kayla le besó la palma de la mano—. No, no debería haberte hecho eso.

—Y yo no debería haber dicho lo que te dije. Apagar incendios es mi vida, Kayla. Pero tú también lo eres. Lo uno no es más importante que lo otro. Estaba enfadado cuando te dije eso, estaba luchando contra lo que siento por ti.

—¿Por qué luchar contra ello? —le preguntó ella con voz débil—. ¿Tan malo te parecía quererme?

—Siempre me ha aterrado querer a alguien.

—¿Por qué? ¿Es por lo de la muerte de tus padres?

Jack suspiró al darse cuenta de que Kayla no iba a darse por satisfecha hasta haberlo oído todo.

—Sí. Les quería y me abandonaron. Ya sé que puede que no sea racional, pero así era cómo yo lo sentía. Quieres a alguien y acaban por alejarse de ti. Cuando mis padres murieron, juré que iba a ser duro, no estaba dispuesto a sufrir tanto nunca más, y tampoco iba a depender de nadie. Fue un juramento que mantuve siempre, incluso cuando Corky y Sean me adoptaron.

—¿Porque te daba miedo que, si los querías, te abandonasen?

—Sí.

—¿Y ahora? ¿Ahora crees en el amor? ¿Crees que te quiero, a pesar de ser el hombre más cabezota del mundo? De todos modos, creas lo que creas, te quiero.

Mereces que te quieran. No tienes que seguir poniéndote a prueba, ya eres un héroe.

—No soy ningún héroe, sólo un hombre que cumple con su trabajo. Eso es lo que hago y soy así.

—Ninguno de tus compañeros se arriesga como tú. ¿Por qué?

—Quizá porque trato de pagar por los errores que he cometido en el pasado.

—¿Qué errores son ésos?

—El accidente de coche con mis padres, por ejemplo. Fue culpa mía —

confesarlo le dolió físicamente.

—¿Cómo es posible? Sólo eras un niño que iba dormido en el asiento de atrás.

—No iba dormido, me estaba haciendo el dormido. Estaba cansado de ir en coche, el camino desde Springfield me estaba pareciendo interminable. Mi padre volvió la cabeza para mirarme y no vio el coche que se nos echó encima. Después del accidente, me dijeron que era un milagro que yo hubiera sobrevivido. Entonces, supuse que me había salvado por algún motivo y que ese motivo era que yo iba a ayudar a otros, a salvar las vidas de otros. Quería ser bombero para pagar por el mal que había causado.

—Tú no hiciste nada malo.

—Hay algo más. El año que empecé a trabajar en el departamento, cometí otra equivocación. Durante un incendio, había un niño de la edad de Ashley escondido debajo de una cama. Yo llevaba la máscara

para respirar, el humo que ahí se podía cortar; cuando vi al niño, fui a agarrarlo, pero el niño se asustó porque creyó que era un ogro que iba a comérselo. Le oí gritar y llamarme monstruo, y después le vi salir de debajo de la cama, por el otro lado… las llamas lo consumieron. No hubo manera de salvarlo.

—Oh, Jack… lo siento —Kayla le acarició la espalda.

Durante un momento, Jack se puso tenso. Era difícil romper la costumbre de años de rechazar amor y consuelo. Pero entonces, con un inesperado gruñido, la estrechó contra sí, bajó la cabeza y la apoyó en el hombro de ella.

Kayla parpadeó para contener las lágrimas mientras le acariciaba con ternura, expresándole su amor con caricias.

—Tú mismo lo has dicho, Jack —dijo Kayla después de unos momentos—, no había forma de salvar a ese niño, como no había forma de evitar que tus padres tuvieran un accidente. Esas cosas pasan, ocurren muchas tragedias diariamente, pero no son culpa tuya. Tú no hiciste nada malo. Tú no prendiste fuego a ese niño.

—No, pero tampoco lo salvé —contestó Jack con voz enronquecida por la emoción.

—Bien, y desde entonces no has hecho más que arriesgar tu vida para salvar la de otros. Oh, Jack, ¿es que no lo ves? Tienes que dejar de atormentarte con el pasado.

Tienes que seguir adelante, reconocer a la gente que te quiere y confiar en ese amor.

—¿Y si no lo merezco?

—¡No digas eso! —exclamó Kayla con tierna aunque firme reprimenda.

Jack levantó la cabeza y la miró a los ojos, eran azules como el corazón de una llama.

—¡Maldita sea, Jack, mereces que te quieran! Lo único que tienes que hacer es dejarte, arriesgarte a dejar que te amen Para ser un hombre que se enfrenta al peligro todos los días, eso no debería resultarte tan difícil.

—Continúa hablando —dijo él emocionado mientras le acariciaba el pelo.

—¿Recuerdas cuando me hablaste del fuego y me dijiste que uno tiene que aprender a respetarlo y a convertirlo en un amigo para poder vencerlo? ¿Por qué no haces lo mismo con el amor? Aprende a amar, respeta el amor y conviértelo en tu amigo en vez de en tu enemigo.

—¿Y cómo hago eso?

—Puedo ayudarte si quieres.

—Estoy seguro de que podrías ayudarme, pero creo que ya he aprendido una o dos cosas por mí mismo.

—¿Como qué?

—Como que mi vida sería algo oscuro y vacío sin ti. Como que, aunque eres una mandona y te gusta robar el champiñón de las pizzas, te quiero.

La sonrisa de Kayla fue gloriosa.

—Dímelo otra vez.

—Eres una mandona y te gusta robar…

—No, me refiero a lo último.

—¿Vas a hacerme decirlo otra vez?

—Puedes estar seguro de ello. Cien veces al día hasta que lo hagas con la misma naturalidad con la que tiras techos.

—¿Cien veces al día?

La exagerada expresión de horror de Jack la hizo reír.

—Está bien, diez veces al día —concedió ella.

—Mejor dos veces… a la semana.

—Cuatro veces al día y no rebajo más.

—Acepto.

Jack la besó entonces, con una emoción que provocó las lágrimas de Kayla.

Siempre había habido pasión entre los dos, y deseo, pero ahora había amor. Un amor que ya no tenía que ocultarse, al que ya no había que combatir.

—¿Te acuerdas que un día me dijiste que eras un experto haciendo nudos? —le preguntó Kayla con voz ronca.

—Mmmmm —murmuró él mientras se dejaba conducir al dormitorio a lo largo de un sendero de velas.

—Supongo que no te importaría enseñarme algún nudo bonito. Quién sabe, puede que me entre la creatividad y quiera practicar atándote a la cama.

Ya estaban en el dormitorio. Había pañuelos de colores cubriendo las lámparas y la cabecera de la cama, lo que confería a la habitación un aspecto exótico. También el suelo estaba cubierto de cojines de colores vivos. Cuando Jack se fue a trabajar el día anterior, no había nada de eso.

Jack miró a su alrededor con incredulidad.

—¿Qué es esto, un harén?

—Ese era el efecto que quería dar. Por eso es por lo que había puesto tantas velas por el pasillo. Y por si no los sabes, las he encendido con cerillas normales, no con las de madera.

—¿Tenías todo esto planeado para cuando yo llegara?

—Todo excepto el fuego —contestó ella—. Sólo me interesa un bombero, no toda la brigada. Y me interesa especialmente verlo mejor.

Kayla comenzó a desabrocharle la camisa y después los pantalones.

—Sí, así está mejor.

Cuando Jack se encontró desnudo, seguía murmurando.

—No puedo creerlo.

—Pues créelo. Y ahora, túmbate en la cama. No, espera, aún no me has enseñado a hacer uno de esos nudos. Tienes que enseñarme…

Jack la tiró a la cama a su lado sonriéndole como un lobo.

—Tengo un montón de cosas que enseñarte, princesa. Mira, justo aquí…

La hizo tocarle el sexo totalmente excitado, y Kayla se distrajo de su plan original.

La necesidad de estar juntos, de convertirse en uno, era sobrecogedora.

Besándola otra vez, Jack gimió del placer que le dio que ella lo acariciara. El roce de su pecho en los pezones de Kayla era un delicioso tormento que la hizo querer más.

Jack se lo dio, administrándole con las manos más de lo que recibía, adorándola con los labios. Acarició hasta el más recóndito lugar del cuerpo de ella.

Cuando se adentró en aquel cuerpo femenino y se enterró en él, Kayla supo lo que era ser adorada, lo que era ser realmente amada. Con sus rítmicos movimientos, Jack la llevó al más exquisito éxtasis, a la satisfacción total.

Los dos tardaron un rato en recuperarse, en volver a la realidad. Y la realidad era algo maravilloso en los brazos de Jack.

Con ternura, Jack le acarició el cabello y murmuró:

—Toda mi vida he estado buscando algo, pero no sabía qué era. Quizá seas tú lo que estaba buscando.

—No hay ningún «quizás», es seguro.

—Seguro —repitió Jack alzándole la barbilla para besarla en los labios—. Sólo amor.

Fin